

COCHABAMBA ante los ojos del mundo



Concejo Municipal de Cochabamba

COCHABAMBA ANTE LOS OJOS DEL MUNDO

Concejo Municipal de Cochabamba
Gestión 2012 - 2013

Alber Quispe Escobar - Gustavo Rodríguez Ostría - Mauricio Sánchez Patzy

mayo de 2013

COCHABAMBA ANTE LOS OJOS DEL MUNDO

Concejo Municipal del Cercado de Cochabamba
Gestión 2012 – 2013

David Herrada Delgadillo
Presidente
Rolando Cáseres Leclere
Vicepresidente
Henry García Miranda
Concejal Secretario

Autores:

Gustavo Rodríguez Ostría
Mauricio Sánchez Patzy
Alber Quispe Escobar

Coordinación General:

Heidi Vildoso Salinas
Geovana Mejía Coca

Fotografías, edición y selección de imágenes:

Mauricio Sánchez Patzy

Fotografía de tapa:

Copleros de Santa Vera Cruz, Mauricio Sánchez Patzy, 2009

Diagramación:

José Luis Castro

El Concejo Municipal agradece a la **Fundación Torrico Zamudio**, por autorizar la reproducción de las fotografías de **Rodolfo Torrico Zamudio**, y al grupo de fotografía **Claroscuro** por su colaboración.

Impresión:

Etreus Impresores
Cochabamba – Bolivia

D.L. N° 4-1-74-13-P.O.

Los derechos de reproducción del texto y las fotografías han sido cedidos expresamente al Concejo Municipal, sólo para esta edición, no pueden ser usados posteriormente por esta institución, ni terceras personas incluida la imprenta, sin autorización escrita de los autores.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio.

Mayo 2013

Índice

Visiones y descripciones de Cochabamba Alber Quispe Escobar.....	I
Cochabamba y sus gentes vistas por propios y extraños Mauricio Sánchez Patzy.....	1
Industrias y manufacturas de Cochabamba Gustavo Rodríguez Ostría.....	37
El transporte en Cochabamba Gustavo Rodríguez Ostría.....	45
La chicha de Cochabamba Gustavo Rodríguez Ostría.....	59
Las fiestas de la ciudad Alber Quispe Escobar.....	71
Los mercados de Cochabamba Alber Quispe Escobar.....	95
Bibliografía	107
Los Autores	108





PAISAJE DEL VALLE DE COCHABAMBA,
ÓLEO DE AVELINO NOGALES

CRISTO DE LA CONCORDIA CON NUBES,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY



PRESENTACIÓN

El libro que el lector tiene entre manos, *Cochabamba ante los ojos del mundo*, es un delicado trabajo que contiene la selección de páginas de aquellos escritos que los viajeros por Cochabamba, así como sus ciudadanos ilustres, han escrito sobre esta bella ciudad.

Gracias a estos viajeros y escritores, poseemos un legado para las generaciones venideras de vivas imágenes de Cochabamba, la que, a pesar de cambiar en el tiempo, conserva muchas de sus características fundamentales y que la hacen inconfundible, única, pero también, características que la hacen digna de vivirse y de ser querida.

Este libro es fruto de la decisión de la directiva del Concejo Municipal de Cochabamba, que a tiempo de culminar la gestión 2012-2013, ha querido regalar a la ciudadanía de Cochabamba un recuerdo de calidad, tanto en la profundidad de los textos, como en la muy cuidada edición gráfica. Los diferentes escritos han sido compendiados por los investigadores Gustavo Rodríguez Ostría, Alber Quispe Escobar y Mauricio Sánchez Patzy. A cada uno de ellos se debe un pequeño ensayo introductorio, sobre temas relevantes de la cochabambinidad: la ciudad, su naturaleza, su clima y sus identidades, las industrias y manufacturas locales, la cultura de la chicha, la peculiaridad de su transporte, sus fiestas de encanto extraordinario, y cómo no, el mundo de los mercados.

Todos estos factores contribuyen a la personalidad de Cochabamba; así fue desde tiempos inmemoriales, y este libro pretende mostrar una panorámica de una región signada por sus infinitas posibilidades humanas y naturales.

Estamos seguros de que facilitar que las obras de calidad lleguen a los ciudadanos, es una tarea fundamental del Concejo Municipal de Cochabamba. Es nuestro pequeño aporte a la memoria y a las esperanzas de una ciudad mejor, para todos los que vivimos en ella, pero también para aquellos que alguna vez la visitaron, y encantados con sus recuerdos, escribieron aquello que la ciudad del valle les forjó en sus inquietas almas.

Saludo a los lectores del libro, deseando que su lectura sea un viaje a través del tiempo y permita ponerse en los ojos de los viajeros: *Cochabamba ante los ojos del mundo* es un viaje hacia el interior de nosotros mismos.



Sr. David Barrada Delgadillo
Presidente
Concejo Municipal de Cochabamba

**DIRECTIVA
GESTIÓN 2012 - 2013**



Rolando Cáseres Leclere, David Herrada Delgadillo y Henry García Miranda.

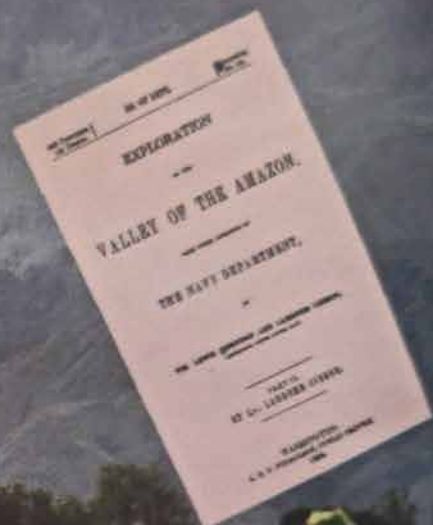
CONCEJALES



Superior de izquierda a derecha: Edwin Jiménez Arandia, Armando Vargas Mujica, Shirley Franco Rodríguez, Edgar Gainza Pereyra, Beatriz Zegarra Calderón, Ninoska Lazarte Caballero.
Inferior de izquierda a Derecha: María Isabel Caero Padilla, Henry García Miranda, David Herrada Delgadillo, Rolando Cáseres Leclere.



LA PUERTA DEL TIEMPO,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY



VISIONES Y DESCRIPCIONES DE COCHABAMBA

Alber Quispe Escobar

Viajeros y visitantes llegaron a Cochabamba desde diversas latitudes del globo en distintos momentos históricos. De corta estadía unos, de prolongada otros, y aún aferrados por siempre a la vida del valle algunos, éstos no dejaron de expresar una envolvente atracción por la ciudad y su entorno. Atracción ciertamente antigua si se considera que los primeros españoles que entraron en los valles de Cochabamba casi a mediados del siglo XVI, quedaron sorprendidos por la abundante fertilidad de los suelos y el agradable clima que lo envolvía. No sería arriesgado decir, en consecuencia, que el amplio paraje verdoso y el clima templado con los que la naturaleza agració a Cochabamba, fueron los principales motivos de interés para ojos extranjeros. Acaso el juicio del franciscano español Diego de Mendoza, en su *Crónica de la Provincia de San Antonio de los Charcas* de 1665, expresa con cabalidad aquella sensación de seducción que ejercía el valle ante los incontables visitantes extranjeros que alcanzaban estos parajes: "Y cada día va la Villa creciendo en edificios, por ser apacible el temple, el valle abundante y cómodo a la vida humana". Ese mismo ambiente habría de desarrollar una vida colectiva fuertemente influida, acaso determinada, por el paisaje campestre, por el ambiente natural. De modo que esa atmósfera natural y social fue moldeando una particular colectividad humana resultado, sobre todo, de los procesos de mezcla biológica y cultural.

No era extraño así que los visitantes que contemplaron sus paisajes, arquitectura y composición humana, dejaran siempre benéficos juicios y, en más de una oportunidad, augurios de un futuro esplendoroso para la ciudad si la acción humana se conducía sin mezquindad. Así, estos viajeros dejaron sus propias visiones e impresiones de la ciudad en sus condiciones

materiales y humanas en diferentes momentos de su transformación histórica. ¿Qué llamó la atención de estos viajeros? ¿Sobre qué escribieron más al momento de presenciar una ciudad situada en el centro mismo de los Andes? Al leer sus relatos, no cabe duda que cada uno ofrece diferentes miradas y juicios sobre una ciudad en constante transformación pero con la permanencia de rasgos culturales particulares. Veamos a continuación estas apreciaciones tomando en cuenta a los visitantes más destacados que llegaron a la ciudad.

Entre los escasos testimonios y crónicas de extranjeros dados a la luz pública, sobresale sin duda la del gobernador intendente Francisco de Viedma quien, encomendado al gobierno de estas latitudes, dejó un informe bien documentado sobre los diferentes pormenores de la ciudad. A su llegada a la Villa en 1784, Francisco de Viedma, natural de Jaén (España), quedó gratamente cautivado por el temperamento "sumamente benigno" del valle que le proporcionaba en todas las estaciones del año una "suave primavera". Más de una vez manifestó Viedma en su *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz de la Sierra*, cuya capital administrativa fue Cochabamba, su complacencia con el ubérrimo valle cochabambino cuyos fecundos suelos proyectó aprovechar con propósitos de mejorar el carácter productivo de la región. En tanto autoridad ilustrada, fue Viedma quien inició cambios en los aspectos urbanos muy venidos a menos hasta entonces y tuvo en proyección ampliar las bases económicas de la región en distintos ámbitos. Viedma fue testigo, entre otras cosas, de la predominancia de una cultura mestiza. Había advertido el uso casi generalizado del idioma quechua en Cochabamba. Del mismo modo, dejó testimonio del excesivo consumo de chicha y el desbordante sistema de fiestas que perjudicaban, en su visión, el "estado de progreso" de la región pero que formaba uno de los pilares culturales y económicos de Cochabamba.

En ese mismo periodo se acercó en la Villa el afamado botánico y geólogo checo Tadeo Haenke quien emprendió numerosas expediciones e investigaciones sobre las condiciones naturales de la región. Si bien no dejó registro alguno sobre la ciudad de esa época, dejó establecido en su *Historia natural de Cochabamba* que la fertilidad del suelo se debía al suave descenso que el paisaje experimentaba desde las alturas a la planicie más profunda, logrando así producir, en un espacio corto, todas las modificaciones de climas y temperamentos del globo. Haenke estaba entusiasmado con la abundante cantidad de plantas que se podían hallar en todo el distrito, y llegó a catalogar incluso algunas de total desconocimiento en otras regiones de la América meridional y del viejo mundo.

Años más tarde, luego de la fecha fundacional de Bolivia, el naturalista francés Alcide d'Orbigny visitó la ciudad de la que se llevó una agradable impresión a pesar de las pequeñas incidencias que tuvo que sortear, las que no impidieron, no obstante, que se forme un juicio ampliamente positivo de su aspecto material y humano tal como puede observarse en una parte de su *Viaje a la América Meridional*. D'Orbigny conoció una ciudad "perfectamente trazada" y dividida en bloques iguales o cuadradas con "hermosas calles" y dos grandes plazas que en ciertas ocasiones hacían de mercados públicos a falta de locales apropiados para fines comerciales. La plaza principal (llamada también "Plaza de Armas") estaba adornada de sauces recién plantados que, a su juicio, la convertían en la más hermosa de toda la República. Este embellecido centro estaba rodeado, del mismo modo, de cuatro iglesias, cuyas cúpulas sobresalían al igual que los campanarios de los conventos. Pero lo que llamó verdaderamente la atención del naturalista francés fue la exuberante campiña que rodeaba la ciudad. "Admiré largo rato, sin cansarme de recorrerla, esa hermosa campiña, semejante a los campos de Francia", anotó en su diario de viaje. El naturalista francés dejó también constancia de los trajines comerciales distintivos de los cochabambinos en el contexto americano. Así también pudo convencerse de la amplia difusión del quechua no sólo en los sectores populares sino también entre las "mujeres de la sociedad burguesa". Resaltó, del mismo modo, que la chicha era bebida en las fiestas, de manera diaria o a la par de succulentos platos, no sólo por el "bajo pueblo" sino también por las élites locales y aún por los extranjeros residentes en la ciudad.

Otro viajero que cabe ser considerado es Lardner Gibbon, teniente de la marina de los Estados Unidos. Enviado por su gobierno para realizar estudios de los ríos de la amazonía boliviana y ofrecer propuestas comerciales, este personaje llegó a la ciudad en 1851. Sus apreciaciones de la ciudad quedaron expuestas en un acápite de su *Exploración del Valle del Amazonas*.

Sujeto a un espíritu observador, Gibbon da cuenta de distintas facetas de la vida cotidiana cochabambina de esa época: del gobierno y el ejército nacional acantonado en la ciudad, del mercado local, de los principales productos de exportación, de las edificaciones resaltantes, de las actividades artesanales, del sistema educativo y varias otras minucias de la ciudad. Quizá sus notas más pintorescas sean las referidas a la religiosidad de los cochabambinos expresada en profusas procesiones y ceremonias con música y baile, además de chicha, destinadas a funerales y ritos parecidos.

Visitó también la ciudad casi a mediados del siglo XIX el médico inglés Juan H. Scrivener y dejó plasmadas sus impresiones en un corto escrito bajo el título de "Costumbres de Cochabamba. Recuerdos de viaje" publicada en la afamada *La Revista de Buenos Aires*. Entre sus notas más sobresalientes, Scrivener se ocupó de relatar las particulares costumbres festivas que siempre giraban alrededor del consumo de la chicha. Refiere este viajero que durante las fiestas patronales abundaban los cántaros de chicha que eran introducidos en los propios templos cristianos. La ciudad que conocieron estos viajeros casi a mediados del siglo XIX se extendía a pocos manzanos, en cuyos alrededores dominaba un paisaje de arboledas, vertientes e inmensos sembrados de cereales y legumbres. Así, en su visita a la ciudad, Scrivener apuntó que el extenso valle de clima templado podía producir "todo lo que el labrador desea cultivar" por lo que retrató esta campiña como "un paraje lo más pintoresco del mundo". Este escenario natural cautivó a quienes visitaban estos parajes, a veces calificados como un "edén valluno" propicio para la vida humana. Al igual que muchos otros visitantes, el galés León Mousnier expresó sus impresiones de esta cualidad cochabambina, en su obra *A través de Bolivia*: "Su afamado valle, las pendientes de sus cerros y sus colinas son de una fertilidad incomparable en granos, legumbres, frutas y productos de toda clase, gozando de un clima templado... De cualquier horizonte que el viajero entre en la campiña de la heroica ciudad, no sabe que admirar

PARQUE 14 DE SEPTIEMBRE HACIA 1910,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO



más, si el paisaje pintoresco lleno de vida, de cultivos, de fábricas de alcoholes, cervezas, de viñedos, trigales y vegetales, manifestando la actividad laboriosa de los habitantes; o la gran cadena de cerros, dominados por el majestuoso Tunari...". Descripción vívida de un valle fértil, que brindaba una adecuada calidad de vida a los que lo habitaban para entonces.

La norteamericana María Robinson Wright llegó a la ciudad hacia 1906. En su libro *Bolivia. El camino central de Sur-América, una tierra de ricos recursos y de variado interés* dedicada al presidente Ismael Montes, Robinson ofrece referencias de la ciudad que empezaba a restablecer su espacio urbano al mando de las élites locales que pretendían erigir un espacio urbano más afín a la "vida moderna" y alejados de las tradiciones populares que combatieron enérgicamente. Robinson la llamó la "ciudad de las flores" debido a la disposición abundante de vegetación variada distribuida en cientos de huertas familiares: "Sus jardines se embellecen con las más lindas flores y en sus huertas crecen las frutas más delicadas". Al margen de un resumen histórico de los sucesos más representativos, dejó retratados el carácter arquitectónico de los edificios más importantes, el sistema educativo local, el mundo del comercio y las manufacturas, entre otras cosas, que implicaban progreso a pesar de los ocasionales periodos de estacionamiento. En el relato de Robinson acaso se puede encontrar la percepción siempre bondadosa que la población extranjera se formó de Cochabamba. Confiesa que un norteamericano, Oscar Ehrhorn de San Francisco (California) de larga estadía en Cochabamba, le había confiado que estaba entusiasmado con el clima y "la perspectiva de los negocios" y que consideraba a Cochabamba como "el sitio ideal de Bolivia". Decía la norteamericana que otros expresaban la misma opinión y predecían un porvenir muy próspero para la ciudad: "Sea en adelante intelectual ó en progreso material, Cochabamba ha sido siempre capaz para conservar un puesto principal entre las ciudades de Bolivia y esto da seguridades de que continuará manteniendo los títulos con que tan á menudo ha sido agraciada de la 'Atenas de Bolivia' y la 'Ciudad de las Flores'", según sus propias palabras.

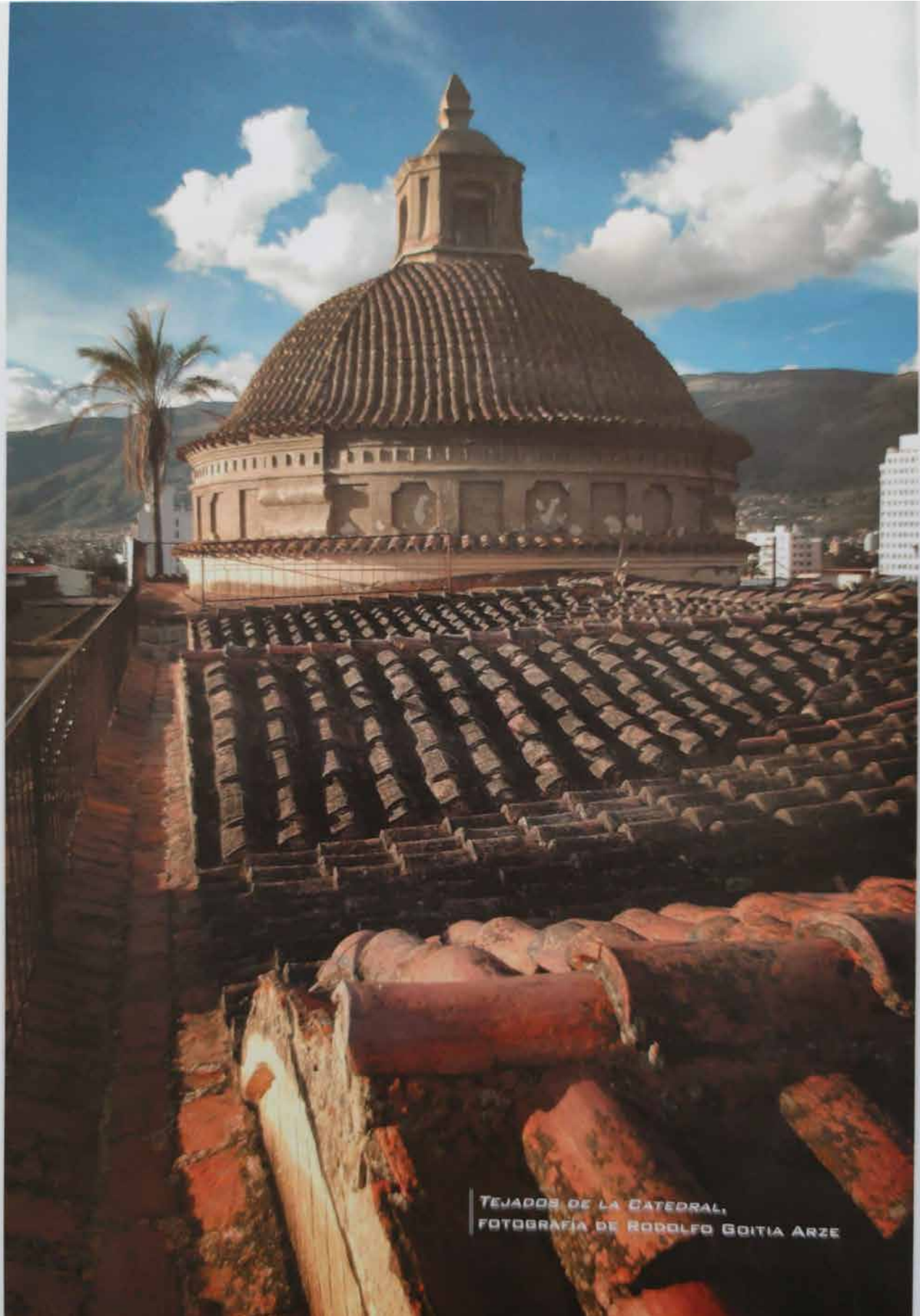
Al margen de las innovaciones modernas plasmadas en el arribo del ferrocarril, la instalación de luz eléctrica, la planificación urbana, de las que dejaron relatos algunos viajeros, la ciudad cochabambina de las primeras décadas del siglo XX no llegó a convertirse en una urbe al estilo europeo. Lejos de un acelerado crecimiento típico de las ciudades industrializadas, Cochabamba mantuvo su antigua base agraria que repercutió en su ambiente social y cultural. Tal impresión fue recogida por el insigne escritor potosino Carlos Medinaceli hacia 1928, cuando llegó a la ciudad con motivo de participar en el primer congreso de estudiantes. El autor de *La Chascañawi* escribió que la influencia de la vida agraria sobre la ciudad era muy visible y que su idiosincrasia conjugaba ese histórico entronque entre la tradición española y la "llaneza y frugalidad campesinas" de la localidad.

Sobre el carácter de los cochabambinos escribió también el militar español Vicente Rojo Lluch exiliado en la ciudad. Rojo, avecinado en Muyurina y al servicio del ejército boliviano, pudo percibir una ciudad acogedora que invitaba al viajero a quedarse para siempre en ella. En su obra *Caminar*, publicada en 1965, resalta que los elementos sobresalientes del ambiente cochabambino eran sencillamente la cordialidad y la alegría ya que aquí no había huéspedes sino que todos eran cochabambinos. Encantado por estas cualidades, Rojo explicaba que por ello mismo Cochabamba se mostraba como una "Tierra-Madre" no tanto para referirse con ello a la relación del hombre con la naturaleza, sino para dar cuenta del calor humano que encontró entre la gente. "Acoge al viajero, quienquiera que sea, como al hijo pródigo al que se acaricia y halaga sin reservas mentales ni inquisitoriales investigaciones..." sentenciaba el militar español.

Estos son los viajeros y visitantes que conocieron la ciudad hasta mediados del siglo XX y que dejaron algún relato escrito sobre diferentes facetas de su vida pública. Ante sus ojos, la ciudad se presenta como un cómodo y agradable suelo debido a su clima conveniente y a la singular exuberancia de sus cercanías. Aunque en algunos casos estas percepciones más bien se aproximan a una visión idílica y romántica del "eterno jardín", pues la ciudad tuvo sus propios problemas ambientales, es cierto que el verdor circundante le ofreció una fisonomía particular. Su componente humano, del mismo modo, es colmado de cualidades benéficas como la hospitalidad, el respeto, el emprendimiento, la laboriosidad, así como la apertura hacia el contacto cultural. Así fue vista la ciudad por personas de diferentes procedencias.



EDIFICIOS DE COCHABAMBA,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY



TEJADOS DE LA CATEDRAL,
FOTOGRAFIA DE RODOLFO GOITIA ARZE



IGLESIA DE LA COMPAÑIA A PRINCIPIOS
DEL SIGLO XX, FOTOGRAFIA DE RODOLFO
TORRICO ZAMUDIO



COCHABAMBA Y SUS GENTES VISTAS POR PROPIOS Y EXTRAÑOS

Mauricio Sánchez Patzy

La ciudad de Cochabamba y sus alrededores, así como las identidades e idiosincrasias de sus habitantes, han generado visiones e interpretaciones notables, las que han sido registradas en varias publicaciones a lo largo de los siglos. Tanto forasteros como residentes, aquellos que escribieron sobre Cochabamba no pudieron ocultar su asombro ante la naturaleza local: algunos, describiendo el valle como un lugar paradisiaco, otros, en cambio, describiendo el lugar como terroso, monocromo y árido. Los cronistas también notaron las características de las casas; la mayoría se refiere a la presencia casi absoluta de las construcciones de adobe, con casas de dos altos para las clases acomodadas, y de un alto de las clases populares. Una ciudad pequeña; para muchos, una aldea, una villa, aunque ya a fines del siglo XVIII adquirió la categoría de "ciudad". Con calles rectas y anchas, la ciudad para los viajeros y escritores daba una impresión serena, ordenada; también sus parques y plazas, sus fuentes de agua, aumentaban una visión de pulcritud. Sin embargo, también los viajeros se fijaron en rasgos menos halagüeños: la falta de agua, los muladares, las constantes crecidas del río, anegaciones e inundaciones; las enfermedades endémicas y epidémicas. En fin: Cochabamba aparece como una ciudad con luces y sombras.

La Villa Real de Oropesa, fundada el 15 de agosto de 1571 por el capitán Gerónimo de Osorio y encargada por el Virrey Francisco Álvarez de Toledo, fue, desde sus inicios, una ciudad de vocación agrícola. La ciudad era el centro administrativo y residencial de encomenderos y luego hacendados que proveían de productos agrarios a las minas de Potosí. Así que el destino de Cochabamba como centro urbano, no puede desligarse de su vocación alimentaria desde sus orígenes, aunque desde el último tercio del siglo XX, esta vocación pasó a ser urbana a costas de los extensos y fértiles campos que la rodearon

durante siglos. También la ciudad estaba marcada por la presencia de talleres de artesanos, que, en un gran número, constituían las industrias locales. Otro factor que no pasó desapercibido por los que escribieron sobre la ciudad es su buen número de iglesias, conventos, asilos y hospicios, grandes construcciones a cargo de los religiosos. La ciudad así, siempre estuvo marcada por la vocación creyente y devota de los cochabambinos y las cochabambinas: la Iglesia dejó su impronta en la ciudad. No menos importantes fueron las construcciones del Estado, comenzando por el cabildo, luego la alcaldía, la prefectura, la cárcel pública, los hospitales, los orfanatos, las oficinas de aduana y de correos, las casas de postas, los juzgados. En fin, la ciudad se desplegaba, ante los viajeros y escritores que aquí vivían, como una armónica unidad de casas y edificios bajos donde se desarrollaban las actividades económicas y sociales de los cochabambinos, y por una vida plácida, casi aletargada, pero no por eso una vida menos intensa y llena de acontecimientos diarios que rompían la calma.

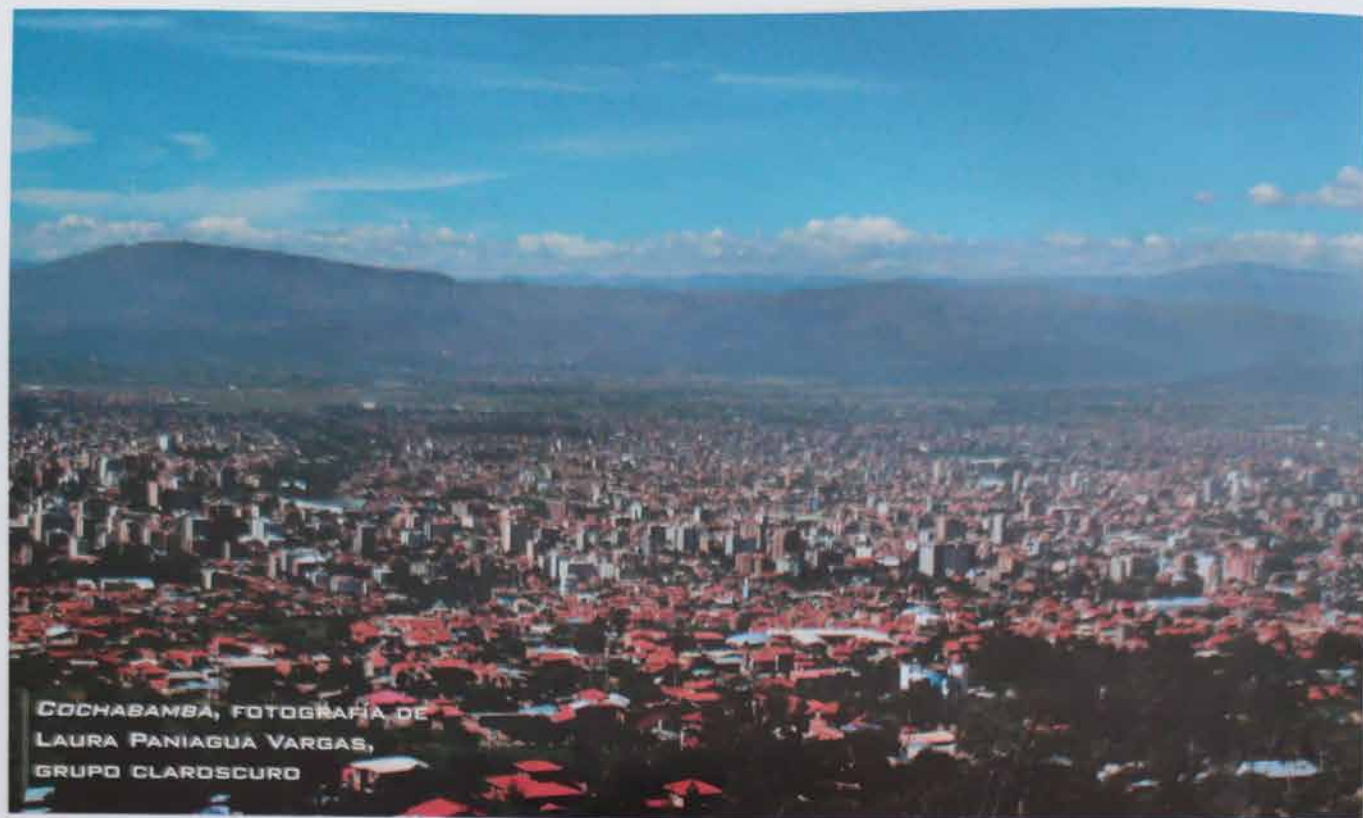
A medida que pasó el tiempo, la ciudad se fue agrandando, llenándose de casas, barrios, calles y avenidas no siempre planificadas, y muy pocas veces asfaltadas. Así que la ciudad se convirtió en un mar de polvo, en el tiempo seco, y en un mar de barro, en los tiempos de lluvia. Los viajeros y los escritores dejaron escritas sus dificultades urbanas: falta de alojamientos, de espacios aseados, dificultades con el transporte; en fin, si antes los viajeros llegaban en mulas o diligencias, y luego en flotas o aviones, la llegada a Cochabamba no siempre fue fácil: la ciudad así, aparecía marcada por su difícil acceso y sus pocas facilidades urbanas. El carácter intermedio, de ser ciudad de paso, también está presente en el relato de los viajeros desde el siglo XIX hasta el presente.

Cuando los viajeros se refieren a las gentes de Cochabamba, les llaman la atención sus costumbres, sus maneras de ser, sus vestimentas. Una de las descripciones más ricas sobre cómo eran y se vestían hombres y mujeres de Cochabamba nos la ha legado Alcide d'Orbigny, quien visitó la ciudad en 1830. Para el viajero francés, las vestimentas estaban claramente marcadas según las clases sociales, y, mientras las mujeres ricas trataban de imitar las modas francesas, cholas e indias se vestían de maneras muy particulares. La descripción detallada de los atuendos nos permite avizorar una ciudad cuyas clases sociales no eran homogéneas, ni mucho menos, y en la que la jerarquía de castas se manifestaba. Sin embargo, el mismo d'Orbigny se detiene en ciertas costumbres de los cochabambinos, como la de hablar en quechua más que en castellano, o la inveterada costumbre local de beber chicha con pasión. Entonces, este viajero, como muchos otros, está prestando atención al carácter mestizo, cholo, de la población cochabambina, y por tanto, observa el despliegue de una cultura chola digna de mención. Si saltamos en el tiempo, los viajeros del siglo XX, así como muchos de los principales escritores de la región, insistirán en observar este mestizaje biológico, pero más que nada cultural, entre los habitantes de Cochabamba. También los viajeros del siglo XXI, no evitarán expresar su asombro ante las costumbres locales, que son, en el fondo, el mejor reflejo de las identidades colectivas.

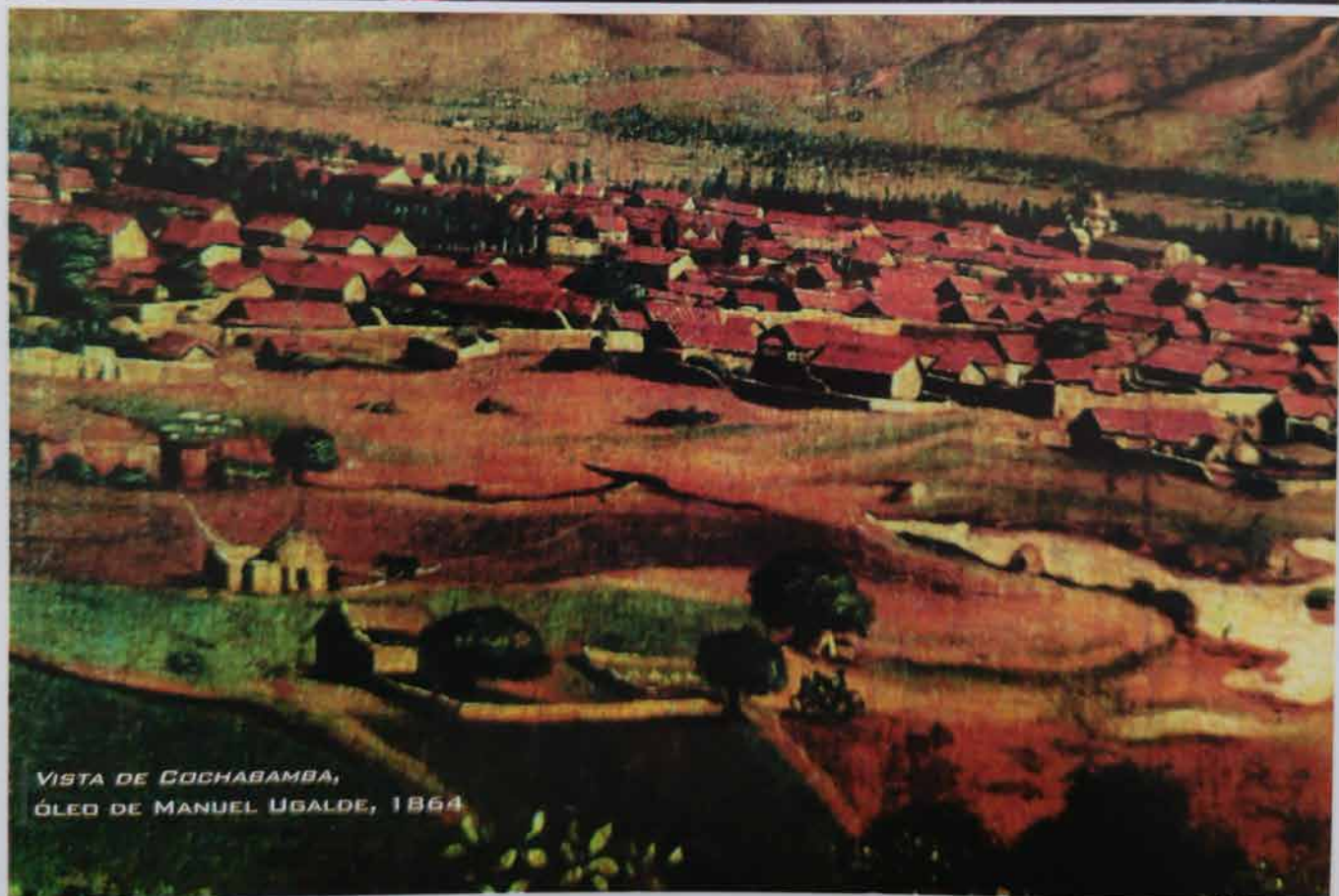
Desde fines del siglo XIX, la ciudad es descrita por varios intelectuales cochabambinos con una mirada científica, es decir, asumiendo las lecturas estadísticas, geográficas y luego antropológicas sobre la ciudad. Algunos, sin embargo, la describirán de manera risueña y desprejuiciada, como el periodista Alfredo Medrano; otros lo harán con un máximo de seriedad informativa, como Augusto Guzmán. Los viajeros, sin embargo, prefieren sus propias experiencias, aunque algunos añaden datos generales sobre la ciudad y sus alrededores. Así, las descripciones de Cochabamba desde fines del siglo XVIII hasta principios del siglo XXI, tienen puntos en común, pero también diferencias. Lo común es el asombro ante la naturaleza, ante el clima, ante los frutos de la tierra. También suelen encontrarse descripciones que sólo consideran al municipio un pueblo, una aldea, una comarca, en el sentido de que no les parece suficientemente urbana, comparada con ciudades como La Paz. Pero las diferencias son muchas, como que son muchas las transformaciones urbanas de la ciudad. Si algunos apenas mencionan los mercados, desde el último tercio del siglo XX es común que los viajeros hablen del gigantesco mercado de La Cancha. También se ha transformado el tipo de relatos y el tipo de viajeros: si hasta comienzos del siglo XX la mayoría de los viajeros que dejaban sus relatos sobre Cochabamba eran científicos, o enviados especiales de los gobiernos, desde mediados del siglo XX los que describen la ciudad pueden ser periodistas, trotamundos, políticos, humoristas, novelistas, y últimamente, gracias a las posibilidades comunicativas de la Internet, los viajeros que retratan a Cochabamba suelen ser



LA ESPERA,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY



COCHABAMBA, FOTOGRAFÍA DE
LAURA PANIAGUA VARGAS,
GRUPO CLAROSCURO



VISTA DE COCHABAMBA,
ÓLEO DE MANUEL UGALDE, 1864

mochileros, grupos de amigos que viajan por Sudamérica, familias, parejas de gente común que deciden dejar registradas sus impresiones de viaje en algún blog o foro de Internet.

Ver a Cochabamba, su desarrollo urbano y sus habitantes a través de los ojos de los viajeros y de los escritores, es, por cierto, una tarea gratificante, porque equivale a realizar un viaje, también, a través del tiempo y de las vicisitudes mejores o peores que estos viajeros tuvieron que sortear. Y ayuda a reflexionar sobre las transformaciones de la ciudad y de los gustos y estilos de vida de los cochabambinos. Por eso, los viajeros y los escritores nos han legado (y todavía lo hacen) un acervo de crónicas y narraciones que es fundamental para comprender mejor a los cochabambinos y sus características maneras de ser, de sentir y de comportarse. Por eso, sólo toca leer aquello que los viajeros nos cuentan. Toca dejarse llevar, como en una película, en este viaje inmóvil por la ciudad de Cochabamba, sus gentes, sus casas, sus palacios, sus paseos, sus rincones, sus atardeceres, sus noches y sus días. Las conclusiones, las reflexiones posibles, corren a cargo del lector; y por ese motivo, presento ante ustedes algunas de las aventuras, anécdotas y descripciones que nos dejaron los que alguna vez escribieron, y escriben, tras pasar por Cochabamba, o quedarse a vivir en ella, quizás enamorados de los fuertes encantos de la ciudad corazón de los bolivianos.

Ciudad de Oropesa **Francisco de Viedma (español), 1793**

Esta ciudad, capital de gobierno, la fundó el Señor D. Francisco de Toledo, Virrey del Perú, en el año 1577 con el título de Villa de Oropesa, en memoria de su casa, como hermano que era de los condes de este nombre; y por este motivo las armas de que usa son las mismas de la dicha casa de Oropesa. Comisionó al capitán Gerónimo de Osorio, desde la ciudad de La Paz, para que hiciese la población y nombró por primer corregidor al capitán Francisco de Hinojosa, con el título de visitador de los pueblos de su jurisdicción y comarca. Las capitulaciones de su fundación hay noticias se hallan en dicha ciudad de La Paz, y se está solicitando por el Cabildo; pero yo me persuado han de estar en la de los Reyes, entre los papeles de aquel superior gobierno.

10. — Por los buenos y leales servicios que hicieron sus vecinos en la pasada rebelión al Rei Nuestro Señor, D. Carlos III, se dignó S. M. concederles la gracia y merced de hacerla ciudad, con el título de leal y valerosa, por real cédula expedida en Aranjuez a 26 de mayo de 1786.

11. — Su situación es casi en un extremo del valle de Cochapampa (llamado vulgarmente Cochabamba), que en idioma quíchua significa "campos inundados, o con lagunas". Está en los 17 grados, 22 minutos, 33 segundos de latitud sur, y 53 grados, 3 minutos de longitud, al occidente del Pico de Tenerife, y media legua por el sur de la cordillera, en un

terreno llano, que lo hace cienagoso en tiempo de aguas.

12. — El temperamento es sumamente benigno: pues, aunque por su situación en la zona tórrida debiera ser muy ardiente, la elevación del terreno, la inmediación a la cordillera que siempre mantiene nieve, le proporciona en todas las estaciones una sueva primavera; de modo que muy poca variedad se halla del invierno a lo riguroso del estío, sin necesidad de mudar vestido. Bien es verdad que en el invierno suelen caer algunas heladas, pero luego que sale el sol, se desatan y vuelven en rocío.

[...]

16. — En su inmediación, por la parte del N. y O. baja el río de Cochabamba o Rocha, el que tuvo su antigua madre por el centro de ella, y está expuesta a inundarse en tiempo de avenidas: que ya se hubiera verificado, a no haberse ocurrido oportunamente por este gobierno a contenerle con reparos; los que, como provisionales, no son suficientes al peligro que amenaza, sin no se ejecuta la obra que se representó a esa Superioridad con fecha 6 de enero del año pasado de 1786 y 4 de marzo de 1788.

17. — Sus calles están a cordel: son de ancho de nueve varas; se empedraron en el centro de la ciudad el año de 1875. Tiene dos plazas; la principal, y otra llamada de San Sebastián, que se halla en uno de sus cantos. En la primera hay una

fuelle en medio, de regular y abundante agua, costeada por la magnificencia del Señor D. Carlos III, para lo que le hizo gracia a este Cabildo de diez mil pesos de sus reales cajas, por real orden de 29 de marzo de 1786; y aunque no fue suficiente a su conclusión se consignó ésta, porque el Muy Reverendo e Ilustrísimo San Alberto, usó de la liberalidad de contribuir con mil pesos y otros mil que se sacaron del sobrante de propios, en virtud de la facultad que al efecto dio la Real Audiencia de la Plata.

18. — Las casas en el medio del pueblo son de dos altos; bastante grandes, cómodas y sólidas, aunque hechas de adobe crudo, que es único material de que se fabrican, a excepción de algunas cortadas de piedra: todas tienen balcones de madera y están cubiertas de teja. Las demás son de un solo alto, y entre ellas hay pocas grandes, como que muchas en los extramuros son pequeños ranchos del mismo material y cubiertas con paja.

19. — La iglesia matriz, única parroquia, es en forma de crucero, bastante grande, aseada y con mucha decencia sus altares y ornamentos: toda ella es de piedra, pero no guarda orden de arquitectura: el coro es regular. Hay dos curas rectores: el más antiguo sirve de vicario foráneo, con la jurisdicción en los diez y seis curatos, que tocan en esta provincia al arzobispado de Charcas. Tiene un sacristán mayor, un maestro de capilla, y diez o doce músicos de instrumentos y voces para solemnizar los oficios del culto divino. Los curas mantienen cuatro ayudantes con sólo las misas que dicen en los entierros de difuntos, las de velaciones de matrimonio, arras, y cuarenta y ocho pesos mensuales que contribuyen entre el mayordomo de la Cofradía de ánimas, y el de la del Santísimo Sacramento, y hay ochenta clérigos, presbíteros, y cinco de menores órdenes.

[...]

39. — En un ángulo de la plaza están las casas capitulares: son reducidas y están muy deterioradas. En los bajos se halla

la cárcel que ha sido preciso mudar a una de las viviendas interiores del expresado colegio de los extinguidos, hasta que se reedifique y repare la otra: cuya obra se principió por el mes de junio del año anterior próximo, con el sobrante de los propios de esta ciudad, y contribución del vecindario; para cuyo fin se ha facultado a este gobierno por la Real Audiencia del distrito, en un auto de 26 de enero del mismo año. Se halla sacada de cimientos, y parte de sus paredes hechas: con este auxilio tal vez podrá concluirse en el presente año.

[...]

45. — En todo el distrito del curato hay 14 haciendas, que vienen a ser como pueblos pequeños, por las rancherías de indios y mestizos que las labran en calidad de arrenderos, y separación de dueños que las poseen; y en los cantos o extramuros, cinco pagos, cuyos terrenos son de árboles frutales; y para sembrar hortalizas, fresas y frutillas y alfalfares de mucha extensión y fertilidad, por su abundante riego con que se benefician; lo que hermosea y hace deliciosa la ciudad, y con razón la denominan la Valencia del Perú. Están estas haciendas y pagos tan poblados, que se les puede regular una tercera parte del vecindario: éste en el todo tiene 22.305 almas de diferentes castas, a saber 6.363 españoles; 12.980 mestizos, 1.600 mulatos, 175 negros y 1.182 indios.

[...]

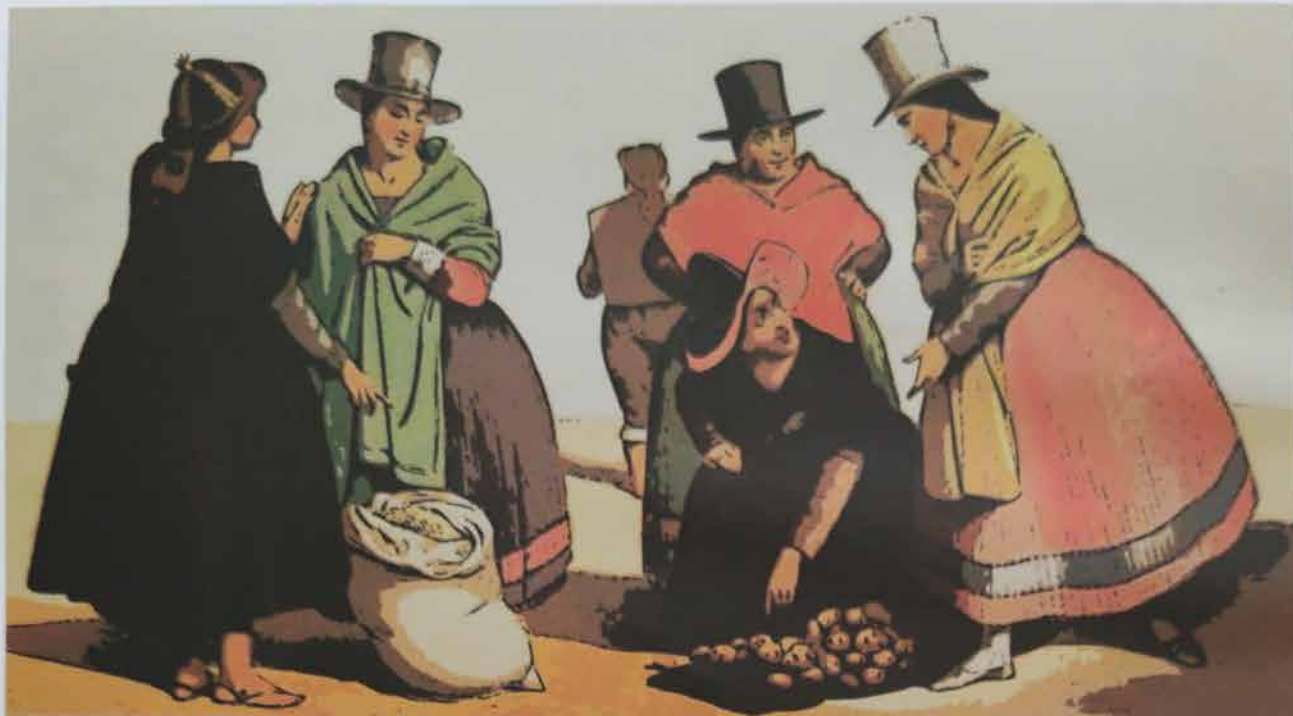
49. — La mucha pasión o vicio por la chicha del maíz hace que se consuma muy poco vino y aguardiente, aunque estos últimos años se ha experimentado mayores entradas de estos caldos: más el desorden de la chicha es de tal manera, que aseguran que se consume, en sólo el distrito de antiguo corregimiento de esta ciudad, más de 200.00 fanegadas de maíz anualmente [...]



PLAZA 14 DE SEPTIEMBRE,
ÓLEO DE JOSÉ GARCÍA MESA, 1889



LA PLAZA 14 DE SEPTIEMBRE,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO



ARRIBA, VESTIDOS DE LAS MUJERES DE COCHABAMBA, ILUSTRACIÓN DE DELARUE SEGÚN D'ORBIGNY.
ABAJO, DOS MUJERES DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX.



La ciudad de Cochabamba

Alcide d'Orbigny (francés), 1830

La ciudad de Cochabamba, con sus arrabales, ocupa una vasta extensión. [...] Hay dos grandes plazas, la Plaza Principal (situada en el centro de la ciudad) alrededor de la cual hay cuatro iglesias, la casa de gobierno o Cabildo, y, en medio, una fuente de agua. [...] La segunda plaza es la de San Sebastián, situada casi en los suburbios. Reina la mayor limpieza, gracias a la vigilancia de la policía. Sin embargo, por falta de local apropiado, esas plazas, lo mismo que en La Paz, sirven también de mercado y están ocupadas, ciertos días, por toda suerte de productos de los alrededores traídos por los indios.

[...]

Me impresionó ante todo el raro vestido de las mujeres, de acuerdo a las diferentes clases de la sociedad. Las mujeres ricas, con nuestras modas francesas más o menos atrasadas, llevan los cabellos cayendo sobre los hombros y divididos en una seria de trencitas, cuyo conjunto es bastante agradable; nada llevan, por lo demás, en la cabeza; pero usan, por lo general, un rebozo español o los hermosos chales de seda de nuestras fábricas de Lyon. Las mujeres de los artesanos mestizos tienen también los cabellos divididos de la misma manera y la cabeza cubierta de un sombrero de hombre, blanco o negro, lo que es poco gracioso y choca a los

Me impresionó ante todo el raro vestido de las mujeres, de acuerdo a las diferentes clases de la sociedad... Esas polleras son tableadas para aumentar el espesor y bordadas con cintas...

extranjeros. El resto del vestido no es de mejor gusto. Sobre una blusa de lana llevan un rebozo o echarpe de lana de vivos colores, así como faldas de bayeta, especie de franela de todos los colores, rojo, rosa, verde, amarillo, siendo más preferidos los tintes brillantes. Esas polleras son tableadas para aumentar el espesor, y bordadas con cintas, cuyo color contrasta con el resto. Cuanto más rica es la persona, mayor es el número de sus polleras [...]. No debe buscarse en las mujeres la menor gracia en el modo de andar, ni ninguno de esos rasgos tan destacados de las españolas. La moda bajo su tiránico imperio, ha velado, en este lugar, por completo a

la naturaleza, disfrazando todas las formas bajo un ajuar tan incómodo como feo. Los vestidos de las indias y de las mestizas más pobres no tienen mucha diferencia. Los cabellos se llevan igual, la blusa y el rebozo sólo tienen un color más sombrío; las polleras, mucho menos numerosas, de telas negras, llevan pliegues más grandes.

La cabeza está cubierta por una montera, especie de sombrero de paño con grandes alas, con una punta levantada adelante y atrás, terminando en toca, alta, cuyo conjunto recuerda involuntariamente el sombrero de Polichinela. Esas monteras me parecieron tan extraordinarias que creí al principio que se trataba de un disfraz burlesco.

Cochabamba

Lardner Gibbon (norteamericano), 1851

Estamos en el departamento de Cochabamba, que tiene una población de 231.188 criollos y 43.747 indios quechuas. Se observará que la proporción entre las dos razas está invertida, cuando se compara con la población de los departamentos que están a mayor altura que nosotros en los Andes. Los españoles han cruzado por las montañas, hacia el este, para encontrar

aquí un clima más dable que en otras partes de Bolivia, y se deleitan con las frutas y flores.

[...]

El 10 de diciembre de 1851, entramos cabalgando a la hermosa ciudad de Cochabamba, que tiene una población de 30.396 habitantes, y está ubicada cerca de la ladera sur de

una cadena de montañas, que sobresales del tronco principal de los Andes, a los 17° de latitud sur, y se extienden a la cuenca Madeira-Plata, a lo largo de doscientas millas en una dirección este cuarta al sureste, separando a este valle del de Yungas.

Como el prefecto recientemente designado estaba enfermo y en cama, con fiebre y escalofríos, y su familia aún no estaba en su propia casa, nos vimos obligados a buscar alojamiento en la casa de postas. No había hotel alguno, y nuestras cartas de presentación eran para el prefecto. Teníamos horror a la casa de postas, que usualmente no es tan habitable en una ciudad grande como lo es en el camino, y pensamos que sería mejor regresar al campo y armar nuestra tienda de campaña debajo de las higueras. Pero los postillones y las mulas parecían cansados, así que los dejamos ir adelante por las calles bien pavimentadas.

Las casas están perfectamente pintadas, y algunas tienen una altura de tres pisos, con un aire de respetabilidad en el lugar que nunca pensamos encontrar. Las calles estaban atestadas de gente de todos los tipos y tamaños, y casi todos parecían estar ocupados. La enorme plaza estaba decorada con unos sauces viejos y bonitos.

Al llegar a la casa de postas encontramos a una mujer miserable y a un niño, sus únicos ocupantes. Apilaron nuestro equipaje en un rincón de la habitación. El niño levantó una polvareda terrible al barrer la habitación y echar fuera a los pollos, que ponían huevos en los rincones, y descansaban en la mesa de centro. Nuestros postillones se despidieron de nosotros, y se puso a nuestras mulas en un corral que estaba cerca. La mujer cocinó un poco de chupe de carne carnero y papas. Estábamos cansados, quemados por el sol y muy fastidiados con nuestra situación.

[...]

Después del desayuno caminé por la ciudad. Las calles están trazadas en ángulos rectos. En el lado sur de la plaza principal se levanta una catedral enorme, y al frente de ella el palacio ocupa todo el lado de la cuadra. Es notable por su primoroso aspecto, siendo muy superior al palacio de Lima. Las damas también son hermosas. Al centro de la plaza hay una fuente que se alimenta del agua que proviene de un pico nevado de la cordillera que está a la vista. Por el aspecto de las casas y

tiendas, indudablemente, debe haber aquí riqueza para un pueblo del interior.

Yendo de un lado a otro mirando a la gente, llegué a una esquina donde había una tienda de apariencia inusualmente limpia, y en cuya puerta se hallaba un caballero de aspecto inteligente, que parecía ser un extranjero en este país. Era un alemán. La casa pertenecía a un francés, de quien había oído. Tan pronto como se enteraron de que yo venía a hacer un examen de los ríos, llamaron a unos hombres para que fueran a traer nuestro equipaje y las mulas, y de inmediato estuvimos hospedados cómodamente. El caballero francés había estado muchos años en Bolivia, estaba casado con una cochabambina, y lo rodeaba un hermoso grupo de críos, quienes se rieron mucho de nuestra aversión a las pulgas.

El río ubicado entre las montañas y el pueblo en un tributario del Mamoré. Corre alrededor del pueblo, y después de deslizarse cierta distancia a lo largo de la cordillera hacia el sur y el este, pasa alrededor de las montañas, y entra hacia el norte desembocando en el Madeira.

[...]

Las flores están en plena florecencia; las fresas están casi maduras. La Navidad no está lejos; los durazneros, naranjos e higueras están cargados de frutos. A esta hora de la mañana se puede contar las bodas, a medida que los grupos nos pasan a caballo.

Los indios cultivan con una azada; trabajan la tierra muy cuidadosa y hábilmente, abonando y manteniendo a las plantas de fresas libres de malas hierbas. Los sembrados de cebollas, coles y maíz son excelentes. En un huerto de duraznos vemos una parra que está invadiendo un árbol, y está cargada de frutos. Hubo una época en que se elaboraban quince mil botellas de vino al año en una hacienda, cerca de la base de esta cordillera hacia el sureste, pero su manufactura ha sido abandonada en favor de la chicha.

[...]

El valle de Cochabamba abastece de harina a muchas partes de Bolivia; transportan trigo, maíz y cebada a los mineros de Potosí y Oruro, y a los cultivadores de café y chocolate de Yungas. Se le ha denominado el granero de Bolivia; aunque



UNA CALLE TRADICIONAL DE COCHABAMBA,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO



DOS JÓVENES COCHABAMBINAS DE 1918,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO

se encuentra en la base de los Andes, está sin embargo a mayor altura que la huerta de Yungas. Siguiendo el curso del Mamoré, desde Tapacari, a la parte baja de la cuenca Madeira-Plata, el descenso es largo y gradual.

El valle de Cochabamba produce manzanas, peras y membrillos [...].

En Calacala se cultivan limones, limas y naranjas, pero no a la perfección; los zapallos y los pimientos parecen medrar mejor. Aquí realizan siete cortes de alfalfa en el año. Con ella mantienen en buenas condiciones al ganado vacuno y a los caballos. Atan a los burros de la pata delantera de una estaca que está clavada en tierra; al ganado vacuno lo amarran de los cuernos para ser alimentado. Rara vez lo sacan al campo a pastar. Los indios plantan una hilera de quinua alrededor del maíz, camotes u otros sembrados. Los animales no se la comen, e incluso les da miedo tocarla. Esta es la única cerca que hemos visto en el país, salvo aquellas construidas de adobe, que por lo general son tan altas que la vista de la huerta queda completamente obstruida desde el camino. La planta de quinua crece entre cuatro a seis pies de altura, y se ve como una mala hierba gruesa. El grano es pequeño, como la semilla de nabo, y muy nutritivo. Es un cultivo importante en esta región, especialmente en las mesetas. Cuando se sancocha como el arroz, y se come con leche, es muy sabroso.

Las flores que se cultivan en las huertas son por lo general aquellas que se importan de otros países; el nardo y otras son cultivadas a la perfección. No hay flores bonitas autóctonas de esta parte del país, salvo las muchachas indias.

Al atardecer frecuenta la alameda; hay muchos asientos, pero por la falta de agua las plantas y las avenidas están en desorden. La avenida, que es plana, tiene aproximadamente ochocientas yardas de largo desde una entrada grande en forma de arco hecha de ladrillos hasta la ribera del río. Los arcos estaban decorados con representaciones de batallas y

hombres ilustres. Observamos una figura blanca sumamente salpicada por el barro que le había sido arrojado. Sobre la cabeza de la figura, unas letras talladas en piedra expresaban el nombre de Ballivián. Así lo habían atacado los soldados de su sucesor, demostrando cada hombre, al pasar, su amor por la patria lanzando un puñado de barro a la imagen del último presidente.

[...]

En Cochabamba, los hombres no viven hasta una edad muy avanzada, siendo ochenta años la más avanzada que se conoce actualmente. Algunas veces las muchas dan a luz a la edad de trece años; la edad casadera es a los doce, tanto para los criollos como para los indios. La proporción de matrimonios en esta región es pequeña para la cantidad de población. Lamento tener que decir que la porción

más moral se encuentra entre la raza aborígen. El indio, con su esposa e hijos a su alrededor, cultiva la tierra, mientras que los criollos y mestizos son perezosos y por lo general gente soltera. Desde el establecimiento del gobierno, en el año 1826 hasta el año 1851, durante veinticinco años, la población ha aumentado de aproximadamente un millón de habitantes a un millón y medio. Pocas personas se van de la región, y pocas emigran a ella.

[...]

Las casas de los indios son pequeñas y por lo general tienen sólo una habitación. Al centro hay un muro alto de adobe, construido para obstruir la visión desde la calle. En un rincón hay una armazón de cama de adobe que se utiliza como asiento. Alrededor de la pared terrosa se ha colgado una tira de tela de algodón para proteger la ropa del visitante y que ésta no se ensucie. En una caja pequeña de madera guardan todos los objetos de valor, tales como ropa, dinero y adornos. En la pared hay colgadas unas cuantas imágenes de santos y ángeles, compradas al clero, con una cruz de madera aquí y allí, decorada con flores. En un rincón hay ollas o marmitas de barro y cobre, junto con unas piedras

grandes, entre las cuales se hace la fogata. En otro rincón se encuentra usualmente un escuadrón de cuyes blancos, negros o bermejos que gruñen y excavan madrigueras en el piso de tierra para gran diversión de los niños aborígenes, quienes tienen mucha predilección por ellos cuando los convierten en un chupe.

Las habitaciones de los indios de este valle son redondas, construidas enteramente de barro humedecido y piedra, y tienen sólo una entrada. Estas casas están pasando de moda, aunque en la actualidad se utilizan muchas de ellas. Hay un gran número de ruinas por el valle, que se supone son de un estilo de épocas pasadas. El arte de construir arcos fue una habilidad de la tribu aimara, del cual nos encontramos señales cerca de la capital inca.

Cochabamba **Federico Blanco (boliviano), 1901**

Edificada la ciudad en un terreno sumamente plano, sus calles son rectas y en los primitivos tiempos de su existencia el pueblo las designaba dando el nombre de algún propietario, de algún convento ú otro edificio público. Últimamente, una ordenanza municipal, cambió esos nombres debidos al capricho de algunos vecinos, por los de algunos prohombres de la guerra de la independencia, ó por el de los lugares que recuerdan hechos gloriosos para la Patria.

El terreno ocupado por la ciudad y los inmediatos á ella, aunque muy húmedos, son de asombrosa fertilidad, tanto por la bondad del clima, cuanto por la naturaleza de las aguas con que son regados: pues estas aguas arrastran considerable cantidad de sedimentos provenientes de las descomposiciones que se operan en la cordillera. Las aguas turbias, aparte de la gran cantidad de restos vegetales y animales que contienen, llevan en disolución partículas arcillo-silíceas, que las crecientes del río Rocha depositan sobre el terreno plano y forman los terrenos *Maicas* de asombrosa fertilidad.

[...]

No son numerosos los lugares de paseo en el recinto del radio urbano. Los más frecuentados son la Alameda, la Colina de San Sebastián, la plaza de Colón y las hermosas avenidas y galerías de la plaza "14 de Septiembre", siendo éste último lugar el más frecuentado. Las aceras son anchas con preciosas galerías. En el centro de la plaza se eleva una alta columna de piedra muy bien labrada, de bronce de dimensiones colosales. En la base de la columna están incrustados mármoles, en los que se hallan grabados los nombres de

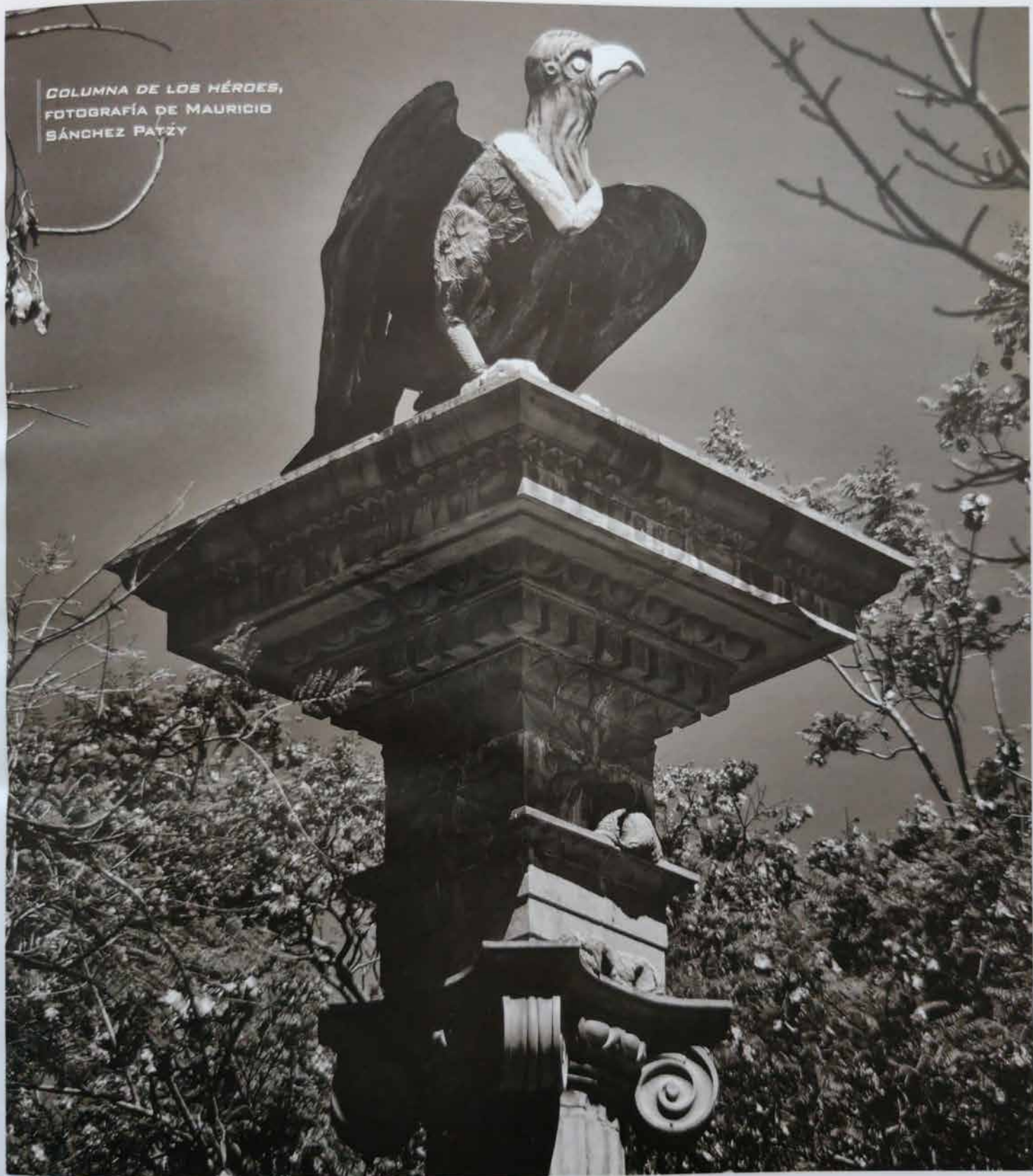
los primeros patriotas cochabambinos que dieron el grito de independencia. Rodean esta columna preciosos jardines de flores escogidas, distribuidos en todo el ámbito de la plaza, formando caprichosas figuras y dejando en sus claros avenidas que son el predilecto paseo de la sociedad. En las regiones del E. y O. de la plaza se encuentran trazados los dos laguitos que deben ser terminados en breve. En la región del N. se encuentra un precioso kiosco de fierro con base de piedra y al S. está la pila monumental de bronce, que es, sin disputa, la mejor de la República.

La columna del centro, estaba rodeada hasta hace poco de una verja de piedra y cuatro piletas, cuyo conjunto formaba la pila principal, la misma que desde 1786 ha tomado distintas formas, época en la que Carlos III, por orden real de 29 de marzo de dicho año, concedió 10,000 pesos, y para su conclusión se tomaron 1,000 pesos más de la caja de propios de la ciudad, con autorización de la Real Audiencia de Charcas.

La Alameda, donde la concurrencia es frecuente, especialmente por las tardes, es una zona ancha que se extiende desde la plaza Colón hasta la orilla izquierda del río Rocha. Fuer el General don José Ballivián que en 1848 ordenó se formara este paseo. Las cinco espaciosas calles que la forman están separadas por hileras de hermosos sauces y rosales. La portada que era de cal y canto, con esculturas en relieve fue demolida porque amenazaba ruina y hoy se proyecta poner en su lugar una verja de fierro.

El cerro de San Sebastián es una colina de suave declive, donde los paseantes gozan de un aire puro y fresco y de un hermoso y extenso panorama. Es en ésta histórica colina que el 30 de noviembre de 1730, se reunió el pueblo

COLUMNA DE LOS HÉROES,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO
SÁNCHEZ PATZÝ



sublevado al mando de Alejo Calatayud, a la noticia de que venía un visitador real con el propósito de empadronar en calidad de tributarios a los mestizos; aquí fue donde después de la negra traición de Francisco Rodríguez Carrasco, los que se sublevaron con Calatayud, se parapetaron dentro de una capilla que entonces existía, para defenderse de las fuerzas con las que Rodríguez Carrasco los atacó, y donde después de una lucha heroica fueron sepultados bajo las ruinas de la capilla, la que, según la tradición, fue encendida durante la lucha; aquí mismo el 27 de mayo de 1812, el indomable y valeroso pueblo de Cochabamba, fue bárbaramente asesinado por el General Goyeneche, implacable enemigo de nuestros padres.

Cuenta la ciudad con 32 pilas de excelente agua traída de Arocagua y un depósito construido en el cerro de San Pedro. Este depósito como la cañería que conduce y distribuye las aguas, pueden rivalizar con los mejores de su género...

por Viedma. Últimamente, por resoluciones emanadas del Concejo Municipal, se ha construido en dicha casa-quinta el nuevo hospital, al que se ha dado el nombre de "Hospital Viedma".

[...]

Don Franciso Viedma dejó una hermosa casa quinta que poseía en los suburbios de la ciudad, para que en ella se acogiesen y se educasen niños huérfanos. Por decreto de 4 de febrero de 1826, se mandó el establecimiento del Colegio de Artes y por el de 12 de mayo de 1827, se ordenó que dicho colegio se instalase en la casa de huérfanos dejada



[...]

Si bien la instrucción popular en su organización está apropiada a las necesidades del pueblo, hace falta un establecimiento de educación e instrucción completa para señoritas; pues los que existen no son como los que debieran ser en una ciudad como Cochabamba.

En 1897 han funcionado 19 escuelas municipales, de las que 12 fueron de varones y 7 de niñas con 32 profesores y 30 institutrices. El número de alumnos de ambos sexos alcanzó a 2,375 o sean 1,477 varones y 898 niñas. De estas escuelas 16 funcionan en local propio. Existen también escuelas de empresa particular, aparte de que hay profesores que dan lecciones de instrucción a domicilio.

[...]

Además del Colegio Nacional Sucre y el Seminario, cuenta la ciudad con una escuela fiscal, una de taquigrafía y otra de agricultura, las tres de reciente fundación, una Facultad de Medicina, otra de Derecho y otra de Teología, y finalmente, existe una sociedad protectora de instrucción, compuesta de lo más notable del vecindario.

La Biblioteca tiene local propio, reducido, pero aseado. Es de propiedad del Municipio. Tiene 2,222 volúmenes de libros modernos, 2,000 antiguos, 1,000 folletos y 180 tomos de periódicos.

Cuenta la ciudad con 32 pilas de excelente agua traída de Arocagua y un depósito construido en el cerro de San Pedro. Este depósito como la cañería que conduce y distribuye las aguas, pueden rivalizar con los mejores de su género. El trabajo fue dirigido por el notable ingeniero A. Manno.



ATARDEGER EN CALA CALA, ÓLEO DE AVELINO NOGALES

La almohada del valle **Guillermo Viscarra Fabre (boliviano), 1961**

Alejo, conoce, de paso, las *cabeceras de valle*, esos tranquilos y solitarios lugares en los que ha oído por primera vez el corto vuelo de las perdices que parece que tuvieran atadas a las alas, finos cascabeles de oro.

La perdiz se denuncia por su vuelo musical y corto.

Las cabeceras de valle son lugares, generalmente, húmedos. En su tierra negra y fértil, crecen los cestos de frutos frescos y agradables: *Pasacanas* y *tunas*. La vegetación de estos lugares es mucho más abundante y variada que la de las alturas.

Les ha dicho el maestro que el clima de cabecera de valle bien puede tener una clasificación especial y diferente.

Los valles anchos y floridos, como Cochabamba, en los que se ven extensos prados de tréboles, manchados de trecho en trecho con la púrpura de los ceibos, cuyas anchas copas son más flores que hojas, dice el maestro que están dentro de un clima comparable al mediterráneo europeo.

El molle es el árbol de la alegría. Tiene su follaje de menudas hojas crespas un verde claro, casi dorado. Sus frutos son finos racimos colgantes de pequeñas y redondas uvas de color de rosa encendida. Casi siempre este árbol bellissimo de los campos cochabambinos es refugio y mirador de numerosas colonias de palomas torcaes.

La ciudad de las flores **Florian Giebel (alemán), 1961**

Cochabamba es la principal ciudad del valle. Y por su población, su progreso urbano, su movimiento comercial e industrial, es la segunda de Bolivia.

Fue fundada el 1° de enero de 1574 por don Sebastián Barba de Padilla, con el nombre colonial de Villa de Oropeza. Se encuentra recostada en la hermosa falda que dejan las serranías que preside el Tunari. Por su ubicación geográfica, goza de un clima templado, delicioso y benigno.

Cochabamba tiene el privilegio de estar situada al centro de la República, a una altura intermedia entre la parda meseta y las verdes llanuras. Es el corazón geográfico de Bolivia, que intercambia influencias con los seis departamentos que la rodean. En ella se encuentra la principal base aérea del país: de su pista parten los aviones a casi todos los pueblos de Bolivia.

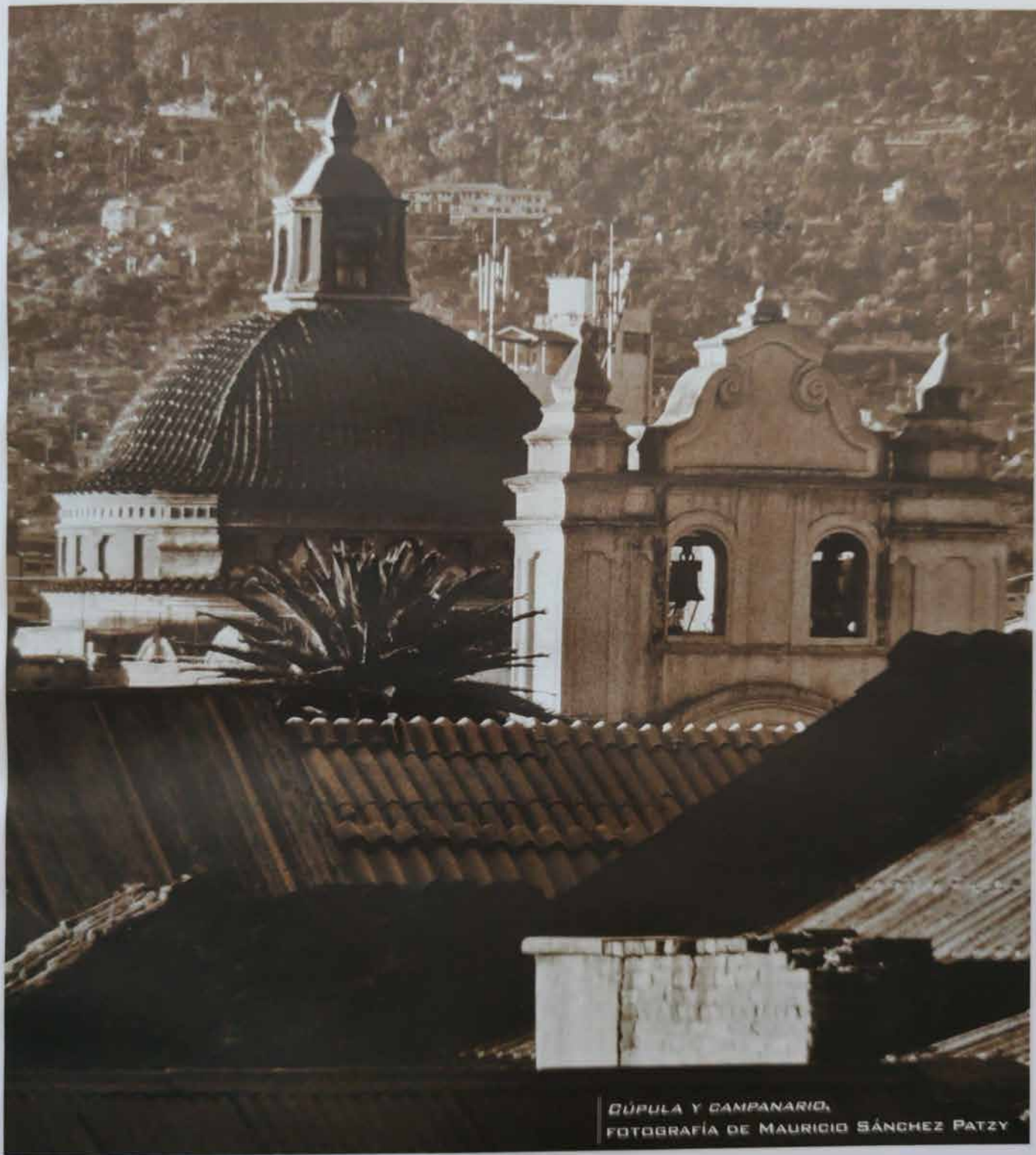
Se le ha llamado "La Ciudad Jardín", porque está sembrada de flores por todas partes, especialmente en los parques.

Además, porque a medida que el tiempo transcurre, ella construye barrios modernos y pintorescos como Cala-Cala, Queru-Queru y Muyurina.

La población, un tanto cosmopolita, alcanza a más de ochenta mil habitantes, dedicados al comercio, a la industria y a la vida cultural. Tiene modernas molineras y fábricas de calzado, de cerveza y de conservas de frutas, que le han dado mucho prestigio.

Otra de las características de Cochabamba son las ferias que se realizan en la ciudad y sus alrededores, poniendo en venta trabajos de cerámica, cestería y tejidos. Igual que en La Paz y Sucre, este arte revela gran habilidad artística y capacidad creadora en las gentes del pueblo.

Además, posee una campiña feraz, alegre, con una completa variedad de animales, de aves y de frutos, y con balnearios modernos, y aguas termales en Liriuni y Cayacayani.



CÚPULA Y CAMPANARIO,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY

En Cochabamba [1874] Julio Rodríguez Rivas (boliviano), 1978

Rodríguez llegaba a su ciudad natal [el 11 de septiembre de 1874] después de dos años y medio de ausencia, cargado de importantes experiencias y multitud de recuerdos. Había partido como joven médico con más entusiasmo que competencia, colmado de ilusiones sobre su patria y el mundo en general y volvía como profesional enriquecido de nuevos conocimientos, avezado en la práctica médica y maduro gracias a su permanencia en las atestadas y cosmopolitas ciudades de Europa.

Al regresar a mula por los senderos altiplánicos, luchando con sentimientos contradictorios y asaltado por los recuerdos reconocía el luminoso paisaje de su tierra desde la época de estudiante: las altivas cordilleras nevadas, las áridas inmensidades cubiertas de paja brava, las planicies salitrosas y los azules espejismos que contrastaba con las fértiles y cuidadas campiñas francesas o con los perfumados naranjales de Italia. Le asaltaba el viento seco y frío del altiplano, le atormentaba el 'sorojchi' y recordaba el aire húmedo y salobre del océano. Cruzaba ocasionalmente con viajeros de oscuro ropaje, desgarbados, de modales primitivos y facciones rudas, transportando coca o sal, o bien con otros mejor vestidos y acomodados, soportando con estoicismo las molestias del camino. Le acudían entonces, como relámpagos, la imagen de los cómodos transportes de Inglaterra, del bullicio de las calles de París y la clásica belleza de Florencia.

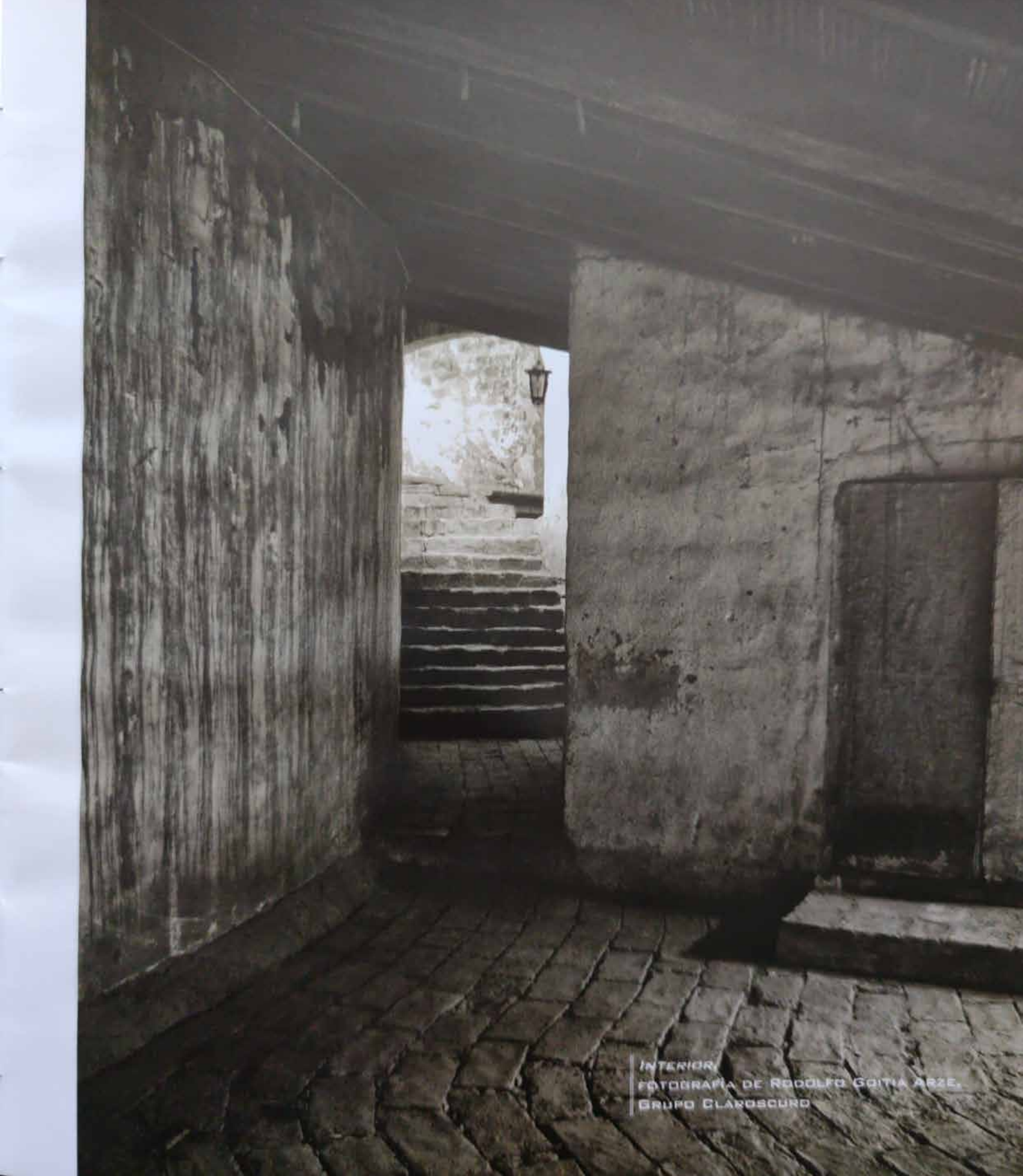
En los últimos días de su viaje, después de pasar por Paria y tramontar Sayari, bajando por Capinota, penetró en el valle en plena primavera. Aunque el invierno dejaba todavía sentir su influencia, florecían ya los árboles por todas partes con manchones bermejos, amarillos y violáceos; los oscuros alfalfares, el verde tierno de los maizales y

los toques brillantes de los macizos de retama, evocaron en Rodríguez los días felices de su infancia. El paisaje era semi-agreste, con transparencias que permitían distinguir un infinito de montañas, quebradas y lejanías y con cielos de un azul intenso. El aire tibio y seco, el olor a ganado y a humo, a molle y a hierbas del campo impregnando el aire de la planicie verdeante, ondulada, moteada de pueblecillos terrosos y mezquinos, surcada de senderos polvorientos y sumida en apacible modorra en el sol reverberante, lo impresionaron y fascinaron al compararlos con el ambiente húmedo, y los matices suaves de las pulcras campiñas europeas metódicamente cultivadas.

Al atardecer, las afueras de Cochabamba, menguadas, llenas de polvo y sucias, lo deprimieron. Siguió por el desigual empedrado de la calle de Santo Domingo —que un día había comparado con el de la vieja Roma de los Césares— con su cabalgadura golpeteando las piedras desiguales y llegó, derrengado, cansado y aturdido hasta la vieja casa, esquina de las calles Perú y Ayacucho, donde vivía su familia. El ambiente de aspecto tradicional, de pobreza y de luto lo conmovieron hondamente. Abrazó a su madre envejecida y abrumada, a sus hermanos y cuñados reunidos

para darle la bienvenida. Lo acogieron con alegría, cariño y entusiasmo que lo consternaron y también lo avergonzaron un poco. A pesar del polvo del camino y del viaje fatigoso, tenía mejor aspecto que cualquiera, pues sus cabellos, bigotes y barba eran bien cuidados, su piel fresca y su apariencia saludable; iba bien vestido y su equipaje era de lujo para ese medio. Repartió luego los presentes para toda la familia, pero los regalos que traía para su padre fueron motivo de nueva turbación y pena. A la mañana siguiente, al despertar muy temprano, le sorprendieron el canto de los 'hornero', el repique de las campanas y la brillantez del sol salpicando de luces su habitación.

Aunque el invierno dejaba todavía sentir su influencia, florecían ya los árboles por todas partes con manchones bermejos, amarillos y violáceos; los oscuros alfalfares, el verde tierno de los maizales...



INTERIOR
FOTOGRAFIA DE RODOLFO GOITIA ARZE,
GRUPO CLAROSCURD

La vida comunitaria

Jorge E. Urquidi Zambrana (boliviano), 1999

Habría que comenzar expresando que en esas primeras décadas del siglo, la ciudad presentaba sus calles centrales empedradas de piedras redondas pequeñas las calzadas, y de losas del mismo material en las aceras; muy pocos vehículos motorizados en circulación (automóviles y tranvías), que alternaban con carruajes tirados por caballos o mulos; algunos jinetes y un escaso tránsito de peatones; calles que se trocaban en silenciosas a tempranas horas de la noche, deficientemente iluminadas, (focos eléctricos incandescentes de muy baja potencia), salvo —según dije antes— la plaza “14 de septiembre”, la plazuela “Granado”, “El Prado” (plaza Colón) y la Alameda (Av. Ballivián), lugares que estaban provistos de “bombas” eléctricas de vidrio opalescente colocadas sobre postes ornamentales metálicos. Solamente la plaza principal “14 de septiembre”, estrenó flamantes bancos para el descanso de la gente en los paseos centrales y bajo las galerías (soportes de hierro y tableros de madera fina) obsequiados por la colonia árabe en homenaje al Primer Centenario de la Independencia de Bolivia. No creo necesario hacer alusión especial a la imagen de las edificaciones, por cuanto de modo general mantenían sus características arquitectónicas de antiguas casas, de dos pisos, —salvo algunas excepciones— en el núcleo central (dos o tres cuadras a partir de la plaza principal); más modestas y de un solo piso en los alrededores (unas y otras de adobe los muros y tejas de barro cocido los techos), dentro del ámbito que abarcaba en aquellos días la ciudad, o sea, el “casco

viejo” de hoy. Conjunto en verdad roto ya ahora en varios puntos por la presencia de altos edificios modernos que exigen ascensor (según mi profesor de primaria don Pacífico Velásquez la población de la ciudad en 1926 alcanzaba a 45.000 habitantes).

Tropezarse con personas conocidas, parientes o amigos, en el trajín diario por las calles de la ciudad —en cada cuadra y en cada esquina— estaba dentro de la normalidad cotidiana y nadie podría quejarse —a no ser que se hubiese tratado de alguien venido de otra parte—, de sentirse “solo” en medio de sus congéneres, según paradójicamente ocurre hoy en las grandes aglomeraciones modernas, con calles atestadas de gente, en las que cada quien no puede sustraerse fácilmente de la idea de ser “uno más” sin rostro y sin nombre, o sea, un extraño (fenómeno psico-sociológico que lamentablemente viene ocurriendo ya en alguna medida entre nosotros).

Los niños de la ciudad llevaban un atuendo caracterizado por pantalón corto, camisa de tela blanca y cuello abierto, gorra con visera, botines y medias negras largas por encima de las rodillas. A los 15 años de edad se “alargaban los pantalones” en ceremonia especial, y se cambiaba la camisa abierta por otra de cuello cerrado y corbata; podía mantenerse la gorra o usar un sombrero de paño (la costumbre de andar con la cabeza descubierta se generalizó con posterioridad a la guerra del Chaco).

[...]



DAMAS GOCHABAMBINAS EN LA LAGUNA CUÉLLAR.
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO



GRUPO DE JÓVENES DEL 1900,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO

Los “decentes” y los otros

Jorge E. Urquidi Zambrana (boliviano), 1999

El modo de vestir o la apariencia solía relacionarse —además de las diferencias sociales— con las que atañían al nivel económico; así se daba por sentado que los varones de terno, cuello y corbata eran los pudientes; y, lo mismo ocurría con las mujeres de “vestido”, es decir, de faldas, en lugar de “polleras” (unos y otras los “decentes” de la sociedad). Asociación la referida no siempre coincidente con la realidad, menos hoy día, por cuanto en no pocos casos, el cuello y la corbata o el o el vestido sólo han servido para disimular una situación paupérrima. Dicha presunción repercutía también entre los niños, especialmente escolares, empero, solía centrarse, más bien, en cuanto concernía a llevar zapatos u ojotas, aunque ocurría en muchos casos de enzapatados que no bien volvían a sus casas, ponían a cuidarlos de un prematuro deterioro o porque sin ellos se sentían más cómodos, y esto lo digo por experiencia propia. De ahí seguramente también, el calificativo de “cholo enzapatado”, endilgado despectivamente o a modo de insulto, a aquel individuo de la clase popular o de otro nivel al que se le atribuía intenciones

de darse tonos de persona adinerada, “decente” o aún culta, pesa a reunir realmente algunas de esas condiciones. Miramientos éstos propios de una sociedad estratificada, que muchas veces los superaban quienes se ponían por encima de ellos dada su propia valía; así se contaba —por ejemplo—, de un talentoso personaje y connotado político liberal montista, el que no tuvo inconveniente en presentar a su señora madre (chola de “pollera”) aprovechando de un banquete que ofreciera a lo más granado de la sociedad cochabambina, imponiendo su vigorosa personalidad, antes y después admirada y respetada en el ámbito nacional por su sobresaliente actuación no solamente como notable juriconsulto, sino también en el campo intelectual (escritor y periodista notable) y político (parlamentario y ministro) al servicio del país.

En esta especie de categorización de las clases sociales en tres sectores: “decentes”, “cholos” e “indios” (en otra nomenclatura: burgueses, proletarios y campesinos respectivamente), podían distinguirse matices de diversa índole. Se hablaba —por ejemplo— de que menester se hacía

diferenciar al "cholo físico", del "cholo moral" y del "cholo físico y moral"; además como variedad al "ch'ama" (ordinario en quechua), producto de la mezcla de cholo e india o viceversa (algo así como tercerón), verdad es que en los hechos parecía más bien un apelativo endosado a individuos de modales toscos.

Pero ahí no terminaban las cosas, habían aún otras discriminaciones "socio-gentilicias" y "socio-culturales", algunas de las cuales persisten todavía, así el caso de la "chota" (hija de chola, vestida de "señorita"; ésta a su vez hija soltera de una señora "decente"); la "birlocha" ("chota" poco discreta, de vestir chabacano, pintarrajeada y liberada a su manera); la "guachafa" (dama extravagante en su modo

de vestir y ser, con pretensiones de mujer elegante e ideas modernas, aunque sin poder disimular su verdadera esencia o raíz poco tamizada); y, para terminar esta mi lista —quien sabe un tanto "sui generis" dada mi poca competencia en clasificaciones socio-culturales y etno-sociales—, citaré al "cholo-traza" (individuo impecablemente vestido de terno, cuello y corbata, pero que por su andar con las piernas medio dobladas o dando saltitos, el trasero algo caído y modales poco refinados, revelaba sus falencias en el roce social). Sin embargo, habría aún que agregar al "t'anacu" (desgarbado a la vez que ordinario en quechua), físicamente esmirriado y pintoresco en su manera de vestir y de ser, sin tener mucha conciencia de ello.



RETRATO DE CONDUCTORES DE TRANVÍA,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO

La ciudad

Augusto Guzmán (boliviano), 1970

EL VALLE DE COCHABAMBA. Así se nombra el que comienza en las rinconadas de Sipesipe y Suticollo y siguiendo la dirección O-E se extiende por las comarcas de Vinto, Quillacollo, Anocaire, El Paso, Tiquipaya, Colcapirwa hasta llegar a la ciudad que le da su nombre teniendo por límite orográfico en el confín occidental la serranía de San Pedro. Esta dimensión longitudinal no tiene menos de 21 kilómetros por unos 10 kilómetros de extensión media en la dirección de Norte a Sud con lo que el valle de Cochabamba representa un área urbano-rural de más o menos 210 kilómetros cuadrados. Las zonas de influencia de la ciudad se proyectan sin embargo no sólo en el valle de Cochabamba sino también sobre los próximos valles de Sacaba y Cliza a los que se comunica por sistemas modernos de interacción económica y social. Siendo más bajo que los valles de Cliza y Sacaba, recibe sus aguas junto con las que bajan por las quebradas de la cordillera y las serranías que interrumpen su expansión horizontal. Historiadores y geógrafos consideran que los valles de Cochabamba y Cliza formaban en remotísima antigüedad un solo lago cenagoso, llamado Qqotapancara por los collas. En obra lenta de siglos se fue desecando y rellenando por la acumulación de sedimentos aluviales hasta una altitud cuya inclinación varía actualmente de 2.560 a 2.760 metros sobre el nivel del mar.

[...]

PARQUES. Espacios verdes, son los pulmones de la ciudad. Existen no menos de 66 parques. Vamos a nombrarlos en sus zonas de ubicación: En Mayorazgo se sitúan el espacioso Parque Franklin Delano Roosevelt y otro muy menor que lleva el nombre de Jefferson. En Sarco; Parque de las Ñustas, Parque Ima Sumaj, una parte del Lincoln y otros tres

parques sin nominación. En Calacala: el Parque Abraham Lincoln, uno de los más grandes de la ciudad; Parque Franz Tamayo y otros cuatro parques innominados. En Queruqueru: Parque de Queruqueru, Parque Antofagasta y cuatro parques innominados. En Tupuraya: Siete parques en proyecto. En el Hipódromo: además del Gran Parque Hípico existen los llamados de Francisco de Orellana, San Felipe de Austria, Riosinho y dos todavía innominados. En la Chimba: Parque Mariscal Santa Cruz, Parque del Soldado Desconocido y cuatro parques sin nombres. En la Maica, debido a los grandes espacios despejados que ocupan los aeropuertos, son pocos los parques públicos. Uno es el de Sebastián Pagador y otros dos en la urbanización occidental. En Jaywaycu: Parque Juana Azurduy de Padilla, Parque Canata, Parque de Las Villas, Parque de los Próceres y dos más

sin nombre. En Las Villas, el Gran Parque del Progreso, el Parque Miguel de Cervantes. En Alalay: se proyecta un gran parque de recreación y turismo con formaciones diversas en torno a la laguna. En Las Cuadras: Parque La Torre, Parque del Maestro, Parque Carmela de Paz Estenssoro, Parque General Román, Parque Universitario sin contar los parques interiores de la Universidad de San Simón. En Muyurina: Parque La Torre, Parque de la Autonomía Universitaria. En la Zona Noreste: el parque de la Avenida Ballivián o El Prado. En la Zona Noroeste: el Parque Abaroa. En la zona Sudoeste: el parque de los Incas y otro sin nombre. En la Zona Sudeste: Parque Francisco del Rivero.

CALLES. Hasta 1961 las calles de la ciudad abiertas al servicio público sumaban 384. Actualmente deben llegar y pasar de las 400. Las principales son por cierto las del casco viejo donde se encuentran los edificios públicos de administración y se concentran las actividades del comercio. Bajo este aspecto y como las más próximas a la Plaza 14 de Septiembre podemos reputar como calles importantes

JARDINES DE COGHABAMBA (PALACIO DE PORTALES)
FOTOGRAFIA DE MAURICIO SANCHEZ PATZY





AGUA Y NATURALEZA,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY

primeramente las que salen de dicha plaza: Sucre, Bolívar, España, Baptista, Achá, Santivañez, Aguirre, Esteban Arze. Luego las transversales: Perú, 25 de Mayo, Jordán y Ayacucho. Sólo un 20% de las calles está pavimentado.

VILLAS. Se llaman así ciertas subzonas o vecindarios. Figuran en el Plano las Villas: Santa Mónica, Busch, Ingavi, Juan de la Rosa, Montenegro, Felicidad, Santa Cruz, Wayraqqasa, Alalay, Paz Estenssoro.

FLORICULTURA. Como afición doméstica y como industria la floricultura cochabambina ha alcanzado notorio desarrollo en cantidad y variedad de especies propias de la altura. Son varios por ejemplo los coleccionistas de rosas que han logrado con su dedicación bellísimos y raros ejemplares. El comercio más extendido de las flores es popular y el negocio corresponde a las mismas labradoras o floricultoras de los predios de la ciudad y sus campiñas. Un índice completo de la flora urbana en general y de la floricultura en particular, es obra ambiciosa y de aliento que aún no ha sido llenada ni siquiera por estudiosos especializados. Sin embargo,

...Los árboles que adornan a Cochabamba son originarios como el molle, el tarcu, el ceibo rojo frecuente y el blanco muy raro...

justo es reconocer que algunos estudios han creado copiosa fuente de información. De ella y de la realidad objetiva a nuestro natural alcance, nos servimos para dar en esta reseña una lista con los nombres comunes del mercado local que son los que importan para el conocimiento directo de la floricultura urbana. En los jardines o viveros públicos y privados de Cochabamba podemos encontrar siempre flores en cualquier estación del año, pues las hay aún en el invierno desnudo e inclemente: rosas, claveles, gladiolos, gladiolines, juncos, fresias, violetas, jazmines, crisantemos, dalias, pensamientos, heliotropos, fuccias, alelies, flores de ilusión, begonias, nardos, madre selvas, rayos de oriente, cucardas, laureles, coquetas, petunias, retamas, miosotas, daturas, geranios, buganvillas, lirios, hiedras, lafayes, amapolas, emperatrices, amarilises, tacones, espuelas de caballero, copos de nieve, hortensias, tarwis, penachos, saticias, bocaysapos, kantutas, zinias, achiras, cartuchos, etc. Hay especies que dan de dos a cinco variedades. Y las rosas más de trescientas. En la Granja San Germán de Eduardo López V. se ha logrado una plantación seleccionada de rosas que

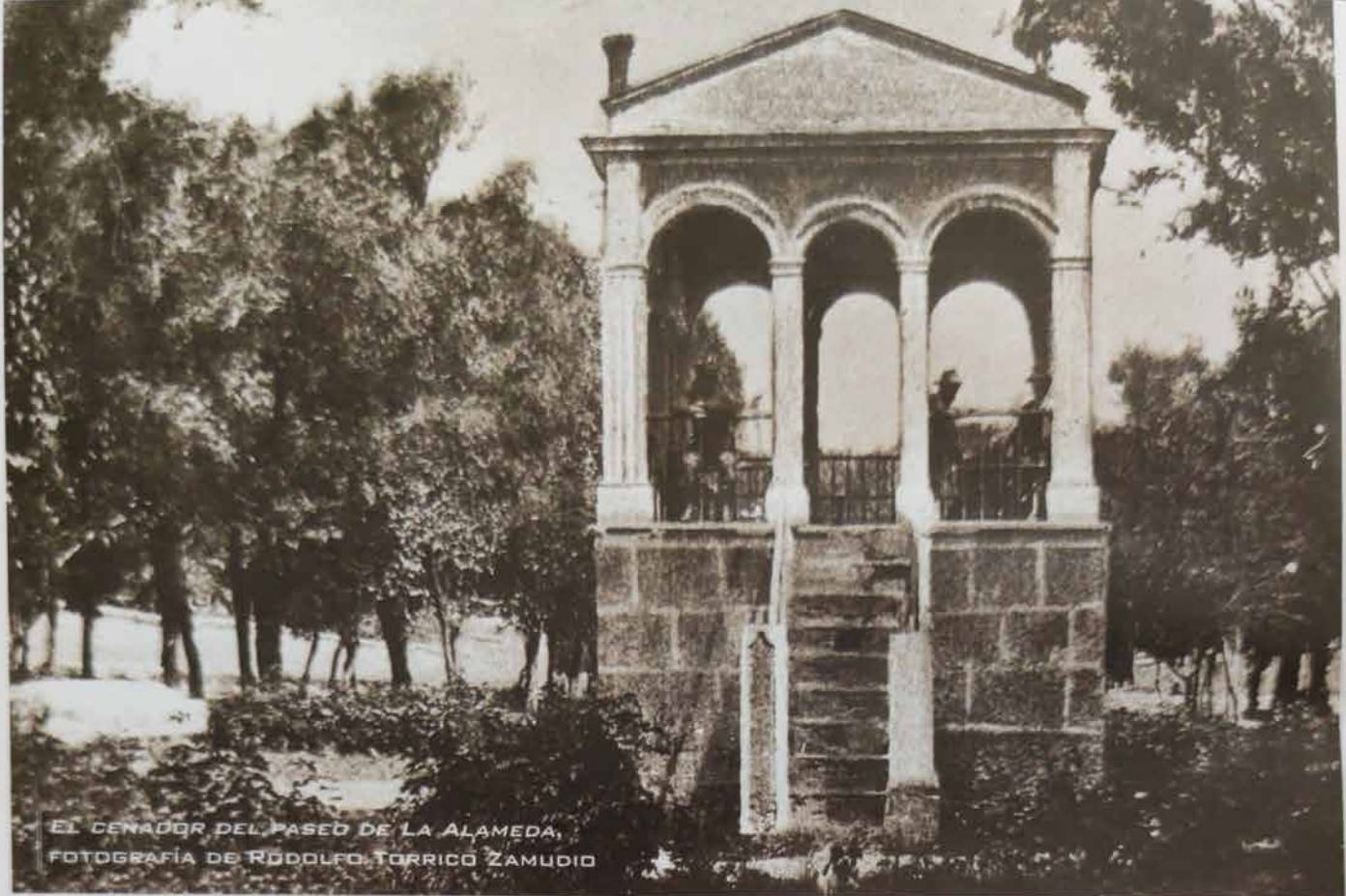
comprende más de 343 variedades aclimatadas en la zona de la Tamborada muy cerca de la ciudad. Todas las variedades proceden de plantas premiadas en exposiciones nacionales o internacionales del mundo. Se trata de una colección viva y fascinante cuyo florecimiento continuo dura de mayo a octubre. Desde luego que esta plantación como emporio de rosas es la más importante de Bolivia desde 1960, existiendo en Cochabamba varias otras de menor importancia, si bien en todo caso muy interesantes. La granja San Germán en su sección de lechería produce 1.000 litros diarios con 230 vacas de raza. Tiene también una gran plantación de viñedos y ejemplares escogidos de árboles frutales.

HORTICULTURA. Mencionamos simplemente plantas comestibles y medicinales de consumo doméstico o de comercio al por menor. Comestibles: lechugas, repollos, tomates, locotos, cebollas, achojchas, maíz, haba, arvejas, zanahorias, betarragas, perejil, apio, quilquiña, culandro, orégano, hierbabuena, lacayote, escariote, zapallo. Medicinales: borraja, payko, toronjil, manzanilla, llantén.

ARBORICULTURA ORNAMENTAL. Esta arboricultura se expresa mejor que en propiedades privadas en parques, paseos, plazas, avenidas y calles de dominio público. La autoridad edilicia ha fijado en la distribución un criterio de variedad para cada lugar en vez de plantaciones homogéneas que antes se practicaban. Los árboles que adornan a Cochabamba son originarios como el molle, el tarcu, el ceibo rojo frecuente y el blanco muy raro; el pacay, la tipa, la jarca, la tara, el aliso, etc. Prevalen sin embargo los aclimatados: cedro español y malayo, terebinto, paraíso, ligustro, brachiche braquiquito, araucaria brasileña o excelsa de la que apenas hay ahora unos seis ejemplares desarrollados; álamo blanco y carolino, acacia blanca y salvaje, palmera común, datilera enana, cusí; arce, toboroche, magnolia blanca y rosada, roble de ramas plegadas y dispersas, pino criptomeria y de Monterrey; ciprés, casuarina, alcornoque, fresno, grevilla, plátano oriental, catulva, quillay, pan de San Juan, sauce llorón y sauce de Castilla; eucalipto, pesuña de vaca, prunus floral, etc.

PAISAJE VALLUNO, FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY





EL CENADOR DEL PASEO DE LA ALAMEDA,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO

FRUTICULTURA. En los huertos locales se cosechan duraznos, manzanas, ciruelas, damascos, peras, chirimoyas, higos, nisperos, naranjas, limones, limas, pacaes, mandarinas, frutillas, uvas, bergamotas, guindas, granadas, membrillos, lujmas, paltas, nueces, guayabos, etc. La fruticultura en los valles y la ciudad es todavía de orden muy limitado. Una producción casera, doméstica, domiciliaria en gran parte, con raras excepciones de proyección industrial. El castigo de las plagas es intenso y extenso pese a los recursos de sanidad vegetal que son empleados parcialmente. La fruticultura en gran escala se prepara más bien en las tierras planas y ardientes del Chapare.

IMPRESION GENERAL. De tres elevaciones distintas puede ser vista la ciudad en perspectiva

panorámica. Del cerro de San Pedro, que por su altura y falta de acceso vial a la cumbre, raramente puede servir de observatorio. De la terraza de Taquiña y de la Coronilla

...En la sombra confusa de la ciudad adormecida se divisan juegos cambiantes de luces multicolores en las vías comerciales del centro: avisos luminosos de propaganda. Luego hay hileras regulares o caprichosas de puntos rojoamarillentos formadas por las bombillas del alumbrado público....

de observatorio. De la terraza de Taquiña y de la Coronilla de San Sebastián, ambos sitios usuales de observación. Cacha bamba es una ciudad horizontal, lánguidamente tendida en el valle aluvial que comienza a los pies de la cordillera del Tunari. El tablero urbano es regular y nitido, especialmente en la gran zona del centro donde la vegetación alta se conserva apenas en plazas y parques públicos limitados por los trazos firmes e inmóviles de la arquitectura civil cuasi uniforme de muros claros y techos rojizos. Sobresalen las torres de las iglesias, señoreando al centro la esbelta cúpula renegrida de la torre catedralicia que apunta hasta un poco más de los treinta metros como la estructura

más alta de la ciudad. Las antiguas campiñas incorporadas al radio urbano por un reciente proceso de integración todavía tienen espacios verdes de cultivo y espesas manchas de arboledas compactas. Pero las barriadas de casas unifamiliares se juntan, se enfilan y se dispersan en todas direcciones. Al Norte bosques de eucaliptos de un verde sombrío parecen limitar y sofocar el avance ágil y persistente de los caseríos suburbanos. Al Sud, donde la vegetación es baja y raleada, se prolonga expansivo y terminante un barrio compacto que desde el llano salpica de casuchas los cerros vecinos mientras marcha hacia los confines del Ticti y la Angostura. Los pocos edificios altos subrayan de cuando en cuando la plácida chatura de las manzanas descubriendo pretensiones modernizantes, intentos definidos de figuración arquitectónica. Por el Sudeste relumbra al sol un gran espejo de agua que la ciudad atascada por ese lado

parece ignorarlo tontamente. Esta es la estampa diurna de Cochabamba, en pocos rasgos. De noche, bajo un manto de estrellas en que Sirio escintila como un pequeño y distante corazón de luz, vista de la Coronilla la cordillera reposa en la noche como una bestia de lomo descomunal. En la sombra confusa de la ciudad adormecida se divisan juegos cambiantes de luces multicolores en las vías comerciales del centro: avisos luminosos de propaganda. Luego hay hileras regulares o caprichosas de puntos rojoamarillentos formadas por las bombillas del alumbrado público. Y de modo más que simplemente notorio, deslumbrante, se distinguen los rasgos continuos o fragmentados de las luces a gas de neón y mercurio en calles principales, avenidas, plazas y paseos. Estas luces redimen a la ciudad de las tinieblas formando franjas resplandecientes sobre la movilidad circulante de los faroles de automóviles y motocicletas. Esta es la estampa de Cochabamba en una rápida visión de su semblante nocturno.

PLAZA COLÓN EN 1967,
FOTOGRAFÍA DE AUTOR DESCONOCIDO



El menú valluno *Alfredo Medrano (boliviano), 1984*

Decía Albert Camus que para conocer una ciudad es necesario ver cómo aman y cómo mueren sus habitantes. Habría que añadir: y cómo comen. Probablemente, Ud. puede comer en Cochabamba mejor que en otras ciudades. Es cuestión de indagar, sin temor de aparecer como sibarita, acerca del lugar preciso. La cocina colla en esta región tiene variedad, colorido y riqueza de condimentos y aderezos. Es una cocina cuyo sabor nace en la tradición, en las manos de las cochabambinas y las hierbas nativas que, como el suico, perejil y quilquiña, concentran buena parte del aroma y la esencia de esta tierra.

En quintas y bares se encuentra un buen repertorio para los placeres gastronómicos con platos típicos como el ch'ajchu, la chanqa, el charque y los picantes. Para apreciar este menú variado puede darse una vuelta por los mercados centrales y, si se deja de melindres asépticos y prejuiciosos, compartir una mesa común. No lo envenenarán.

La papa, el maíz y el infalible arroz, son elementos básicos de la alimentación popular. Del maíz, así como del trigo y la quinua, se obtiene una serie de sopas y laguas exquisitas y nutritivas.

Cochabamba, parada intermedia *"Vicysofviajeros", 15 de enero de 2012*

El camino que recorrimos ayer, de Sucre a Cochabamba, lamentablemente no está dentro del feliz grupo de los asfaltados. Después de más o menos una hora u hora y media de salir, el camino pareció decirnos "lo bueno dura poco", y empezó un ripio durísimo que nos acompañó durante muchas horas. Por suerte, sin embargo, esta vez habíamos tenido la precaución de sacar semicama, así que estábamos muy cómodos, y además nos habíamos hecho unos sándwiches porque ya estamos empezando a cansarnos de comer siempre comida parecida y queremos escaparle un poco a la omnipresente fritura.

Lo más fulero fue que el bondi tuvo la descortesía de llegar más temprano que lo previsto a Cochabamba, así que estábamos acá un domingo a las 4:30 de la mañana, esperando en la terminal a que se hiciera de día para poder arrancar.

Por suerte, nos hicimos amigos de una pareja de argentinos que (miren lo chico que es el mundo) ¡viven en Tolosa y estudian en la Facultad de Humanidades de La Plata! Así que estuvimos charlando con ellos, tomando mate y después, cuando abrió la oficinita de información turística,

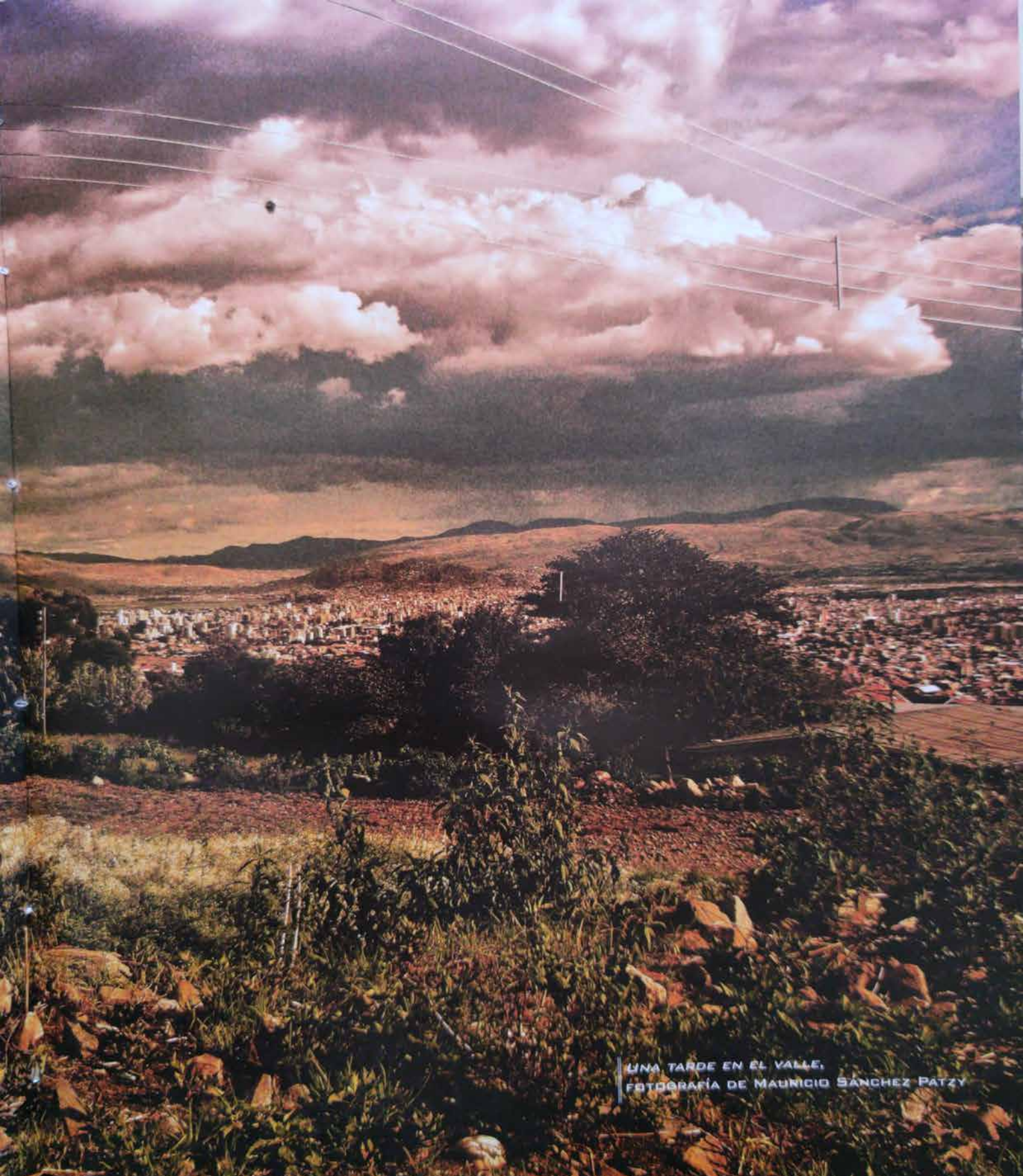
nos informamos de dónde quedarnos y qué cosas se pueden hacer. Lamentablemente, como es domingo está todo cerrado, inclusive museos y sitios históricos. Prácticamente lo único que se podía hacer era ir al teleférico, pero cuando llegamos, había una cola tremenda y sólo 3 carritos que subían y 3 que bajaban. Es decir que la espera iba a ser eterna y, además, ya habíamos tenido una experiencia similar en Salta, así que no era algo que nos moríamos por hacer. Entonces, simplemente nos fuimos a la plaza principal a tomar el fresco, como buena parte de los cochabambinos.

Una cosa muy rescatable de la ciudad es la proliferación de heladerías con muy buen aspecto, inclusive encontramos una que vende frozen yogurt, que ya degustamos ¡y es riquísimo! También se consiguen, a precios super accesibles, riquísimos licuados de fruta; por ejemplo, un licuado de papaya y leche inolvidable, a tan solo 4\$ bolivianos (unos \$2,60 arg). Mañana vamos a un lugar cercano llamado Villa Tunari, que dicen que es muy lindo y que está cerca de zonas verdes y áreas protegidas; después, nos quedan por delante sólo calor tropical y rutas asfaltadas (por fin), a menos que consigamos viajar en el tren que va a la Chiquitania, que dicen que es muy lindo.

LA COMIDA COCHABAMBINA,
FOTOGRAFÍA DE IVANA CAMARGO,
GRUPO CLAROSCURO







UNA TARDE EN EL VALLE,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SANCHEZ PATZY

República Boliviana. Cochabamba

31



INDUSTRIAS Y MANUFACTURAS DE COCHABAMBA

Gustavo Rodríguez Ostria

Enclavada, como el centro de un trébol rodeada de tres valles, Cochabamba era la capital del Granero de Bolivia; fama bien merecida por la abundancia de cereales de maíz y trigo los que a su vez eran transformados en *muku* y harina, fundamentos de la chicha y el pan. La ciudad vivía al ritmo de su agricultura, de la contracción y ampliación de sus mercados cerealeros en minas y el altiplano andino. Estaban sus habitantes atentos a las señales de la naturaleza que presagiaban los ciclos de lluvia y sequía y su incidencia en la mayor o menor cosecha de caída o elevación de los precios. La economía de Cochabamba estaba íntimamente ligada a la suerte de la minería, que ejercía un efecto de atracción sobre la demanda de sus productos agrícolas y artesanales; así fue desde los inicios del período colonial; situación que se prolongará al menos hasta la crisis de la minería nacionalizada allá por 1985.

Si el cultivo de la tierra, quizá hasta hace no más de tres o cuatro décadas, contenía los secretos de la dinámica de la ciudad y la región, en ella se cobijaban otras actividades productivas en manos laboriosas de trabajadores y artesanos que proveían de manufacturas necesarios para la vida cotidiana, el vestido y la alimentación. Hojalateros, tejeros, carpinteros y herreros, zapateros, tejedoras y sastres junto a harineros y panaderos, la suma de maestros artesanos y sus aprendices, apretados en casas de pobres en los barrios de Kara Kota, Jaihuaico o el camal. Allí tronaban y se entremezclaban los ritmos del martillo y la rueca o el silencio de la aguja, junto a las interjecciones en quechua y los ritmos del charango y la quena.

Quienes se aproximaron a la realidad productiva de Cochabamba a poco de decretada la independencia de España, darán cuenta del empuje de sus trabajadores, pero igualmente advertirán, como el anónimo El Aldeano que escribió hacia 1830, del deterioro que la introducción de mercancías extranjeras, trajo sobre los rudimentarios productores locales, pues

la mejor calidad y el precio menor de las extranjeras terminó desplazando a las locales. Otro tanto ocurrirá luego de la Guerra del Pacífico con las maestranzas y artesanos que confeccionaban calzados, ropa y otras artesanías que, como relata el comerciante alemán Germán Von Holten, incluso exportaban hacia otras regiones, principalmente a la costa peruana zona de explotación de guano. El torrente de mercancías chilenas que tras la guerra ingresaron a los mercados peruanos y bolivianos casi dio fin con los artesanos cochabambinos. Si bien esta situación derivaba de las políticas liberales que adoptaron los sucesivos gobiernos convencidos que el destino de Bolivia era exportar minerales y materias primas ligadas a la metalurgia, también estaba el atraso de los sistemas productivos locales mucho más dependientes de la habilidad de la mano de obra que del impulso de máquinas modernas. Marie Robinson Wright advirtió al respecto como la habilidad manual de las tejedoras lograba primorosos encajes; pero este esfuerzo no era suficiente para construir una sólida dinámica industrial en la ciudad de Cochabamba.

Fue recién a fines del siglo XIX e inicios del XX, cuando aparecieron las primeras industrias propiamente dichas; pequeñas al principio, pero que con el tiempo lograron consolidarse y crecer. Tal es el caso de Taquiña (1893-1895), ELFEC (1908) y Dillman (1926). En los años posteriores hubo una lenta expansión de actividades ligadas, como siempre, al rubro de bebidas, alimentación y vestido. Es importante notar que varios de estos emprendimientos los hicieron extranjeros. En 1938 se

fundó la Cámara Departamental de Industria.



La Revolución de Abril de 1952, modificó el régimen de la tierra con la Reforma Agraria, pero no transformó ni amplió el régimen industrial, que continuó dominado por la pequeña y mediana actividad. Para 1956, la ocupación formal de manos de obra registrada en 205 establecimientos era de 4.444 trabajadores y trabajadoras; entre tanto, según un estudio de la UMSS realizado por Ricardo Anaya, se estimaban en varias centenas aquellos que laboraban en talleres que escapaban, como aun hoy sucede, del registro oficial. Fue

entre los años 60 y 80 del siglo pasado cuando la industria formal creció, en gran parte por los incentivos del mercado y la disponibilidad de energía eléctrica provista por las plantas de Corani y Santa Isabel, pero su matriz no se modificó radicalmente del perfil que mantenía desde hacía siglos. Para 1991, de acuerdo a un estudio realizado por la Facultad de Ciencias Económicas y Sociología de la Universidad Mayor de San Simón, se contabilizaron 2.237 empresas del rubro industrial en todo el Departamento, la mayoría ubicada en la ciudad de Cochabamba; de ellas un 90,4% se enmarcaban en el rubro de "pequeña industria y artesanía". La Cámara Departamental de Industria, por su lado contaba con 214 empresas asociadas, aunque su contribución al Valor Agregado, el PIB, la inversión y el empleo formal era mayor que el de las pequeñas unidades. Una situación que poco más de dos décadas más tarde no ha sufrido una sensible variación. La gran industria no ha florecido en la ciudad ni el Departamento y Cochabamba, orientada por otra parte para proveer servicios y comercio, sigue proporcionando oportunidades a los miles de pequeños y medianos emprendimientos, tal y como ocurría décadas atrás.

INDUSTRIA DE COCHABAMBA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX, FOTO DE AUTOR DESCONOCIDO.

“El Aldeano” (boliviano), 1830

Entre las habitaciones de las clases inferiores, casi no había una que dejara de tener telar o algún taller. En el hermoso bosque de Cala Cala había centenares de mujeres que hilaban en tornos de agua. En las extremidades de la ciudad capital y en todos los suburbios se registraba un número prodigioso de alfarerías y hornos donde se fabricaban todas las lozas y vidrios cochabambinos. Los monasterios y todas las otras casas de recogimiento eran otros establecimientos públicos destinados al taller. De este modo se vieron en aquel país algunas obras que quisieron creer que ellas fuesen americanas.

[...] Antes una vara de cuatro lisos valía seis reales y hoy el mismo tocuyo extranjero, que es aún más ancho, se está vendiendo en los pueblos a dos reales ¿Quién dejará de comprar este tocuyo para comprar el otro [...]. Antes un poncho balandrán cochabambino y cualquier otro tejido y delgado valía desde quince hasta veinticinco pesos. Hoy puede hacerse un poncho decente de paño por doce pesos y además los hay extranjeros que se han vendido a seis pesos ¿Para qué tejerán ponchos en la Nación? En fin, por este término van todas las cosas, y por este medio es que la industria del país [Cochabamba] se halla en un estado de nulidad.



CÁNTAROS DE COCHABAMBA,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO BÁNCHEZ PATZY



Alcides d'Orbigny (francés), 1830

Los habitantes de Cochabamba [...] tienen, por encima de todo, un espíritu emprendedor y viajero. Así como se encuentra en todas partes paraguayos (habitantes del Paraguay), se ven igualmente en todas partes cochabambinas, distinguiéndose en eso de los habitantes de otras provincias. Comerciantes por excelencia, a quienes nada les importan las fatigas, hay en todo los caminos, mestizos con sus mulas o con sus asnos cargados de mercancías, que van a vender a todas partes. Por lo general, sus provisiones consisten entonces en una bolsa de maíz tostado. Se detiene en lugares deshabitados para pacer sus bestias o viven en la ciudad con las más estricta economía, a fin de ahorrar dinero para sus familias, para cuando llegue el momento de compartir placeres con ella. Si, aprovechando sus aficiones mercantiles, sus disposiciones

de hombres de empresa, un gobierno estable y amigo del progreso quisiera estimular el establecimiento de fábricas de algodón, de hilo y de seda, cuyas materias primas abundan en el país o pudieran fácilmente naturalizarse, Cochabamba se convertiría rápidamente en una ciudad manufacturera, cuanto su población es muy extensa, gran número de sus habitantes vive en la ociosidad a causa de la miseria, y la atracción de las manufacturas es innata en ellos; puesto que sin arte, sin ningún conocimiento mecánico poseen hoy gran número de telares, que aunque groseros les bastan para perfeccionar telas de algodón ordinarias, llamadas tocuyos y barracán, y telas de las llamadas bayetas. Hasta ahora no existe ningún telar de tintorería, no de impresión en tela entre los cochabambinos; tampoco poseen telares para hacer medias y sus tejidos están lejos de valer como los que fabrican los indios de la provincia de Moxos.

Germán von Holten (alemán), 1892

En Cochabamba no solamente florecía la agricultura; la laboriosidad de sus habitantes había hecho nacer una industria importante. No contaba de hecho con ningún establecimiento industrial de alguna importancia; pero en cambio cada uno de su clase obrera, era un industrial trabajando en pequeña escala y entre ellos formaban realmente un conjunto grande. Su producción industrial, lo mismo que la agrícola, no se consumía solamente en Bolivia, sino que sobraba todavía para un negocio d exportación a gran escala. El litoral peruano se proveía de muchos artículos exclusivamente de Cochabamba [...] la industria de suelas y vaquetas, calzado, tejidos de lana, como jergón para pisos, jerga para ropa, sombreros de fieltro, coronas de fieltro, pellones de pieles, talabartería, encajes, camisas y ropa hecha, loza y una infinidad de artículos domésticos [...] Huanchaca,

Potosí y Sucre, los mineros no usaban otro calzado que el cochabambino, la agricultura e industria de Cochabamba se veía por todas partes.

[...]

Con la conquista del litoral peruano por Chile se cortó de golpe todo negocio de Cochabamba a aquella parte; los productos chilenos remplazaron a los bolivianos y la libre importación que se dió a los productos chilenos [...] completó la ruina de nuestra industria [...], en los minerales ya se usa el calzado chileno [...]

La calles de la ciudad [están] desiertas, los talleres de artesanos vacíos, en los barrios de Caracota que antes casa por casa no eran más que un solo taller de zapatería ya no se oye el golpe de martillo [...].

María Robinson Wrigh (norteamericana), 1907

Cochabamba está aumentando anualmente el número e importancia de sus establecimientos manufactureros. Arnesees y monturas excelentes son fabricados aquí, se curten las pieles, se fabrica el calzado, el tejido de ponchos de seda, es un arte especial de fabricación las mantequillas de las comarcas rurales es una industria. Cierta número de fábricas produce en reducida escala los artículos más necesarios de uso diario, como el jabón, vela, productos de vidrio, etc. Las cervecerías

producen un millón de botellas de cerveza anualmente y hay fábricas de sombreros, talleres de algodón y lanas y establecimientos de sedería [...] Cochabamba es muy célebre por su manufactura de encaje y los visitantes a la ciudad comúnmente asan mucho tiempo examinando los bellos dibujos de los artículos que se vende en el mercado. Muchos adornos se fabrican con algodón del más ordinario, pero la mano de obra es maravillosa. No es raro ver a las pobres vendedoras llevando una falda orillada con encajes de media vara, hecho por ellas mismas.







TANTAWAWAS,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO GOITIA ARZE,
GRUPO CLAROSCURO



EL TRANSPORTE EN COCHABAMBA

Gustavo Rodríguez Ostria

Los relatos de los viajeros y las crónicas de los habitantes de Cochabamba, permiten establecer la lenta evolución de los sistemas de transporte tanto en la ciudad como en sus conexiones con las provincias y otros departamentos. En la mayor parte de los casos se trata de sus propias experiencias unidas a recomendaciones e incluso proyectos de mejoramiento de aquellas precarias vías.

Es de hacer notar, que a poco de lograda la independencia de España en 1825, el modo de transporte tanto de mercancías como de viajeros que predominaba era similar al prevaleciente durante la colonia, pues continuaba dependiendo de borricos, mulas y caballos, los que eran usados dependiendo tanto de la condición social de las personas como del motivo de su movilidad.

Dentro la pequeña ciudad que era entonces Cochabamba compuesta por unos 20 mil habitantes que habitaban en un radio de unas cinco o seis cuadras en torno a la plaza, la personas encumbradas usaban preferentemente sus caballos, si eran varones, y carruajes si eran mujeres o familias. Los grupos de mestizos e indígenas se trasladaban generalmente a pie, aunque, en ocasiones para transportar sus productos al mercado podían utilizar borricos o cargaban los bultos en sus espaldas. En oportunidades, para cargas más pesadas, se usaban carretas tiradas por mulas o caballos. Estas sin embargo no lograron desplazar del todo a los arrieros indígenas y mestizos que desde la época colonial transportaban mercancías y enseres a lomo de mula o borrico, una veces solos u otras en caravanas, que viajan al ritmo de los jumentos y de sus conductores que iban a pie; en general recorrían una distancia de 30 kilómetros diarios.

Hacia 1870 se produjo una gran novedad cuando el ciudadano norteamericano Haviland organizó una empresa para establecer una diligencia, al estilo del oeste yanqui, y así trasladar pasajeros entre la ciudad de Cochabamba al Valle Alto, con una frecuencia de tres días semanales. Posteriormente, en la última década del siglo XIX el servicio de diligencias se extendió hacia la ruta de Oruro y La Paz. Los carros, importados de Norteamérica, transportaban ocho pasajeros en su interior y otro que viajaba junto al conductor al aire libre. Viajar hasta La Paz suponía cuatro días y la mitad hasta Oruro. Es interesante hacer notar que junto a las diligencias, o mejor precediéndolas, corría un indígena que agitando una bandera roja y a grandes voces alertaba a los transeúntes y viajeros en mulas y caballos que se cuidara pues se aproximaba la diligencia que cruzaba con un volumen y una velocidad nunca antes vista.

Las diligencias aprovecharon el mejoramiento de los caminos, que se ensancharon y se cuidaron mediante el trabajo obligatorio de los indígenas, llamado Prestación Vial. Lo propio ocurrió con las carretas tiradas por mulas usadas para transportar mercancías y productos pesados; de ahí que se empezara a hablar de carreteras en lugar de sendas o caminos. Esta mejora fue desigual pues se privilegió la ruta a La Paz, la principal para el comercio de Cochabamba; también la de Totorá y Sucre; en cambio hubo escasos avances hacia el Oriente y el Chapare. Ocurría que muy pocas personas se aventuraban en un viaje a estos destinos precisamente por las dificultades el alto costo de los trasladarse de un lado a otro. Trasladarse, desde la ciudad hasta la actual Villa Tunari, por entonces San Antonio, suponía también un largo viaje de una semana, por estrechas sendas, llenas de barro en épocas de lluvia y sujeta a peligros durante todo el año; sólo aventureros o comerciantes se atrevían a realizar este trayecto.

Los viajes eran siempre molestos, salvo para viajeros y viajeras de origen extranjero que lo venían como un desafío o una aventura. Viajar hasta Oruro, por otra parte, suponía un recorrido de unos ocho días, en los cuales los viajeros pernoctaban en postas o tambos y la mayor parte de las veces debían procurarse su propio sustento sea cazando o llevando sus propias viandas o *cacawi*, como dio cuenta el norteamericano C.H. Producers en su relato de su arribo a Cochabamba desde La Paz el año de 1905.

Las dos últimas décadas del siglo XIX, el transporte en la ciudad se modernizó con el ingreso de carruajes de paseo tirados por caballos y de propiedad únicamente de sectores adinerados de terratenientes, comerciantes y altos funcionarios públicos. Cada uno competía por tener el más caro y el más actual. Para facilitar su tránsito las calles del centro urbano fueron empedradas, cuidando de colocar en el medio una pequeña acequia para que discurrieran las aguas. En ellos conducidos por mozos indígenas o mestizos, principalmente la mujeres, realizaban las actividades diarias. Servían igualmente para acudir a los días de fiesta en zonas alejadas del centro residencial, fuesen en la corrida de toros de San Sebastián cada enero o la de San Andrés en Noviembre en la zona de Cala Cala; en ellas las familias de recursos económicos se pavoneaban de sus vehículos.

Empero la combinación de diligencias y de arrieraje era claramente insuficiente, por su morosidad y su alto costo, para atender las necesidades del comercio de exportación e importación de Cochabamba; situación que se mostraba más complicada en la época de lluvias cuando los caminos fuesen carreteros o para mulas se interrumpían. Todos los viajeros, extranjeros o locales coincidían en la necesidad de contar con un transporte más seguro, rápido y masivo que uniera sobre todo a la ciudad de Cochabamba con la de Oruro, la que ya contaba desde 1892 con una vía férrea que la vinculaba con Antofagasta y la costa del Pacífico. La oportunidad se abrió con la expansión de la red ferroviaria que se inició en 1907 con el llamado Contrato Speyer. Cochabamba tuvo empero que luchar y presionar con mítines, artículos de prensa y demandas en el Parlamento por el ferrocarril y contra el centralismo y los sectores minero-exportadores y comerciantes-importadores que preferían los trenes que ligaran a Bolivia con el mercado internacional. Finalmente, el tren arribó desde Oruro a Cochabamba en julio de 1917 a la estación de la Plaza San Sebastián. A partir de entonces un penoso viaje de varios días se redujo a pocas horas, en un vagón cómodo y seguro.

UN TRANVÍA SE TRASLADA AL BALNEARIO DE CALA GALA (HACIA 1925),
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO



Lo singular del caso Cochabambino es que cuando la locomotora llegó de Oruro, el Departamento ya contaba con una red interna de ferrocarriles y tranvías que articulaban internamente la ciudad y esta con el Valle Bajo y el Valle Alto. Los tranvías eléctricos de la Empresa de Luz y Fuerza Cochabamba (ELFEC) llegaban, según relato de Jorge Urquidi que retrata en la ciudad hacia 1920, desde la Plaza 14 de Septiembre una línea hacia Cala Cala, otra hacia la Muyurina y otra hasta la ancestral Plaza San Sebastián.

Se trataba de carros, de primera y segunda clase - recordatorio de que en Cochabamba existían clases sociales-, de fabricación alemana, movidos por energía eléctrica que ELEC, empresa que empezó a operar en 1908, proveía desde sus plantas de Chochaya y de Incachaca, llamada también la Garganta del Diablo. El tranvía libre de polución y silencioso fue visto como una confirmación del progreso de la ciudad, y de las ventajas que traía la tecnología moderna, esta vez basada en la electricidad, sobre la ancestral fuerza animal de mulas y caballos que regaban sus excrementos por calles y arterias. El tranvía eléctrico, que se inauguró en 1910 fue el primer transporte masivo que contó la ciudad de Cochabamba. Sin embargo la inicial modalidad de este estilo de vagón fue jalada por caballos, como ocurrió en otras partes del mundo. En efecto el año de 1908 el ingeniero Julio Knudt instaló este tranvía en la ruta entre la actual Heroínas y España al Hospital Viedma con un desvío a la laguna Alalay; dos coches tirados por un jumento, lentos pero que permitía al viajero ir sentado.

Viajar en tranvía eléctrico fue una rica y singular experiencia para los y las ciudadanas de distintas clases sociales acostumbrada a los carruajes, los caballos, los borricos o simplemente andar a pie por veredas y calles polvorientas. Ponderaban su puntualidad, su rapidez y su gallardía. Lo propio puede decirse de tomar el ferrocarril a vapor, alimentado por leña, fuese hacia el Valle Alto o hasta Oruro para empalmar de allí a La Paz o Antofagasta. Quienes tenían la fortuna de viajar en sus coches, sentían que transportarse en carros ingleses de madera sobre las vías férreas de acero, los liberaba de



CARRUJES DE MULAS Y AUTOMÓVILES,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO

COCHES EN LA FIESTA DE SAN SEBASTIÁN
(HACIA 1910), FOTOGRAFÍA DE RODOLFO
TORRICO ZAMUDÍO



las ataduras de la geografía local y los proyectaba hacia otros departamentos y el mundo, anteriormente inalcanzables. El testimonio de Armando Montenegro, escritor y político de fuste, es ilustrativo de esta mezcla de emoción y aventura que traía la novedad de transportarse sobre las paralelas de acero.

Casi en esos mismos años, hacia 1905, apareció en Cochabamba, aunque inicialmente a cuenta gotas, otra máquina moderna y desafiante a la antigua era de los caballos y carruajes: el automóvil, según cuenta la viajera y escritora norteamericana Marie Robinson Wright, escritora e historiadora, que visitó Cochabamba en 1906. Asociado al placer individual de moverse por su cuenta y ritmo, fue un privilegio al principio para escasas familias ricas, por el alto costo tanto del vehículo como de la gasolina que tenía que importarse en latas desde Chile y la Argentina. Obviamente la ausencia de rutas cómodas y seguras, limitaba también el alcance del automóvil a pocos kilómetros a la redonda de la ciudad; solo algunos aventureros se animaban a ir más allá.

Poco más tarde llegó el avión; al principio como una atracción exótica y una peligrosa exhibición acrobática que atraía a curiosos y curiosas. El primer y pequeño avión que surcó aires cochabambinos en 1915 perteneció al chileno Luis Omar Page, que decoló y aterrizó en una improvisada pista de tierra en la laguna Alalay. Una decena de años más tarde recién llegó la aviación comercial con la fundación del Lloyd Aéreo Boliviano (LAB) y los aviones Junkers, de manufactura alemana. Muchos de los primeros pilotos tuvieron esa misma nacionalidad y habían combatido en la Primera Guerra Mundial. El avión revolucionó el uso del espacio y el tiempo. Para los pocos privilegiados, pues el cuatrimotor Junker inicialmente llevaba solo cuatro pasajeros y el costo de pasaje era muy caro, ver la ciudad desde lo alto y viajar a una velocidad enorme, era simplemente maravilloso. Les parecía imposible "Desayunar en Cochabamba y almorzar en La Paz y cenar nuevamente en Cochabamba", considerando que solo unos años atrás ese mismo recorrido de ida y vuelta a la sede del Gobierno suponía

ocho días de viaje en diligencia y nada menos que un mes en carava de mulas. El uso del avión tardaría sin embargo mucho en masificarse, tanto que puede decirse que hasta hace una década era todavía privilegio de clases media y altas.

Luego de la Guerra del Chaco, librada entre 1932 y 1935, se amplió la cobertura del uso de los automotores, tanto dentro de la ciudad como fuera de ella. Aparecieron las llamadas "góndolas" o colectivos, los primeros transportes públicos urbanos a gasolina. Ellos y los taxis, tenían la ventaja de desplazarse de manera flexible por las distintas calles frente al tranvía, apegado siempre en su ruta a sus rieles. Los automotores, por otra parte, trajeron rapidez, pero también nuevos ruidos de chirridos y bocinas, a los que la población de Cochabamba no estaba acostumbrada y protestaba; no sabía que era solamente el principio de un proceso de contaminación auditiva que azotará inclemente a las futuras generaciones.

Además la pavimentación de las principales arterias urbanas, gracias en buena parte al impuesto de la chicha, dió un buen empujón al uso de los automotores, aunque estos seguían constituyendo un privilegio de pocos. El asfalto, que uniforma y suaviza la vía y la apertura de anchas avenidas, que facilitan la circulación de los automotores, están a la orden del día. En Septiembre de 1938, empieza la pavimentación. Se inició por la calle Santiviáñez, esquina Hamiraya. Abarcó hasta la calle Nataniel Aguirre y por ésta hasta la Ladislao Cabrera. Siguió hasta la Junín, cerrando el circuito en la Santiviáñez. En 1940, se dió curso a la segunda fase, que inicialmente llegó a la calle Perú, entre San Martín y Lanza. Cuando concluyó en 1950, se habían pavimentado 233.100 metros cuadrados. El centro de la ciudad y algunas avenidas como la Libertador Simón Bolívar hasta la plazuela de Cala Cala, la antigua Plaza del Regocijo, quedan bajo el manto negro del asfalto.

En 1943 se hallaban registrados 503 "motorizados"; de ellos apenas 19 se clasifican como "góndolas"; claramente aún son escasas pero las suficientes para socavar el predominio del tranvía. Se abrirá pues un largo y a momentos áspero debate sobre la pervivencia de las rieles en las calles y los tranvías en ellas. En 1945 el tranvía trasportaba nada menos que 2.039.000 pasajeros anuales. En conjunto el material con que contaba sumaba 18 carros de primera y 28 de segunda, no era una cantidad ni en pasajeros ni en material nada despreciables, pero su suerte estaba echada. En Febrero del 1948, el Concejo Deliberante (Municipal) decide la suspensión indefinida del servicio de tranvías y su sustitución por el de góndolas-colectivos. La política del municipio está inclinada por las nuevas tecnologías rodantes. El domingo 30 de Mayo de aquel año dejó de circular para siempre el tranvía a Cala Cala.

A la muerte de los vagones del tranvía el transporte público quedó en manos de grandes góndolas o colectivos, en verdad camiones reacondicionados o de los pequeñas vagonetas, llamados "Rápidos", para señalar que viajaban a velocidades por entonces inimaginables. Según datos recopilados por Ricardo Anaya, en 1965 cuando la ciudad de Cochabamba contaba con un estimado de 100.000 habitantes, existían escasos 296, incluso algunos sirviendo en las provincias. Los automóviles particulares eran apenas 1.279 además de 561 taxis. Para esos años, la gente de escasos recursos prefería la bicicleta, y cientos, hombre y mujeres la usaban diariamente para ir pedaleando fuese al trabajo a la escuela o la universidad. La escasez de automotores en las calles permitía este desplazamiento, que podía realizarse de una manera rápida y segura, actualmente impensable.

La escasez del tránsito vehicular hasta los años 60 y 70, permitía no solamente que las bicicletas se desplacen por la ciudad, sino que jóvenes, niñas y niños usaran la calle para jugar fuese una "pichanga" futbolera, coscoja, trompos, bolitas y chuyes. Situación nada comparable con lo que ocurriría cuatro décadas más tarde cuando miles y miles de automotores - unos 180 mil- de todo tipo y marca inundarían las calles de la ciudad, dejando de ser un privilegio de los más pudientes, pero también complicando el tráfico urbano y contaminado el aire; una situación que no habían previsto quienes se maravillaban a principios del siglo XX de que una pesada máquina que parecía un mueble podía andar por si misma en la límpida campiña cochabambina adornada de maizales y triguales que parecía que pasaban raudos a cada lado del automóvil, camioneta o camión.

Aventuras en Bolivia

Cecil.H Prodders (norteamericano), 1905

En marzo de 1905, salí de La Paz en mi viaje a Cochabamba [...]. Yo fui primero a Oruro, en el un correo de Diligencia, que realiza el viaje de 180 millas (220 kilómetros) en dos días y que comienza a las 6 a.m, y cambia las cinco mulas y los caballos galopantes cada nueve millas. El coche para por XXXX a las 9 a.m. para el desayuno, y para el almuerzo a la 1.30, llegando a la casa de descanso a las 7.p.m., para cenar, partiendo la mañana siguiente a las 5.a.m., arribando a Oruro a las 5 p.m. [...] El conductor lleva nueve pasajeros, ocho adentro y uno en la caja de asiento [...] sentado cerca del conductor.

Después de estar dos días en Oruro, partí a Cochabamba, conduciendo un caballo durante el primer día, y el día

siguiente a una buena mula blanca. El viaje de 190 millas (285 kilómetros) toma ocho días de fácil camino. Cada noche, después de la compra del forraje para los animales, huevos y carne de cordero, y todo lo que sea necesario, generalmente tomaba un rifle y disparaba por una hora o dos a palomas y otros pájaros, que nosotros comimos para el almuerzo del día siguiente.

Los primeros días el viaje se realizó en tierras altas, un desierto arenoso, con escaso alimento para los animales [...]. El resto del viaje se realizó a través de zonas más fértiles [...] Los cultivos son cebada, trigo, papas y adicionalmente cerca de Cochabamba maíz [...] Los nativos beben chicha, hecha de grano de maíz, que puede comprar muy barato cada pocas millas.



TREN HACIA QUILLACOLLO (HACIA 1920).
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO



LLEGADA DEL TREN.
FOTOGRAFIA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO



RETORNO DEL TRANVÍA DE QUILLACOLLO (HACIA 1920),
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO

El viaje de Oruro a Cochabamba **Marie Robinson Wright (norteamericana), 1907**

Desde Oruro a Cochabamba, una distancia de cerca de ciento cuarenta millas, los viajeros son conducidos en diligencia la mayor parte del año, y siempre hay acomodo para pasajeros en las posadas de las varias estaciones de la diligencia, pero en la larga marcha de Cochabamba á Sucre no existen estas ventajas porque no hay en la actualidad empresas de coches en este camino, que abarca una distancia de trescientas millas. Antes de dejar a Cochabamba fue necesario comprar camas y provisiones para el viaje. Se compraron camas de campaña de una clase que pueden ser arrolladas en un bonito bulto y atadas a la mula sin que reclamen mucho espacio. El resultado de una recorrida por las tiendas fue una

colección de utensilios de cocina, una lámpara de alcohol y un surtido completo de latas de comestibles, casi todas de establecimientos ingleses, franceses ó alemanes, porque los Estados Unidos está muy atrás en este mercado

Para el viaje en mulas se usan cofres ligeros llamados *petacas*, hechas de pieles con pelo, generalmente más pequeños que los baúles de camarote. Dos de estos pueden ser atados sobre cada mula y si el peso es bien balanceado el animal puede llevar cargas muy pesadas. Las provisiones son llevadas también en estas *petacas*. Las alforjas son un importante aditamento del equipo del viajero, porque en ellas conduce alimentos, frutas, etc. que pueden ser comidos sin desmontarse, en caso de necesidad.

El trencito **Armando Montenegro (boliviano), 1965**

El trencito, partía hacia su destino desde el amplio galpón de la "Empresa de Luz y Fuerza" y cual diligente oruga, corría por la margen izquierda del río Rocha hasta alcanzar la planicie de "Jaihuaycu". Luego ganaba "Uspa-Uspa", cruzaba la garganta de "Pucara" y se detenía en la "Angostura", venciendo el primer tramo de la jornada. A la estación de la "Angostura", industriosas mujeres de la campiña, vendía sobre hojas de repollos, sabrosos "bistecitos" mañaneros, huevos fritos y chorizos y hasta una suculenta "lagua" de choclo servida en platos de barro, mientras que otras, ofrecían chicha en colosales "tutumás". Empero, el pitazo oficial del conductor Sanjinez, hacía saltar el tren rumbo a Tarata (y luego Cliza). El tren no tenía coche comedor y en Cliza un enjambre de imillas a la hora del "almuerzo" ofrecían apetitosos "chupes" y "jakka-laguas" y otras meriendas de arroz y fideo en diverso menú folklórico. Y luego, otro enjambre ofreciendo chicha desde panzudas jarras, chicha que alegraba a los viajeros, estimulándonos a rasguear charangos y escuchar embelesados las notas de la dulce concertina del admirable don Adolfo Padilla. Y después Punata. [...] Finalmente Arani [...] Los pasajeros ya eran escasos. El viaje había terminado. Entonces, el gordo Sanjinez, los maquinistas, los palanqueros y demás engranaje humano del convoy, habría de pasar la noche allí, para volver a la lejana Cochabamba

al día siguiente. Sin embargo, muchos de ellos, jóvenes al fin, antes de entregarse al descanso preferían beberse unas copas y bailarse unas cuecas, visitando a las más lindas cholitas del pueblo, entonces apodadas las "cantu-Lolas".

El hospital "Viedma" parecía estar a una distancia infinita del centro y Calacala, Quillacollo, Sacaba y la Angostura, eran lugares a los que había que llegar en largas horas de alegre cabalgata. Los médicos hacían sus visitas profesionales a caballo dentro de la ciudad. Así los vieron mis ojos a los padres de la medicina cochabambina doctores Meleán y García y el sabio y santo doctor Manuel Asencio Villarreal. Unos coches de plaza tirados por caballos somnolientos esperaban a los que quisieran gastarse cincuenta centavos en pocas cuadras, del más sacudido viaje. [...] Cochabamba era la simpática aldea, sin automóviles, bicicletas sin luz eléctrica ni alcantarillado. Sin pavimento y con mercados de venta típica, donde con cinco centavos se compraba verduras, carne y papas en una llamada compra de "cuartillos".

Los confines de la aldea no llegaban al río; este y sus orillas estaba a mucha distancia de sus calles; y eran más pintorescos bañados y sedosos arenales llenos de pardas aguas del Rocha cada vez que éste los inundaba tronando sordamente, con el caudal de su violento y pasajero turbión.

La Circulación y el Transporte Público, 1910-1925

Jorge E. Urquidi Zambrana (boliviano), 1999

El transporte público urbano colectivo se realizaba exclusivamente por el servicio de tranvías eléctrico que se desplazaban a los cuatro puntos cardinales de la ciudad desde la plaza "14 de septiembre", lugar donde se concentraban. Hacia el Norte con dirección a Cala Cala, salían por la calle España; al este, a Muyurina, hospital Viedma y al colegio de Arte y Oficios, por la calle Sucre; al Sud rumbo a la estación del ferrocarril a Oruro (Railway) y al Cementerio General, por la calle Esteban Arze; y al Oeste, a Quillacollo y Vinto, por la calle General Acha. Todos retornaban a su punto de partida -la Plaza 14 de septiembre -por las mismas calles y, al finalizar el día, volvían a la estación central de la E.L.F.E.C. (final Oeste de la actual Av. Heroínas, antes "14 de Enero"), que servía también de estación al antiguo ferrocarril (locomotora a vapor) que comunicaba el valle alto (Tarata, Cliza, Punata y Arani). Circulaban los tranvías en cortos convoyes integrados por un coche motor (a la vez de pasajeros), al que iban acoplados de uno a cinco carros pequeños generalmente abiertos, de primera y segunda clase o popular; esta última más barata y libre de restricciones en cuanto llevar objetos, bultos, aves, conejos y hasta corderos y cochinitos. Los tranvías que hacían servicio a Vinto y a Cala Cala disponían, en determinados puntos, de cruces entre los convoyes de ida y de vuelta.

La poca velocidad que desenvolvían estos tranvías, daba ocasión, en especial a los más jóvenes, a subir y bajar en plena marcha, circunstancia aprovechada por algunos para eludir el pago de su respectivo pasaje. Hacían un recorrido a cargo de un "conductor" varón o mujer -(recuerdo a Reserio Soria y María Gine), quien transmitía sus órdenes de partida o de parada al maquinista o motorista mediante un pito, a tiempo que se desplazaba de un carro a otro para cobrar pasajes.

Estos tranvías a su recorrido tomaban las siguientes rutas: Al Norte Cala-Cala): calle España, Av. Ballivián hasta su extremo Norte, donde doblaban al Este y después de un corto tramo, nuevamente al Norte, para ingresar - luego de atravesar el río Rocha por un puente de madera - a la Av. Santa Cruz, prosiguiendo al término de ella, sucesivamente, por la avenida América, la calle Tarija, la Juan Walparrimachi y llegar finalmente a la plaza de Cala Cala (en el trayecto

hacia dos cruces entre los convoyes de ida y vuelta). Al Este (Muyurina): Calle Sucre, Av. Oquendo y Aniceto Arce hasta su encuentro con la Juan de la Cruz Torrez. Al Sud (Cementerio General y Estación de FF.CC), calle Esteban Arce hasta el final (altura del Cementerio General), con un desvío por la Av. Aroma hacia la antigua Estación de Ferrocarril a Oruro. Al Oeste (Quillacollo y Vinto): Calle General Achá, Hamiraya, 14 de Enero -Heroínas- puente sobre río el Rocha, camino antiguo a Quillacollo (Cap. Ustariz), ingresando y atravesando esta población por una de sus calles para continuar por el mismo camino antiguo y llegar a Vinto (dos cruces de convoyes). Además, había una línea de tranvía desde la Estación Central (E.L.F.E.C) al antiguo matadero municipal situado en la zona Oeste (margen izquierda del río Rocha), y un desvío, dentro de la ciudad, al "Trozadero de Carne" (Mercado "25 de Mayo"), que tomaba la calle Jordán a partir de la E.Arze.

En realidad el primer tranvía que se puso al servicio público en Cochabamba -aproximadamente en 1908 -, era a tracción animal o de sangre (bioenergética como se diría en nuestros días),-lo tiraba una mulita -y estuvo en funcionamiento durante unos 15 años. Hacia un recorrido por la calle Colombia, desde su encuentro con la Junín hasta el hospital Viedma. Constaba de un solo carro de pasajeros que rodaba por una línea de rieles tipo "decoville".

Otros medios de locomoción al servicio público, pero de carácter particular, estaban constituidos por carruajes o coches de alquiler tirados por un par de caballos, que solían estacionarse a la espera de pasajeros al costado Este de la misma plaza "14 de Septiembre", aparte de uno que otro "automóvil" (hoy "taxi") de alquiler, cuya parada, no podía ser sino, asimismo, la indicada plaza, esta vez en su acera Norte. [...] De este modo, la dinámica del transporte urbano público de pasajeros se concentraba en la tantas veces nombrada plaza principal, además de que siempre fue -y todavía lo es alguna manera-, el centro administrativo de la ciudad y el departamento (Prefectura, Municipalidad, Tribunales de Justicia, Tesoro Departamental, Policía, Banco Central, etc.; una parte de estas reparticiones paulatinamente trasladadas a otros lugares con el transcurrir del tiempo) y de casi todas las actividades ciudadanas de Cochabamba.



MICROS DE COCHABAMBA,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY





VISTA GENERAL DE COCHABAMBA INMEDIATA 1967.
FOTOGRAFÍA DE AUTOR DESCONOCIDO



LA CHICHA DE COCHABAMBA

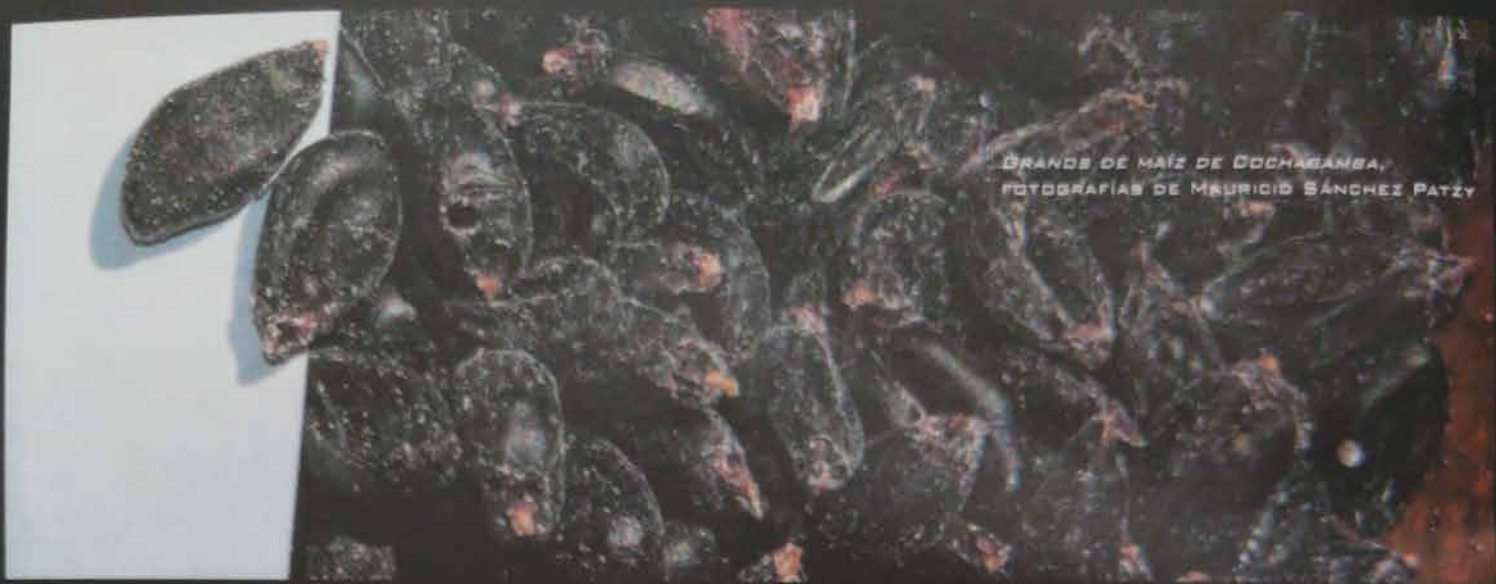
Gustavo Rodríguez Ostría

Cochabamba atrajo menos expedicionarios que otras ciudades como Sucre y La Paz, en una proporción menor que los países vecinos. Quienes a poco de ser declarada la Independencia de Bolivia llegaron a Cochabamba, lo hicieron con un aire de sorpresa y aventura para observar un territorio que hasta entonces los españoles, como al resto de América Hispana, habían mantenido fuera de otros ojos que no fueran los suyos.

Entre las costumbres que descubrieron una de las que más les llamó la atención fue la antiquísima costumbre de beber chicha o *aq'a* en quechua elaborada de maíz chupillo, Culli o Hulkapa; no solamente por el peculiar proceso de elaboración del brebaje alcohólico sino porque fuera compartido por todos los sectores sociales y étnicos. Los grupos dominantes de la ciudad, compuesto de terratenientes, políticos y burócratas, que frecuentemente eran los mismos, no bebían, salvo en oportunidades especiales, otro licor que la chicha. El vino era caro si era importado y no muy abundante si era local y la cerveza era desconocida, hasta que la introdujeron los ejércitos procedentes de Perú y Colombia. La bebida de cebada gustaba probablemente pero era cara y había que importarla de Europa o Chile, a altos costos, de modo que no podía competir con la chicha.

La bebida incaica era sin embargo elaborada de distintas maneras y con grano de calidad diferente, introduciendo una diferencia en su consumo entre los sectores pudientes y los empobrecidos y los medios. Los hacendados tenían clara predilección por la chicha elaborada con *muku*, sea chicha preparada con insalivación de la harina seca, o directamente de la masticación de los granos de maíz. Los terratenientes, usando el mejor grano, obligaban como una prestación gratuita, a sus colonos o siervos a *mukear*. Una parte era utilizada para elaborar su propia chicha, generalmente de maíz *chuspillo* y

BRANOS DE MAÍZ DE DOCHAGAMBA,
FOTOGRAFÍAS DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY



culli, y la restante, quizá de otro maíz, para vender a las chicherías. En los establecimientos de expendio de áureo licor, que también adquiría maíz de hacendados y de pequeños campesinos, contrataban a gente menesterosa o desempleada para este fin; o simplemente molían el maíz y no lo hacía *mukear*. Para espíritus europeos como Alcide d'Orbigny, esta práctica era desagradable y anti higiénica, por lo cual, si podía, escabullían su concurso a los vasos y *tutumas* de chicha, que circulaban abundantemente en fiestas y celebraciones, junto a picantes y otro aditamentos culinarios.

Si una parte de la chicha circulaban directamente desde los centro de producción a las casas de sectores encumbrados, otra, y la más importante, tenía a las chicherías- *aq'a huasis*- como lugar de origen y destino. Dispersas por toda la geografía de la pequeña ciudad de Cochabamba, las chicherías eran centro de encuentro social, pues no estaba reservadas solo para los sectores populares, sino que la frecuentaban los varones ricos, que no dudaban en tocar guitarra y bailar unas cuecas con la propietaria o sus hijas. En rigor la chichera, de cualquier edad, era el centro del establecimiento pues revisaba la adquisición del maíz, el proceso de elaboración y fermentación de la bebida y de su venta. Proceso, que como describe J.H. Scrivener el médico inglés avocinado en Argentina que visitó Cochabamba luego de decretada la Independencia, exigía un conjunto de rituales y rogativas religiosas para pedir protección y bendiciones para garantizar por la intersección de la Virgen, una buena producción alcohólica.

Hacia la octava década del siglo XX la percepción de los grupos dominantes asentados en la prensa y el Concejo Municipal había variado mucho en relación a la chicha. Ya no se la veía con buenos ojos y por el contrario se la atacaba acusándola de insalubre y de fomentar las chicherías desordenes y bullas. Se decidió extirparlas del centro urbano y se prohibió que se asentaran a varias cuadras alrededor de la Plaza 14 de Septiembre; es decir de aquellos lugares donde habitaban los sectores sociales de poder y riqueza. Obligadas las chicherías tuvieron que desplazarse hacia la periferia de la ciudad y los barrios populares. Casi simultáneamente esta medida contra las chicherías, se establecieron en Cochabamba dos cervecerías. Una de capital fundamentalmente alemán, que aún subsiste, denominada Taquiña fundada entre 1893 y 1895 y emplazada en el mismo lugar donde actualmente la empresa tiene su planta; la otra la "Colón", de capital local que desapareció a principios del siglo XX. La producción cervecera fue publicitada como una alternativa europea, moderna y saludable frente a la chicha. Si bien su costo era varias veces mayor, empezó a ser consumida por sectores adinerados. Simultáneamente se consolidó un nuevo lugar de expendio de bebidas alcohólicas, como fue el bar. Espacio fundamentalmente masculino, donde las mujeres, ya no tendrían el mismo rol que en las chicherías. El propio uso del "Viernes de Soltero" -solo para varones- confirma lo dicho anteriormente. De esta manera, la idea de que la ciudad de Cochabamba debía progresar hizo de la chicha una bebida propia del submundo de lo popular y lo insalubre, produciéndose una profilaxis social para erradicarla. De esta manera, al finalizar el siglo XIX el consumo de chicha dejó de ser una realidad ostensible en las áreas urbanas, al menos en las proporciones que los viajeros describen que ocurría a principios del mismo siglo. En verdad, su presencia se volvió discreta y paso a formar parte de una "ciudad invisible" o "No deseada" de la periferia urbana, esa parte "marginal" de la creciente urbe, donde se asentaba migrantes y sectores populares. De esta manera, el consumo de la chicha experimentó un cambio importante: su principal nicho de consumo fue el de los núcleos suburbanos y las comunidades rurales de provincias, que se resistieron con éxito al avance modernizante de la cerveza, ya convertida en la bebida de los sectores adinerados, a los que con los años se sumarían el whisky, el vino y el ron, bebidas consideradas de distinción y que marcaban el Estatus de la gente "bien" que la consumía en sus domicilios o en locales considerados "selectos".

Sin embargo, si la chicha de una u otra forma fue denigrada continuamente, al mismo tiempo que no dejó de reconocerse su importancia económica, al punto de ser tratada como una suerte de convidado queapestaba pero que de todas formas era imprescindible para la dinámica económica de la ciudad y la región puesto que su consumo permitía contar con campos cultivados de maíz, comerciantes y transportistas que ganaban su sustento en los mercados y chicherías que hacían lo propio al elaborarla; en fin toda una amplia red que dependía para su subsistencia de cada *tutuma* de chicha consumida. No eran solamente los efectos multiplicadores en la economía lo que importaba. A partir de la primera década de 1900, se "descubre" y reconoce que el gran volumen de chicherías, en realidad, era una fuente de recursos municipales nada despreciable, por tanto la nueva estrategia fue ampliar el radio de cobro de las patentes. Esta política inicial, sin embargo,

parece "desenfrenarse" a fines de los años 10 e inicios de los 20 del siglo pasado, cuando se hacen evidentes los excesos para maximizar el rendimiento impositivo e incrementar el universo de contribuyentes.

La red tejida en torno a la chicha, además de beneficiar a los terratenientes, permitió que sus beneficios tuviera dos destinos, por una parte, permitió al *piquero* o pequeños productor indígena y campesino, productor de maíz, de *muko*, como también a la chichera elaboradora del licor, - a veces personajes unidos por relaciones familiares- conservar para sí una parte de este excedente y con él adquirir tierra, inmuebles en el Cercado y Cochabamba y, sin duda, ampliar sus aspiraciones consumistas de artículos manufacturados, incluso camiones a inicios de la década de 1950. Por otra parte, una fracción importante de este excedente, por casi medio siglo, fue captado por medio de impuestos municipales, departamentales, y nacionales permitió sustentar reformas urbanas como la pavimentación de calles, alcantarillado, construcción del Stadium Félix Capriles, la avenida Blanco Galindo y un sin fin de obras e incluso sustentar buena parte del funcionamiento de la Universidad Mayor de San Simón. El monto en verdad no era nada despreciable. Los grandes favorecidos fueron, ciertamente, los y las habitantes de la ciudad, pero puntualmente lo fueron más los grandes propietarios inmobiliarios, que de brazos cruzados, y sin ninguna erogación de su parte, vieron cómo se valorizaban sus casonas, sus terrenos baldíos, sus quintas y sus fincas, además de contemplar cómo se incrementaban sus alquileres y los avalúos de sus heredades, que luego, en la segunda mitad del siglo XX, se convertirían en tejido urbano, gracias al mejoramiento urbano pagado con el impuesto a la chicha.



CHICHA KULLI,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY

Un parte de estos recursos impositivos procedían del consumo, cada vez más menguado de la chicha en la ciudad, pero otra parte, la mayor, provenía de las provincias rurales; en otros términos el campo subsidiaba a la ciudad. Si alguien libaba un vaso o una *tutuma* en Punata o Sacaba lo más probables es que la mayor parte del impuesto que se recaudaba se iba para la ciudad de Cochabamba. La significación del impuesto de la chicha empezó a menguar en los años 70 del siglo pasado, hasta prácticamente desaparecer. Simultáneamente, en la medida que se introducían otros hábitos y gustos para beber- el crecimiento de la cerveza fue notable- la chicha decayó en su consumo y sobre todo en la calidad del producto. De esta forma, la buena chicha o "*sumaj aq'a*", otrora fabricada con *muko* fue cediendo a un producto adulterado, pues el *muko* fue finalmente sustituido por "*huñapo*" o "*kajo*", es decir, pasta de maíz en germinación precipitada o harina de maíz mezclada con agua, a lo que se sumaba el añadido nocivo de alcoholes curados y licores cortos de bajísima calidad, además de un sin fin de "*aceleradores*" del proceso de fermentación como frutas en descomposición y otros innombrables.

Este retroceso en la calidad del licor y la actual estigmatización de las chicherías como sitios de reunión de gente malviviente y con frondosos prontuarios policiales, parece sentenciar a que tales locales desaparezcan de las áreas urbanas y que paulatinamente se vaya renunciando a reconocer lazos de identidad e históricos respecto al otrora apreciado licor de maíz.

Nada iguala la pasión del pueblo por la chicha *Alcide d'Orbigny (francés), 1830*

Nada iguala la pasión del pueblo por la chicha; es un verdadero furor: Los indios y los mestizos no se contenta en consumirla continuamente, con beberla en la comida o para refrescarse; buscan también todas las ocasiones posible en las fiestas religiosas, para reunirse y beber, día y noche, a menudo durante varios días, entregándose entonces a los mayores desórdenes. El consumo de este licor les hace perder todo freno y los conduce a satisfacer todas las fantasías que les pasan por la cabeza. Sin embargo, puede decirse, a favor de su carácter, que si entonces son relajados al máximo, en lo que respecta a los propósitos y acciones que puedan conducir al acercamiento de los dos sexos, siempre están alegres, difícilmente se pelean y se golpean aún más raramente. Parece que ese licor tiene sobre ellos una influencia benigna, en comparación a los terribles efectos que trae en Europa el abuso de nuestras bebidas espirituosas, mucho más fuertes. Si el pueblo ama la chicha, los otros miembros de la sociedad no la desean menos; y eso se concibe porque son educados por indias que no les privan de nada; por eso el consumo es general, así como la costumbre de las meriendas y las colaciones. Invitado un día por el comerciante español al

cual había sido recomendado a una de esas meriendas, no quise perder la ocasión de conocer ese género de reuniones.

La compañía se componía de la mujer del comerciante, nacida en el país (Cochabamba) de muchas de sus amigas, de unos de los más importantes comerciantes ingleses de Tacna, de los parientes y amigos de la casa. Trajeron chanchos de la India asados y grandes fuentes de papas con una salsa espesa (llajwa), compuesta de pimienta colorado (locoto). Sirvieron; insistieron sobre todo en a salsa de pimienta para estimular la sed, y trajeron ollas de una chicha que consideraron excelente. Confieso que la imagen de los indios masticadores de Palca (se refiere al muqueo) se presentó ante mí con todo fuerza y me hizo retardar, lo más posible, el instante del brebaje a los labios ¿Qué hacer? Negarme hubiera sido descortés. Era necesario que ejecutara con una sonrisa, y que me plegara una vez más a los hábitos locales, por más desagradable que le parecieran. [...] Me inmolé, pues, sin embargo, como los vasos nunca permanecían vacíos, comía siempre pimienta para excitar la bebida y veía todavía un mar de chicha que se disponía a engullir, pretexté una cita a las diez de la noche y pude, con mucho trabajo, abandonar la merienda, sin esperar el desenlace, que preveía poco agradable.



SOMBREROS Y CÁNTAROS.
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO
SÁNCHEZ PATZY

Las ferias y la chicha

Lardner Gibbon (norteamericano), 1851

Los comerciantes de Cochabamba envían todas las semanas un surtido de mercancías al valle de Cliza, a poca distancia al sureste de esta ciudad. Los indios de la región circunvecina vienen los domingos a comprar a lo que se denomina la feria semanal. En estas ferias se ha vendido chicha por valor de seiscientos

dólares en un día. Una vez un forastero hizo preparar este licor triturando el maíz entre las piedras (de molino), y lo ofreció a una de las damas de la región para que lo bebiera. Ella, una bebedora de chicha experimentada dijo que "por su parte, ella prefería más la chicha hecha con maíz masticado, el cual le daba un sabor diferente al de aquella que se hacía con piedras, y a ella le gustaba la buena chicha".



LA TERTULIA Y LA CHICHA,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY

Las costumbres de la chicha

J. H. Scrivener (inglés), 1864

Hay muchas costumbres peculiares a las Cholas de Cochabamba; pero, la que llama la atención sobremanera es la celebración de la apertura de sus tinajas de *Chicha*, bebida favorita de todas las clases, particularmente de los indios, y que ha merecido el nombre del *néctar del Perú*. Esta se festeja con todo el aparato de una fiesta religiosa en la cual las ceremonias se mezclan con la ingenua candidez de aquellas gentes. En ellas los ciegos representan una parte especial.

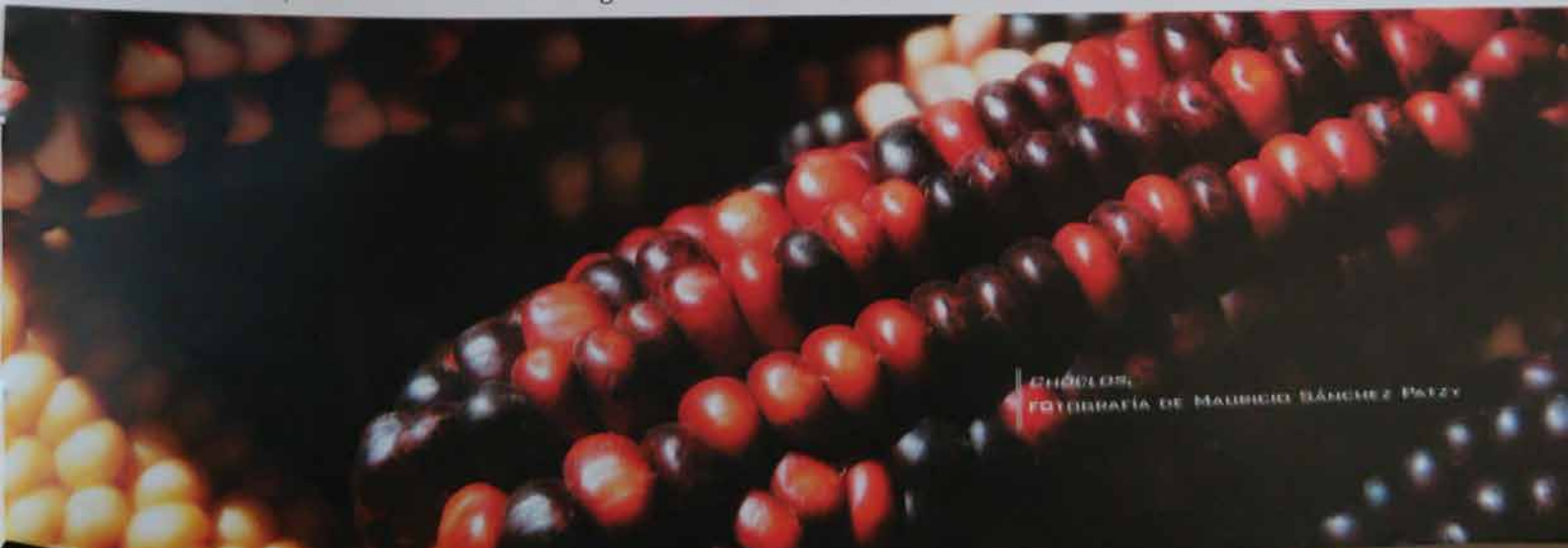
Hay varios establecimientos para la fabricación de la chicha, y cuando se halla en estado de tomarla, sus propietarias invitan a sus amigos para acompañarlas a la Iglesia con el objeto de oír una misa a la Virgen ó algún santo de su devoción, bajo cuyos auspicios se abrirán las tinajas que contienen aquella bebida. El día de la misa se reúnen los operarios en la fábrica, para formar el cortejo en la asistencia al templo. La propietaria, verdadera Sabina, alta, robusta y bien parecida, como las cholas de su casta, sale de su casa y se dirige a la iglesia en medio de la música de los ciegos, tocando wals ó contradanzas con violines y flautas, y una multitud de muchachos tirando cohetes. Va esta precedida por dos personas que llevan el cuadro de la virgen alumbrado con hachas encendidas y seguida por los operarios con su traje de fiesta.

Al llegar a la puerta del templo se arrodillan con devoción: rezan ligeramente una breve oración, hacen varias veces la señal de la cruz y entran. Entonces los encargados del cuadro

lo colocan sobre el altar, hacen varias genuflexiones y se retiran. Empieza la misa siempre con la música de los ciegos y con la devoción y respeto debido a la Virgen, o San Juan, o cualquier otro de la corte celestial. Las bóvedas de la iglesia resuenan con las voces de los cholos, tristes y melancólicas pero siempre armoniosas, interrumpidas á intervalos por el recitativo del sacerdote. A la conclusión de la misa regresa a la casa de la patrona, con el mismo bullicio de muchachos, cohetes, hachas encendidas y la música. Allí se presenta otra escena igualmente ridícula e irreligiosa. La propietaria saca un vaso de chicha de un tinajón, y lo presenta arrodillada a la Virgen, que la colocan encima de él, en medio de ramos de flores y cintas de colores; y después de humedecer los labios de la imagen con gotas del líquido, invitan a sus convidados a beberlo, porque así queda cumplida la preocupación popular que supone está santificada su bebida favorita.

Entonces empiezan a circular vasos y jarros llenos de chicha, y pasan el día con el mayor regocijo, en medio del canto y música de los ciegos.

El que pasa por la puerta de la casa donde se celebra esta fiesta, se expone a que lo empujen en la reunión; y *nolens o volens* lo obligan a tomar un vaso de chicha, en nombre del santo bajo cuyo auspicio se abrieron las tinajas, y desgraciado [sic] el que no acepta la oferta! pues se expondría a pagar la pena de su necedad por la mano poco blanda de su invitadora, que lo consideraría como un insulto al santo y una falta de cortesía a sí misma. Las cholas, como las de su sexo en clases elevadas, tienen su manera de vengar un desaire.

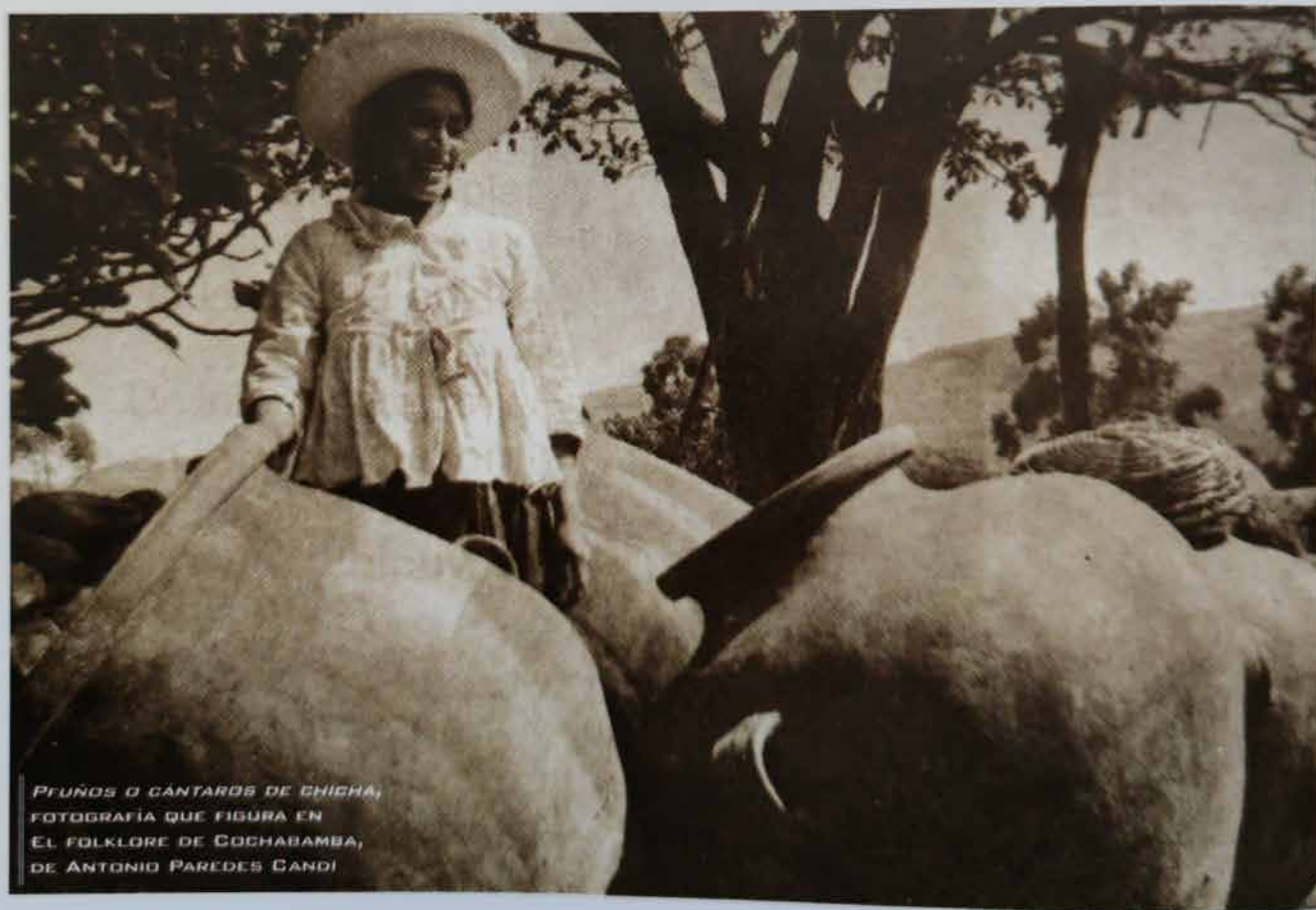


El espíritu de maíz

Armando Montenegro (boliviano), 1964

Alguien dijo que ella era el espíritu del maíz y ese alguien ciertamente filósofo quedó corto en el pensamiento, porque la chicha no es sólo el espíritu del maíz; es también el alma de la fiesta, de la alegría, del enardecimiento amoroso, de la pelea callejera y hasta del buen trato en los negocios. Es el origen del pavimento de nuestras calles y es el veinte por ciento responsable de la sabiduría de la Universidad (alusión al 20% de participación en el Impuesto a la Chicha que detentaba la Universidad Mayor de San Simón). Es el alma de la mesa que rodean los 'cóndores', esos viejos filósofos y humoristas sentados casi bajo las alas del cóndor tradicional de nuestra plaza. La chicha es el alma del sapo rotativo de los jueces y -según dicen los expertos- la causa ancestral de los fenómenos de la fecundidad.

Tiene la chicha sobrenombres sonoros, suaves, tiernos, velados y artísticos. Se la llama 'Nylon' a la espumosa, delgada y burbujeante; 'Clicot' a la fina de Cliza, 'Chichisbeo' a la consumida en disimulados lugares por discretos caballeros, 'Chipriorato de soda' le llaman los enamorados farmacéuticos y químicos; 'Canario' por su color y estímulo para el canto; 'Criatura' por una rara y especial influencia y 'Gagarin' (Cosmonauta soviético, el primer ser humano, que el 12 de abril de 1961, se elevó al cosmos) debido a su capacidad para elevar al hombre sobre las miserias humanas [...] Con ese clima, ese paisaje, esa llajua y esa chicha, cómo pueden quejarse de su hermoso destino los cochabambinos (Prensa Libre, Cochabamba, 14 de septiembre de 1964).



PFUNOS O CANTAROS DE CHICHA,
FOTOGRAFÍA QUE FIGURA EN
EL FOLKLORE DE COCHABAMBA,
DE ANTONIO PAREDES CANDI

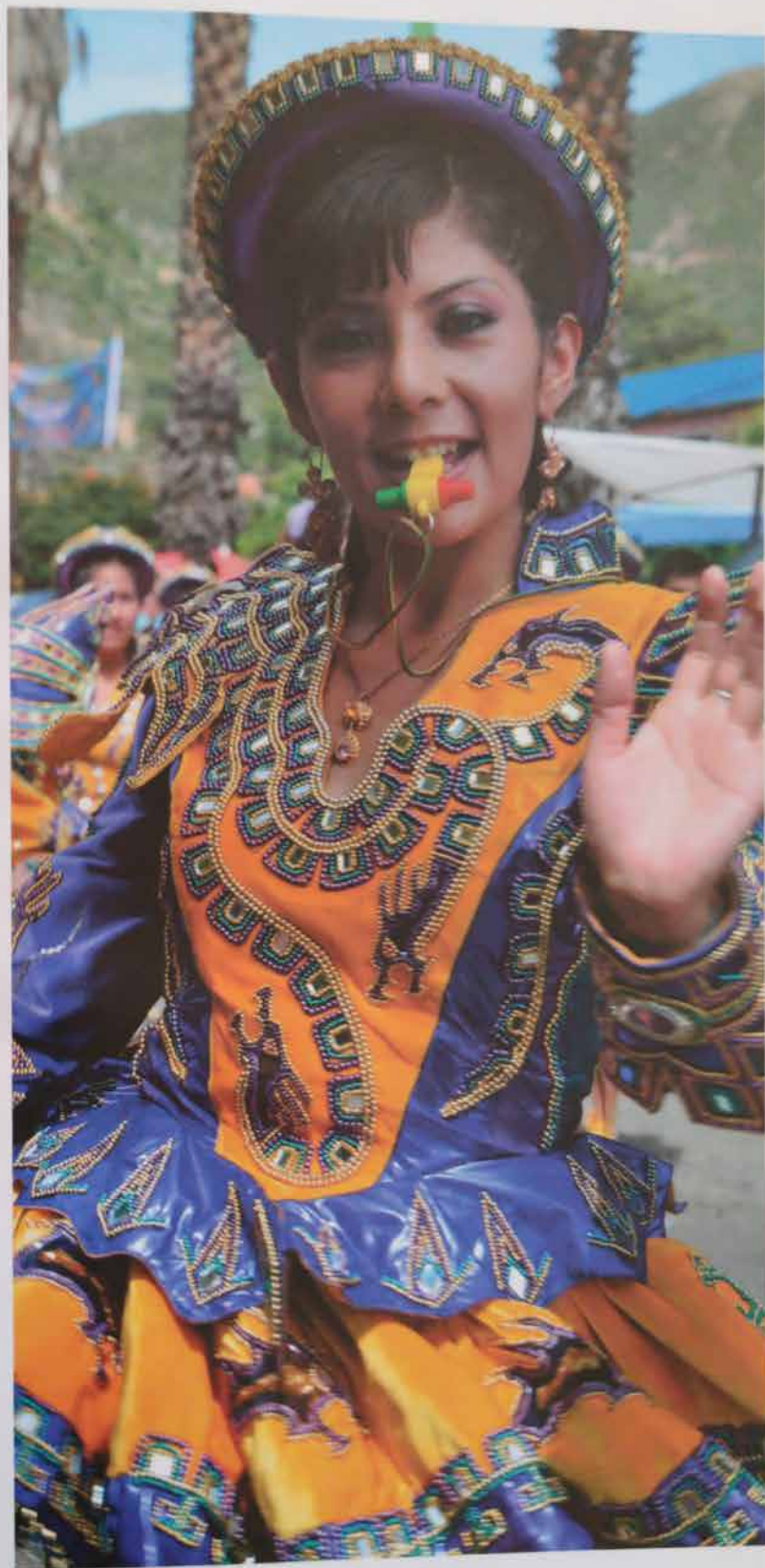


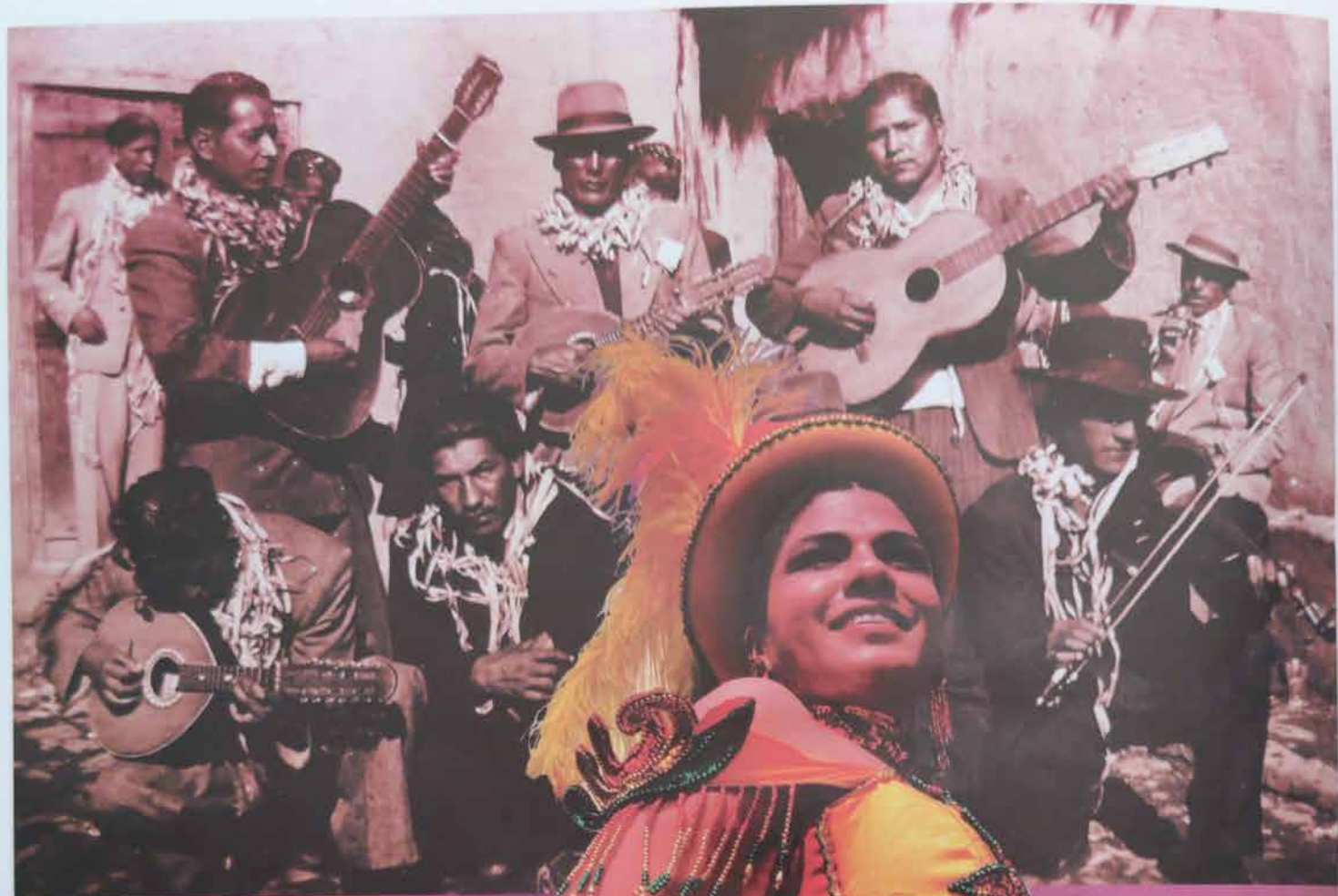
MUCHACHAS O LA INVITACIÓN A LA CHICHA,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY





BAILARINAS DE LAS FIESTAS DE COCHABAMBA,
FOTOGRAFÍAS DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY





LAS FIESTAS DE LA CIUDAD

Alber Quispe Escobar

En los territorios de la América colonial las fiestas, cualesquiera fueran sus características, se constituyeron en espacios fundamentales de la vida social, cultural y política. Desde el periodo colonial temprano y a partir de una compleja sobreposición de tradiciones hispánicas e indígenas se construyó una diversidad festiva compleja que continuamente reflejó las contradicciones, jerarquías y luchas simbólicas de la propia sociedad. En este sentido, fue la estructura de la propia cotidianidad colonial la que se ponía en escena en la fiesta a través del componente ritual y simbólico sobrecargado de este tipo de manifestaciones.

En su complejidad simbólica y ritual, las fiestas celebradas en Cochabamba revelaron significados profundos de su entramado social a la vez que desempeñaron un rol vital en su reproducción. A través de ellas la sociedad local no sólo ejerció sus prácticas de ocio o diversión sino también, y fundamentalmente, construyó su propia identidad, expresó sus contradicciones, develó sus lógicas internas, en fin, ordenó, simbolizó y legitimó el orden social así como la memoria y los imaginarios sociales. La fiesta fue, por tanto, el espacio mismo donde se realizó la sociedad cochabambina.

Esto fue así porque durante el periodo colonial el mundo festivo ocupó un lugar destacado en la vida pública de Cochabamba. Si bien el "calendario festivo" estaba repleto de festejos de todo tipo (procesiones religiosas, carnavales, fiestas reales, etc.) no cabe duda que la fiesta consagrada a la Virgen de la Asunción fue la más importante de la Villa por haberse fundado ésta en la fecha consagrada a esta advocación mariana. Al finalizar el siglo XVIII la celebración aún transcurría en un nutrido y pomposo festejo según las observaciones que el gobernador intendente Francisco de Viedma refiere en su informe de 1793. Al igual que otras celebraciones, ésta expresaban la unión entre el ritual religioso y la política cortesana ya que durante



su celebración se ponían en juego elementos emblemáticos que destacaban la imagen del "poder regio" a través de una espectacularidad dramática.

Una terrible peste de fecha incierta, probablemente de comienzos del siglo XVII, obligó a adoptar por patrono de la Villa a San Sebastián, el santo propicio para combatir enfermedades, pestes y otras calamidades que, se según se creía firmemente, eran enviadas por la divinidad ante la decadencia moral y religiosa de la sociedad. El culto al santo patrón se tradujo en pomposos y costosos festejos coronados por "corridas de toros" realizadas al pie del cerro nominado San Sebastián en homenaje al santo protector de la ciudad. Al menos desde comienzos del siglo XVII, este culto festivo fue uno de los más importantes de la Villa y en las postrimerías de la Colonia el gobernador intendente Viedma observó "una función muy lucida" con numeroso concurso de gente.

Si bien existían representaciones festivas diversas que congregaban a distintos estratos étnicos de la sociedad, en realidad las fiestas religiosas alentadas por indios, cholos y mestizos fueron las más abundantes en el espacio urbano. A partir de un entrecruzamiento complejo y ambivalente entre la tradición andina y las creencias cristianas, este tipo de festejos desafiaba con creces a la autoridad religiosa y, a partir de las reformas borbónicas, a la autoridad civil que buscó por todos los medios disminuir su realización. Quizá la celebración más emblemática de este conjunto de fiestas fue la de San Andrés (30 de noviembre) destinada al desenterramiento de huesos y cadáveres de las iglesias para su posterior culto al son de música y bailes. A fines del siglo XVIII estos rituales mortuorios, bien conocidos en las provincias de este distrito, tenían amplia aceptación en la Villa debido a su importancia en el ciclo agrícola ya que estaban encaminados a garantizar una futura buena cosecha a través del suplicio de ayuda a los muertos en este mes tan crucial para la producción que requiere de lluvias.

No menos importancia que las anteriores fiestas debió tener la de Corpus Christi que era celebrada con grandes lucimientos de arcos triunfales y altares levantados por los gremios de artesanos y comerciantes. La magna fiesta se caracterizaba por la presentación de algunas danzas de la "gente plebe" que eran realizadas en sencillos escenarios construidos especialmente

para la ocasión. Al igual que en otras fiestas aquí también se entremezclaban símbolos, jerarquías, etc., a través de un complejo cuadro ceremonial en el que todos tenían "su lugar": poderes civiles y religiosos, gremios y cofradías, etc. De modo que el Corpus Christi era la autorepresentación de la ciudad donde, por lo demás, se reproducía y legitimaba la naturaleza jerárquica de la sociedad virreinal.

Estos matices festivos, sin embargo, fueron vistos con recelo por las autoridades de Cochabamba tras las primeras décadas de la fundación de la República de Bolivia en 1825. No es arriesgado conjeturar, en este sentido, que el establecimiento de ciertos actos festivos para impulsar el sentimiento cívico-patriótico necesario para sostener la nueva República, minó en forma progresiva el lucimiento de las grandes celebraciones populares de Cochabamba que tenían su origen en el periodo colonial. El nuevo contexto hizo urgente, en consecuencia, un nuevo tipo de festejo que garantice la legitimidad del Estado a partir de la dramatización de un nuevo orden político.

Sin embargo, a decir verdad, sólo de forma intermitente las elites locales dictaron medidas que afectaron las tradiciones indígenas y mestizas urbanas sobrepuestas a celebraciones religiosas. De entre las escasas acciones de este orden, cabe citar la afamada fiesta de Corpus Christi de la década de los años treinta cuando la presencia indígena ya había sido desplazada. Cuando el naturalista francés Alcide d'Orbigny visitó la ciudad en 1832 notó que, a diferencia de lo que sucedía en La Paz en similar celebración, no habían danzantes indios en la procesión la cual, a su juicio, fue más solemne y concurrida (d'Orbigny 2002: 1519).

Años más tarde medidas similares fueron asumidas por las autoridades municipales aunque éstas no dejaron de ser ambiguas. Hacia 1863, por ejemplo, se prohibió las danzas, máscaras y bailes en la fiesta del "santísimo", mientras que fueron permitidas tales manifestaciones en otras fiestas religiosas bajo la condición del pago de patentes (Montenegro y

FIESTA TAURINA VALLUNA,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO



DESFILE CÍVICO,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO



y tenía un contenido simbólico-ritual vinculado con el ciclo agrícola regional. Tal como relata Damián Z. Rejas, defensor de estas manifestaciones culturales, en Todos Santos despuntaban las afamadas wayllunkas y sus inseparables coplas improvisadas que eran ejecutadas los fines de semana en el entonces verdoso paraje de "Las Cuadras", lugar donde además se acompañaban estos rituales con comidas y bebidas locales. En estrecho vínculo con estas manifestaciones, aunque algo más efímeras, las notas más sobresalientes se desprendían de la festividad de los difuntos en la que eran preparadas las ofrendas brindadas a los muertos tanto en las casas de los oficiantes como en los cementerios locales, en escenas que aún nos son familiares actualmente.

Habría que decir, no obstante, que la empresa modernizadora, o el deseo de ella, no extirparon de la noche a la mañana las viejas prácticas festivas que entonces incomodaron a las clases dominantes; su ofensiva se prolongó por varias décadas. Y aún, como en el caso de la fiesta de la Cruz, de tintes estrictamente populares, sus alcances fueron limitados debido a las particularidades que la estructuraron. Su culto estaba arraigado entre la "gente del pueblo" si bien, con el pasar de los años, parece haber captado la participación de algunos sectores medios de la sociedad cochabambina. Con una compleja estructuración que combinaba, aún hoy, elementos rituales andinos con formas festivas cristianas, esta celebración de la fertilidad humana, animal y de la tierra, fue censurada sin pausa desde finales del siglo XIX sobre todo por las autoridades políticas. Estas prohibiciones no siempre cumplidas durante las primeras décadas del siglo XX, surtieron efecto durante los años treinta y cuarenta, periodo en el cual las autoridades religiosas (fundamentalmente el Obispo Tomás Aspe) impidieron toda práctica ritual ajena al cristianismo tal como refieren las crónicas periodísticas de la época. Estas radicales determinaciones no implicaron, sin embargo, la desaparición de esta festividad que fue calificada como "pagana" debido al predominio de estructuras andinas en su ritualización.

A mediados del siglo XX la festividad de la Cruz era quizá la fiesta popular más arraigada en el contexto de la capital de Cochabamba. La desbordante concurrencia al escenario festivo y la trama ritual vinculada a la fertilidad, pusieron la marca definitiva a la antigua celebración que, en contraste al pasado inmediato, empezó a ser exaltada como parte del folklore regional tal como ya se puede observar en las argumentaciones del periodista cochabambino José Medrano Carrillo o en las del folklorista Antonio Paredes-Candia quienes dejaron registros bondadosos sobre sus características.

Un cambio sustancial en la larga historia festiva local aconteció a mediados del siglo XX con la consumación de la llamada "Revolución Nacional" que posibilitó el realce de las prácticas culturales "tradicionales". Aunque la folklorización festiva tomaba ya cuerpo en los años posteriores a la post Guerra del Chaco (1932-1935), a partir de los años cincuenta se reevaluó el pasado boliviano y se defendió desde las esferas oficiales muchas manifestaciones populares. En contraposición a la estrategia precedente, las autoridades empezaron a concebir estas manifestaciones como dignas de ser mantenidas y alentadas como parte de la cultura boliviana.

De este modo, anulado el poder de las élites tradicionales terratenientes de Cochabamba, el movimientismo de los años cincuenta, empezó a alentar las celebraciones "del pueblo" como parte vital de la vida social y cultural. Así por ejemplo, el Carnaval, la fiesta de San Isidro en Jaihuayco y muchas otras expresiones festivas locales fueron estratégicamente estimuladas a través de sus múltiples "comandos zonales". Revivió así, entre otras fiestas, la desaparecida fiesta de San Sebastián aunque no se pudo reestablecer las otrora afamadas "corridas de toros".

Con todo, la revolución nacional de 1952 modificó la prolongada batalla simbólica entre las elites locales tradicionales y los sectores populares por la "ocupación" de la ciudad. Se depositó, entonces, en las clases populares el destino de la ciudad al menos en lo concerniente al sistema festivo. A medida que la ciudad fue creciendo se fueron construyendo múltiples fiestas de barrio que a la par de convertirse en lugares de encuentro y recreación de sus habitantes se construyen también como escenarios de legitimación de las autoridades locales. Esta raigambre cultural hizo posible la posterior proliferación folklórica de las fiestas en sus diferentes contextos.

Virgen de la Asunción

Francisco de Viedma (español), 1793

Es patrona de esta ciudad la Reina de los Ángeles en su misterio glorioso de la Asunción a los cielos, por haberse fundado en este día: por cuyo motivo todos los años en el mismo se celebra, con el real pendón, asistiendo el Cabildo a vísperas, y a la misa con sermón. La función es de las más solemnes, por el numeroso y lucido concurso, que asiste al paseo de tarde y mañana, a caballo, con exquisitos jaeces, buenos caballos, y lucidos vestidos, con que procuran señalarse a porfia, y jamás baja

el número de 170 a 200; de modo que en todo el reino del Perú se duda pueda hacerse función de más lucimiento.

Por la epidemia que padeció esta ciudad, de una cruel peste, juró por patrón al glorioso San Sebastián, por cuyo motivo se le hace una función muy lucida, y hay festejos públicos de toros en la plaza extramuros, que se halla al pie del cerrito, denominado San Sebastián, donde es innumerable el concurso que asiste, y hay feria de frutas, dulces secos, helados, etc.



LA FIESTA DE LA VIRGEN DEL CARMEN,
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO

Corpus Christi

Alcide d'Orbigny (francés), 1832

El día de Corpus Christi el Presidente tuvo a bien invitarme para ver pasar desde los balcones del Cabildo o palacio de gobierno la procesión que daba vuelta a la plaza. Aquello me encantó, pues nunca había visto una ceremonia tan solemne. No había, como en La Paz, indios bailarines delante del Santísimo Sacramento, pero la afluencia de público era inmensa. Noté que todos los militares que formaban el cordón caminaban destacados, llevando su gran morrión colgado entre los dos hombros. Por lo demás, esta procesión no tenía nada lúgubre como en La Paz, en donde todas las indias llevaban vestidos negros. Por el contrario, ofrecía el más alegre conjunto. Ese crecido número de vestidos de vivísimos colores, rojo, amarillo, verde, violeta y rosado, recordaba a distancia el esmalte de las flores de un arriate. En ninguna parte, en

efecto, los trajes son tan vistosos; por eso, comparando a los indios de Cochabamba con los de las regiones de habitadas por los aymaras, algunos españoles dicen que únicamente los primeros dejaron de usar el luto de sus antepasados, los Incas.

[...]

Otra vez, distraído en mis trabajos por el ruido de la música que pasaba bajo mis ventanas, tuve la curiosidad de mirar. Era una novena a la Virgen, que vi repetirse durante nueve días. Un buen número de músicos iba delante; una mujer, con un incensario en la mano, marchaba detrás, precediendo a otras dos mujeres, que llevaban un cuadro de la Virgen, todos seguidos por un numeroso cortejo.

LA FIESTA DE LA VIRGEN DE COPACABANA EN LA ANGOSTURA, FOTÓGRAFO DESCONOCIDO.



Costumbres populares de Cochabamba

J. H. Scrivener (inglés), 1864

Ni en la ciudad de Roma, ni en la tierra santa, hay tantas procesiones religiosas como en los pueblos de Bolivia, estas se deben a la influencia del clero y a la superstición del pueblo.

Los indios son muy afectos a las procesiones, como a las demostraciones externas del culto, cualesquiera que este sea: y se reúnen a festejar a los santos con todo el bullicio y algazara de un carnaval. De naturaleza perezosos, buscan los medios para evitar el trabajo y aturdirse en las fiestas: las más frecuentes de éstas son las procesiones, las que se hallan apoyadas en la codicia de sus sacerdotes con gran perjuicio de la religión que profesan, porque hacen de éstas un medio de explotación y lucro. En efecto, están provistos de los trajes y adornos para estas funciones, los que alquilan a los indios según su clase y valor consisten estos disfraces en máscaras, vestidos militares, sombreros de tres picos, llenos de plumas de todos colores, espadas de todas clases, y una gran variedad de trompas, cuernos, cañas y tambores, todo lo cual es ávidamente deseado por los indios.

El día de la fiesta se reúnen en grupos en el pórtico del templo, ridiculamente vestidos con traje militar, y con máscaras las más grotescas, presentando la apariencia de un baile de disfras. Al abrir las puertas del templo, todos se arrodillan: un silencio profundo domina en la multitud, interrumpido a veces con actos de contricción, marcados con golpes en el pecho, y la señal repetida de la cruz. Esta devoción es de pocos minutos. Entonces, entran a la Iglesia y oyen una misa de media hora, en la que observan el decoro propio de la ocasión, sin que haya una sola chispa de religión en sus corazones. A la conclusión de la misa sacan el santo y lo colocan encima de las andas, cubiertas de paño y con un galón de plata: cuatro indios las colocan sobre los hombros y conducen al pórtico del templo, en medio de los

sonoros repiques de las campanas, que anuncian la salida de la procesión. Empiezan entonces los gritos de los indios, dando mil vitores al santo, y principia la procesión del modo siguiente. Va por delante un indio, vestido de militar con sombrero de tres picos, cubierto de plumas, arrastrando la espada, y éste lleva la cruz; en seguida las andas llevadas

por indios, vestidos de capas de diversos colores, alrededor de la cual van varias indias con brazeritos de plata, perfumando el aire con olores fragantes de saumerio, y cubriendo el santo con sus diáfanas nubes. Detrás de las andas siguen varios indios tocando cornetas, cuernos, cañas y tambores, interpolado con indios e indias de todas edades, desde el anciano más decrepito hasta la *hualcha* en bayeta. Después de recorrer las

calles, victoreando al santo con gritos descompasados y chillidos de instrumentos, entran de nuevo en el templo; luego se dispersan en grupos y se acaba la primera parte de esta fiesta, que lejos de despertar en la población ignorante y supersticiosa las ideas verdaderamente religiosas, las pervierte con farsas grotescas y demostraciones ridículas, que aturden los sentidos, sin resultado moral útil.

Los mayordomos de la fiesta reúnen sus amigos en sus chozas, donde dan sus banquetes, bebiéndose vasos de chicha, aguardiente y vino, abundantemente esparcido sobre las mesas y en el suelo: pasan el día y la noche en la mayor alegría, bebiendo, cantando y bailando al son de las *cañas*. En estas fiestas Indianas, sea dicho con justicia prevalece siempre el mejor humor: no se interrumpe con disturbios y puñaladas, tan frecuentes en ellas, sin distinción del país, en la clase proletaria de los que se consideran más civilizados.

En estas reuniones populares se revela el carácter pacífico de la raza indígena que, con mejores medios de instrucción podría levantarse de la abyección en que se encuentra sumergida, y abandonar esas preocupaciones que embargan su inteligencia y la mantienen en una pobreza deplorable.

...pasan el día y la noche en la mayor alegría, bebiendo, cantando y bailando al son de las cañas. En estas fiestas Indianas, sea dicho con justicia prevalece siempre el mejor humor: no se interrumpe con disturbios y puñaladas...

El paseo por las Cuadras

Damián Z. Rojas (boliviano), 1953

En esos tiempos de sencillez, armonía y buen humor, se festejaba todo el mes de noviembre, desde el 1° hasta el 30 con paseos diarios, en las tardes en el lugar de las Cuadras, situado al este de la ciudad y a los pies del cerro de San Pedro.

En toda esa región se organizaban puestos de columpios al pie de los gigantes árboles de molle en número de 25 a 50, con un personal selecto de cholitas esbeltas, blancas unas, rubias otras, rollizas, rozagantes y frescas, bien ataviadas con joyas y vestidos finos y de colores variados, acompañadas de jóvenes artesanos decentemente vestidos. Cada comparsa tenía su orquesta compuesta de armonios, guitarras y bandurrias unas, otras de acordeones, charangos y flautas; disponían al mismo tiempo de un menú criollo bien combinado en mesas largas; se servían carnes frías, azados al horno, pavos frutados, etc.; chicha diceña y

paisana, chicha totoreña y de maní, alojadas para atender al gusto más exigente; a todo el que se compraba una botella de chicha diceña que valía 20 ctvs. y 10 ctvs. la paisana, se le convidaba gratuitamente un plato bien servido de carnes frías y picantes, por las otras bebidas se pagaba 10 ctvs. por un vaso grande.

A las cuatro y media de la tarde empezaban los columpios al son de música variada, los ocupantes de los columpios eran mecidos por ambos lados mediante cuerdas largas, que manejaban, ya hombres, ya mujeres, con una violencia que los elevaban a la altura de la copa de los árboles.

Todo el que columpiaba, hombre o mujer, cantaba versos ingeniosos, bien medidos y aconsonantados, alusivos a la situación, a los concurrentes o paseantes que aportaban por el lugar, tomando por base, la clase de vestidos que llevaban, altura o compañía en que estaban, guardando siempre la mejor compostura y moderación, completando los cantos





con el estribillo oficialmente adoptado en esa fiesta de el "Uiphailalitay".

Se notaba que las mujeres eran las más hábiles e ingeniosas para formular los versos, lo hacían a la minuta e inmediatamente, conforme requerían las circunstancias del momento.

La fiesta no estaba reservada para la gente del pueblo, estaba abierta para todos, jóvenes distinguidos de la sociedad ocupaban también el columpio al asomarse a las comparsas en son de paseo y observación, eran tratados con circunspección y respeto, mientras unos endían los aires en el columpio, otros bailaban en tierra con todo entusiasmo.

Así pasaba el tiempo plácidamente de horas 4 a 6 y 7 de la noche, hora en que las comparsas llamadas también pandillas, retornaban a la ciudad, cantando al son de la música los versos de Todosantos, llegadas a la ciudad se disolvían en perfecto orden, tomando cada persona la dirección de su casa.

Esta fiesta de 30 días concluía el 30 de noviembre con la de San Andrés, día en que se vaciaba toda la población de la

ciudad a Calacala; la gente decente, de alto tono, se traslada en lujosos carruajes y en briosos y hermosos caballos, la gente del pueblo en diligencias de coches de 15 a 20 asientos que entonces habian, pagando 20 ctvs. por asiento, y a pie. En Calacala se desparramaba toda la concurrencia en la campiña, se veía por doquier grupos de gente de a 10, 15 y más personas, al pie de los frondosos árboles, rodeados de rosales y flores diversas, conversando o bien libando copas, bailando al son de orquestas, un númen poético admirable caracterizaba entonces a la clase del pueblo, para cada fiesta como las de Carnaval, Pascua de Resurrección, el Espíritu y Todosantos, aparecían nuevos versos, nuevos tonos. Así era Cochabamba en tiempos pretéritos, ahora las cosas han cambiado, ya no existen esas costumbres tan sencillas, de buen humor, armonía y entusiasmo, reina la apatía; el frío calcular de las cosas se nota decadencia en orden a versos y tonos, no hay variación de lo de antes, las mismas radios casi nada tocan de nuevo, se limitan a los tonos antiguos con muy poca variación. Parece que ya no volverán esos felices días, pero en los últimos tiempos la radio ha dado un gran vuelo al folklor nacional.

La fiesta de San Sebastián

Damián Z. Rejas (boliviano), 1953

Ya que hemos hablado de las fiestas de Todosantos y San Andrés, diremos algo de la popular fiesta de San Sebastián, para que quede siquiera un pequeño recuerdo de los buenos tiempos de reinaba en Cochabamba.

San Sebastián se festejaba el 20 de enero, con la popular fiesta llamada "La corrida de Toros", que se celebraba durante tres días del 20 al 22 a veces por pedido especial del comercio y las vendedoras de fruta se prorrogaba hasta el 24.

Para realizar la fiesta se hacían traer toros de la Provincia de Ayopaya, de Mizque y otras estancias próximas.

Faltando 10 días al 20 de enero, se construían tablados al contorno de la gran plaza de San Sebastián, con más de 6 gradas, a la manera de un inmenso estadium.

En la tarde señalada para la corrida, salían a invitar al público, tres disfrazados con vestiduras de colores chillones, pintarrajeadas las caras, llamados matachines, acompañados de dos redoblantes que tocaban sin cansar los tambores, recorriendo todas las calles de la ciudad, causando en la población la más grande preocupación y entusiasmo para asistir a la corrida. Desde horas 3 de la tarde se trasladaba el pueblo en general a la plaza en toda clase de vehículos y a pie llenando las cinco bocacalles que dan acceso a ella.

Los entablados en su totalidad estaban ocupados por gente de todas las clases sociales sin distinción alguna y de toda edad, niños, jóvenes y ancianos, las mujeres llevaban sus mejores vestidos de colores los más vivos y variados, dando al inmenso cuadrado, un aspecto gigantesco, hermoso de gente colocada en orden, ostentando múltiples colores, dejando oír un rum, rum al acomodarse en los asientos.

Mientras esto ocurría en los tablados, en tierra estaba colocada la concurrencia en esta forma: en el costado occidental de la plaza en que había sombra, estaba la gente de alto tono, en elegantes carruajes llamados entonces Landos, Cupés, Tilburis, etc, junto a los carruajes estaban también apostados jóvenes distinguidos, obligados a correr despavoridos cuando el toro aportaba por ese lugar. Al lado sud, que tenía alguna altura, como tiene ahora, estaban esbeltas damas sentadas sobre hermosos caballos, con trajes largos que bajaban las rodillas del animal, cubierta la cabeza

con un sombrero alto, llevando blusas blancas, indumentaria que les daba un aspecto encantador a la vez que imponente; al lado de las hermosas jóvenes, estaban jóvenes apuestos montando en briosos caballos de la mejor estatura y variados colores.

Al este se hallaban los matarifes, vecinos de Colcapirhua y otros lugares montados en robustos y relucientes caballos, sobre ásperos enchapados de plata llevando espuelas y estribos del mismo metal. [...] El centro de la plaza ocupaba una inmensa muchedumbre, mezclada de

obreros de la ciudad, campesinos de Cala cala, Recoleta y todo el Cercado. [...] A la aproximación de la hora señalada para la salida del toro, la muchedumbre de tierra, se agalopa al frente del lugar de su salida, que era el lado norte, provista de mantas, bufandas rojas, para capear al toro. [...] Suena un camaretazo, que es la señal de la salida del esperado cornúpeto. [...] A poco sale el toro de su encajonamiento, dando saltos y barreando; a su aspiración en la plaza, se produce en todos, la sorpresa y la emoción más angustiada, que tiene a todos pendientes de algún hecho lamentable.

La muchedumbre notando cansado al animal, se le aproxima, cada vez más; el toro a su vez se para y manotea el suelo produciendo polvo, como desafiando a sus perseguidores; estos en un momento dado, aprovechando de la polvareda

El centro de la plaza ocupaba una inmensa muchedumbre, mezclada de obreros de la ciudad, campesinos de Cala cala, Recoleta y todo el Cercado. [...] A poco sale el toro de su encajonamiento, dando saltos y barreando; a su aspiración en la plaza, se produce en todos, la sorpresa y la emoción...



SUERTE DE BANDERILLAS EN COCHABAMBA.
FOTOGRAFÍA DE RUDOLFO TORRERO ZAMUDIO

que produce, se le echan encima, lo agarran de las manos, los pies, la cola y las astas y consiguen tumbarlo al suelo y quitarle el enjalma en medio de la carcajada general que no se cansa de aplaudir con jaleos y bravos la proeza; el toro libre del enjalma, se para precipitadamente y sale a saltos del grupo que lo rindiera y se aleja alguna distancia. Luego se da la vuelta y viendo al grupo que está empeñado en disputar la posesión del enjalma y sus dineros, acomete al grupo y levanta a la gente en sus astas como a volantines de cartón, los bota al aire; a unos los hace caer parados a su atrás, a alguno lo pone sobre sus lomos, más sintiéndose cabalgado el toro, se encabrita, da brincos y lo hace caer de espaldas produciendo en el público angustias y gritos ya de horror, ya de ridículo o aplauso.

A veces el toro desde su salida acomete con tal violencia y rapidez que arrincona a la muchedumbre bulliciosa y movediza a las aceras del cuadrado de la plaza y queda sólo a distancia, dando vueltas sin saber por donde va a acometer, en este estado un temerario, provisto de lienzo rojo se aproxima al toro, ocultando su cuerpo tras el lienzo, el toro lo acomete con furor y lo derriba al suelo y trata de hundir sus astas en el cuerpo del capeador que se aplasta y tiende al suelo; en vano el toro da vuelta el cuerpo tentando por donde lo ha de ensartar, lo que no puede conseguir por que su hocico grande le impide bajar astas hasta la altura del cuerpo; la muchedumbre de los palcos y tierra, llena de estupor grita despavorida pidiendo auxilio, socorro; en esto se desprende uno de a caballo del lugar en que están formados y seguido de un peatón que lleva un poncho rojo se aproxima al toro y le sacude el poncho, le grita y japapea, el toro abandonando a su víctima se dirige furioso al nuevo capeador, de lo que aprovecha el que está tendido para precipitarse lejos del toro.

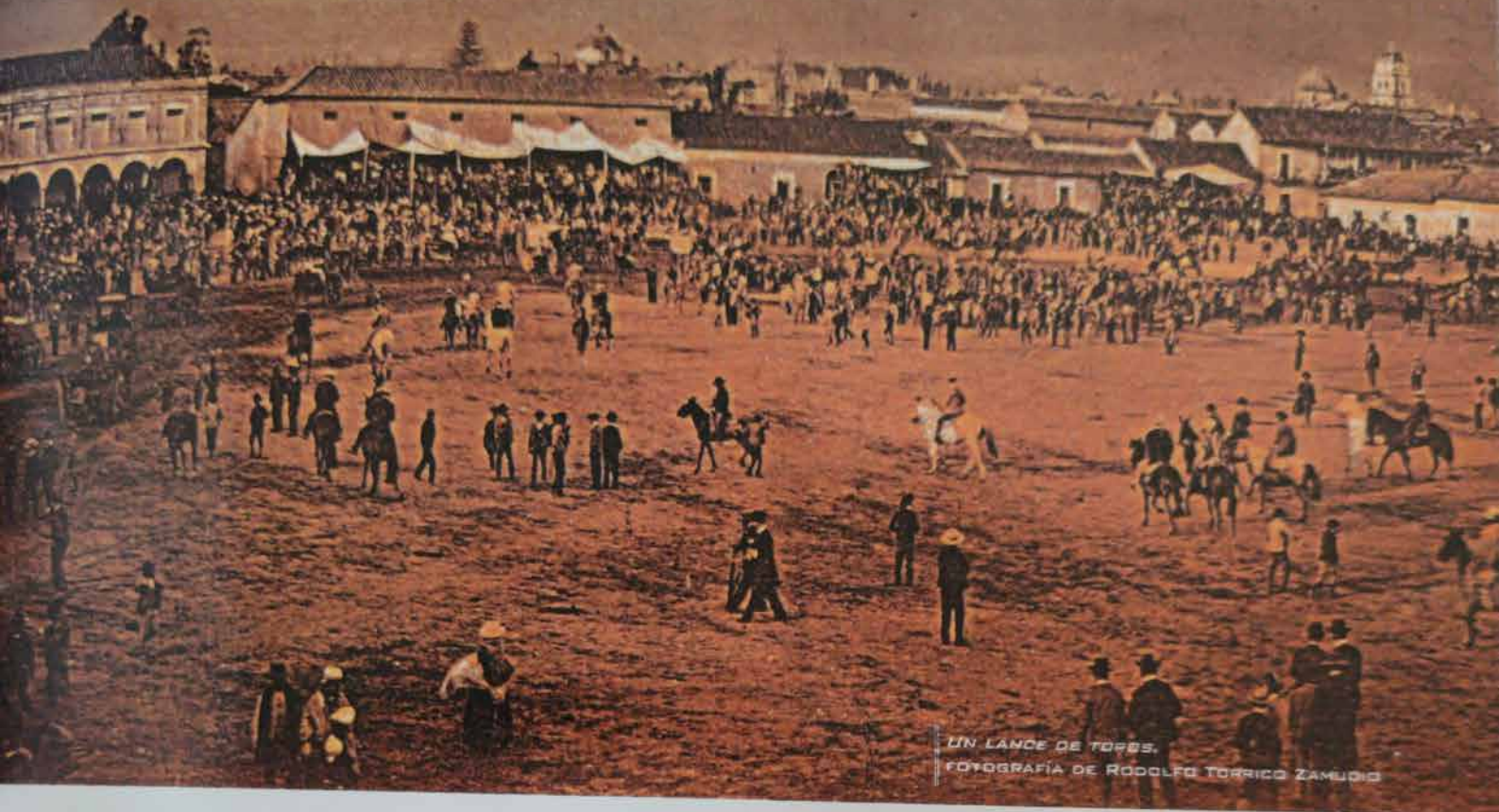
El capeador, sirviéndose del caballo como de un burladero, hace que el toro esté dando vueltas al caballo persiguiéndolo ocasionando la mayor angustia a la muchedumbre, que está pendiente, esperando un resultado lamentable, el capeador al fin consigue tirarle el poncho al asta del cornúpeto y mientras está forzándose en botar el poncho de la asta, el

capeador de un salto se pone en la anca del caballo y ambos jinetes se van al galope poniéndose lejos del toro, en medio de jaleos, silvidos, griterías de la inmensa muchedumbre.

El toro en medio de la rechifla y bulla de la muchedumbre, se dirige al lugar en que están enfilados los lujosos carruajes, sus ocupantes poseídos de pánico y estupor, se reducen a espectar al toro, sin animarse a mover un dedo, por fortuna el corpulento toro capaz de voltear un coche con una cornada, se limita a mirar con sus ojos de fuego y a oler uno a uno los carros y seguir persiguiendo a la muchedumbre que se aproxima. Recién pasado el peligro, los ocupantes de los carros empiezan a hacer algazara y bulla, hablando en voz alta, comentando el peligro del que habían salvado. [...] En este instante suena un camaretazo y sale otro toro a la plaza, se encuentra con mogigangas de cartón exprofesamente colocados y los hace tiras y luego pasa a embestir a la muchedumbre que lo hostiliza con gritos y silbidos y se repiten las mismas escenas que con el primer toro a su prisco y se produce nuevamente el paseo de los de a caballo y carruajes, pasa lo propio con el tercer toro que en veces resulta poco bravio; a su aparición en la plaza embiste de un lado a otro, corre con rapidez, persiguiendo a la muchedumbre y luego se cansa, entonces lo arrean y se le acercan hasta tomarlo de la cola y cabalgarlo entre dos o tres; el toro no pudiendo encabritarse por el peso, se venga de sus cabalgadores haciéndolos caer patas arriba, tirándose en tierra, de repente, causando gran algazara y bulla en la concurrencia, que comenta el caso jocosamente, diciendo: "hasta el toro cuando es manso lo cabalgan".

Finalizada la corrida de toros, toda la concurrencia se arrincona a los costados y se pone al pie de los tablados dejando vacío el centro de la plaza y comienza otra corrida, la de la banderita: que consiste en que un joven a caballo toma una pequeña banderita de los colores de la boliviana y se lanza a la carrera otro, le sigue a quitarle, y corre más rápido lo consigue; entonces es condecorado por la comisión, con un rozón de flores artificiales de seda fina que se coloca al brazo, rozón que entonces valía 50 Bs., hoy su precio sería 500 Bs. o más.

...Era muy simpático y hasta encantador ver a una joven guapa, bien sentada en la montura, con traje largo, con un sombrero alto...



UN LANCE DE TOROS.
FOTOGRAFÍA DE RODOLFO TORRICO ZAMUDIO

La carrera se repite variando el personal, hasta diez o más veces. También las señoritas toman parte en este torneo. De repente se ve a una guapa y aguerrida niña correr a gran carrera de su caballo, disputando la banderita a un joven hasta arrebatársela de sus manos (tal vez con su consentimiento) produciendo los más calurosos aplausos de la muchedumbre. [...] Era muy simpático y hasta encantador ver a una joven guapa, bien sentada en la montura, con traje largo, con un sombrero alto, fino acomodado a su fisonomía y una blusa blanca emprender la carrera, llevando el cuerpo casi vertical, un poquito tronchado atrás y sacar la sortija, momento en el que se desborda la muchedumbre en aplausos y la banda le toca diana; dos jóvenes de a caballo van a su alcance y la acompañan llevándola al medio al palco donde está la Comisión, que la condecora, con un rozón de flores extranjeras que le atan al brazo y en veces también le entregan un ramo artístico de flores naturales. Y se notaba que eran las mujeres las que más sacaban la sortija.

Así pasaban plácidamente los momentos, hasta que la aproximación de la noche ponía término a la gran fiesta.

Toda la muchedumbre desocupa la plaza por las cuatro bocacalles, comentando las incidencias ocurridas, y durante los días de las corridas las conversaciones en las calles, plazas, hoteles y casas particulares versaba únicamente sobre las angustias a que dieron lugar los toros, o la grata impresión que experimentaron con las corridas a la banderita y a la sortija. [...] La fiesta duraba tres días con pocas variantes, languideciendo en el 3°.

Tal ha sido la gran fiesta de San Sebastián en que se divertía el pueblo en general; la plebe y los campesinos persiguiendo y siendo perseguidos por el toro con todas sus incidencias; la gente de los entablados y carruajes sufriendo angustias y emociones de diversa índole y los de a caballo haciendo la fiesta simpática con las corridas a la banderita y a la sortija, sin dejar de experimentar angustias y sobresaltos con la actuación del toro.

De mi parte considerando que pueblo que no se divierte, que no se entusiasma, que no se alegra honestamente, es pueblo que va a la decadencia, he reestablecido esta fiesta una y otra

vez, ya como Mucipe, ya como Presidente del H. Concejo Municipal.

Pero no pocos la han condenado reputando un hecho salvaje, la corrida de toros al natural que así podemos llamarla a la que hemos descrito, aceptando la otra que se produce a puñaladas. Por primera maniobra le introducen al toro dos puñaladas sobre el omoplato con fierros dentados para que se engargen en las carnes del infortunado cornúpeto y lo atormenten palanqueándole las heridas en cada salto que dá, operación que se repite dos o tres veces; en seguida se presenta el torero con una espada y le introduce al cuerpo del toro hasta el puño ya por las costillas, ya por el pulmón y corazón hasta derribarlo en tierra, momento en que otro le asesta otra puñalada al toro en la nuca, para dividir el

encéfalo de la médula espinal y precipitar su muerte, es este estado, sangrante, y gesticulando es arrestado fuera del redondel, operación que se repite con dos o tres toros.

Tal es la corrida llamada enfáticamente, que acaba con tres cadáveres de animales y en veces con un torero destripado o mal trecho.

Entre las dos corridas, yo prefiero la primera. Notándose que en aquella corrida los de la plebe no bebían licores por miedo a ser destripados por los toros, en la plaza no se vendían sino helados y frescos de toda clase.

Hoy la plaza de San Sebastián está convertida en un hermoso parque y ya no hay corridas de toros desde hace 20 años.

La fiesta de Santa Vera Cruz *El Imparcial (Cochabamba), 1932*

La fiesta religiosa de Santa Vera Cruz, tiene enorme trascendencia dentro y fuera del departamento de Cochabamba. Se atribuye milagros a la efigie de un cristo, que según la leyenda que le rodea, apareció en aquel lugar. Los creyentes tienen una fe ciega en el Señor de Santa Vera Cruz, y la tradición ha ido acumulando año tras año, la herencia fanática de un culto hasta pagano a esa imágen.

Total, que la fiesta de Santa Vera Cruz, es un prodigio de paganía antes que de concepto religioso. A más de las velas que se enciende en aquella diminuta capilla que en los días de la fiesta se transforma en un horno insoportable por el hacinamiento de gentes que rebalsa los límites del local; están las ofrendas pecuniarias que los más fieles, entregan a la imagen, consistentes esas ofrendas en billetes y monedas. En la amplitud del sitio, una finca de propiedad de las señoritas Canedo, se aglomeran millares de personas que acuden de todas las provincias del departamento y hasta de otros centros de la república.

Tres días y tres noches, se suceden en Santa Vera Cruz, entre la fanfarria de numerosas orquestas criollas, las

cantinelas religiosas de los adeptos, y la balumba de los pequeños negociantes que se concentran con sus actividades comerciales. Después, viene lo pagano, lo escandaloso de la fiesta: gente alcoholizada y desborde sexual.

Todos estos antecedentes, obligaron al Ilustrísimo Obispo de la Diócesis a dictar una resolución mediante la que, prohibía la celebración de esta fiesta conjuntamente con la no menos renombrada festividad de La Melga. La medida episcopal fué ampliamente aplaudida por todos los elementos.

[...] Pese a la prohibición del prelado y a la cooperación que prestara a esta prohibición, la labor policiaria, la celebración de la fiesta de la Cruz, se ha realizado en Santa Vera Cruz. El mismo tren al valle intensificó su tráfico debido a la afluencia de romeros que se trasladaron de todos los puntos de esa región. Consiguientemente, la fiesta en el presente año, tuvo la misma concurrencia que los anteriores.

Anoche las carpas de expendio de bebidas se levantaban como de costumbre a lo largo de la carretera y del ferrocarril al Valle, en alegres holgorios. Millares de personas estaban allí presentes para hacer sus ofrendas paganas a la milagrosa imágen.



CHARANGUISTA DE SANTA VERA CRUZ,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY

Una fiesta pagana Ángel Salas (boliviano), 1932

El obispo de la diócesis, Monseñor Aspe, con plausible criterio, prohibió la celebración de la fiesta de la Cruz (el tres de mayo) en Cochabamba. Había para ello la triste experiencia de años anteriores en que los indígenas del extenso valle acudían hasta la hacienda de Santa Vera Cruz, en peregrinación, convirtiendo ese lugar en una feria desbordante. El obispo instruyó a los sacerdotes a fin de que condenaran la fiesta y la describieran con caracteres siniestros, anunciando, además, so pena de suspensión, que ninguno celebraría vísperas ni misas.

¿Por qué tamañas precauciones si se trataba de una festividad religiosa?

Yo me imagino que el departamento de Cochabamba ha debido hacerse esta pregunta. Y, más católico que el obispo, dió su consentimiento para que no fuese impedida.

Y se realizó con más suntuosidad que nunca.

Santa Vera Cruz está situada a cinco kilómetros de Cochabamba, en el camino a Sacaba. Es propiedad de una familia Canedo. Fui allí el lunes a las dos de la mañana, para quedar enormemente sorprendido de tal fiesta, que no debe tener semejante en todo el país.

A uno y otro lado de la carretera, en la extensión de un kilómetro, todo el bajo pueblo de Cochabamba se había dado cita para instalar toldos con bebidas y comidas. Y aún el espacio resultaba insuficiente, por las cantidades de gente que arrojaban los ómnibus, los automóviles y los trenes.

Nos abrimos paso con dificultad para llegar hasta la capilla de unos diez metros más o menos de extensión, repleta de pueblo a esa hora, que hacía sus ofrendas de dinero y de velas a la imagen de Cristo. Las velas eran recibidas por la propia dueña de la finca, que tenía por ayudantes a tres muchachitos; después de ser encendidas, pasaban a un enorme cajón, para dejar sitio a otras ofrendas. Calculo que en esa sola noche, la dueña de la finca debió recibir algo así como 20.000 bujías.

La atmósfera de la capilla era irrespirable, porque los indios, cansados con la caminata y con la chicha, dormían en la capilla a pierna suelta, mientras otros cantaban coplas lugareñas al son de variados instrumentos.

Me aproxima a la dueña y le ruego que me explique el origen de estas extrañas ofrendas.

-Vea, señor, - me dice la señorita Teresa Canedo, - el obispo ha prohibido la fiesta, pero más ha podido el fervor del pueblo, que acude aquí en caravanas desde los lugares más remotos del departamento. El Cristo que Ud. vé apareció en este lugar hace 200 años, según testimonios que me ha proporcionado la Corte de Cochabamba. Yo compré la finca y rescaté al Cristo de poder de un indígena, siendo sorprendentes sus milagros. Desde hace siete años que está aquí no deja de proporcionar enormes bienes y el mismo tiempos hace que en esta fecha recibe el jubileo de todo el pueblo. Yo no tengo la culpa y lo único que hago es recoger los cabitos de las velas para edificar un templo...

Es cierto que la familia Canedo tiene ya muy adelantado un gran templo junto a la antigua capilla.

Pero ¡si sólo fuera eso!

Lo lamentable es que la fiesta de Santa Vera Cruz ha cobrado el esplendor de una fiesta pagana en nuestro siglo. Y es que las mujeres, que están en proporción mucho mayor que los hombres, van allá con la superstición de concebir. Y le sacrifican al Cristo moreno su pudor y su fama de honestidad. Detrás de las carpas donde bailan y se embriagan durante ocho días consecutivos, se pierden las parejas.

Y esto es lo que se quiso evitar, y lo que no ha podido o no ha querido el Prefecto de Cochabamba. En medio de esa orgía fantástica estalló este año un cartucho de dinamita, mutilando los pies de un hombre e hiriendo a seis o siete personas.



MUJERES, DEVOCIÓN Y VECAS.
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY



LA FIESTA DE LAS LUCES.
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY

Santa Vera Cruz "Tatala" **José Medrano Carrillo (boliviano), 1957**

Es una festividad religiosa que anualmente se celebra el 3 de mayo. Santa Vera Cruz, es el nombre de una hacienda, donde existe una capilla que guarda la efigie de Cristo exangue pendiente de la cruz. La capilla, está sobre el tramo ferroviario al valle. Al frente se levanta la moderna instalación de la Refinería "Gualberto Villarroel", que en las noches semeja una ciudadela iluminada profusamente.

Hace más de medio siglo, que los campesinos de las [sic] población y rancheríos de Punata, Cliza, Tarata, Santivañez, La Maica, Kenamari, La Tamborada, La Chimba, se dan cita, porque han congregado al Señor de Vera Cruz una advocación sin límites, debido a la leyenda tejida alrededor de la efigie que le atribuye milagros sorprendentes.

En efecto la capilla fué construida por los dueños de la hacienda a raíz de la milagrosa afirmación de la venerada imagen que ha venido con el transcurso de los años, en denominarse Señor de Santa Vera Cruz. La fiesta tiene características sobresalientes. Verdaderas romerías se trasladan por el antiguo y polvoriento camino del valle que bordea la línea ferroviaria. Van grupos interminables de devotos cantando y bailando. Cada grupo lleva consigo en un fanal de vidrio una pequeña réplica de la efigie del Señor de Santa Vera Cruz para su bendición en el día de la fiesta.

En el jolgorio intervienen alrededor de tres mil campesinos. El paisaje que hace algunos años atrás era agreste y con cotados árboles de algarrobo, hoy es risueño y exuberante debido al canal de irrigación de La Angostura que inunda las tierras de esa región.

Ataviados con sus mejores ropas, hombres y mujeres, lo primero que hacen a su llegada es visitar la capilla llevando velas de cera, que las vendedoras ofrecen a granel convenientemente apostadas en la puerta de acceso. No hay sitio dentro de la capilla, donde no haya una vela encendida y resplandeciente. Y es más, los devotos fanáticos prenden en las vestiduras de la efigie billetes de cortes de

cien, quinientos y mil bolivianos. Prosternados reverentes a los pies del crucifijo, piden hijos los matrimonios que no tuvieron la felicidad de tener descendientes, otros imploran la ayuda divina para que el pequeño rebaño que tienen multiplique prodigiosamente.

La promiscuidad es indescriptible en la fiesta del Espíritu. ¡Qué manera de haber pianos-acordeón y charangos! Cumplidos los deberes religiosos la gente se dispersa en diversas direcciones para celebrara con abundantes tragos de buena chicha o algunos ponches. La nota musical se reduce a una sola melodía, pero son las mujeres las que descuellan por la dulzura con que entonan canciones que no ha sido grabadas hasta ahora.

Santísimo Cruz "Tatala"
Kella kella nillahuanky
Kankama asuan kella kanky
Sayassajlla puñusanky.

Santa Vera Cruz "tatala"
Huahuay huahuay nillanhuanky
Kay huayhuayky chayamuni
Imatataj Gopuhuanky

Y las improvisaciones en el mismo tono se suceden una tras otra, difícilmente traducibles al castellano.

Más que los hombres, las mujeres gustan de esta tradicional fiesta, que comienza con la víspera y acaba con el "calvario". Pero acaso, la festividad llega a su punto culminante en la víspera, pues los devotos cubiertos por la sombra de la noche se entregan a mil excesos. Si no hay peleas, alguien ha perdido su dinero, su instrumento musical o el poncho. [...]

Y la fiesta de Santa Vera Cruz, se sucede año tras año, aunque las autoridades pretendieron prohibir debido a las denuncias por la comisión de abusos deshonestos. Y es que una festividad religiosa tradicional, muy difícilmente olvidan los campesinos.



VISTA DE LA DANCHA,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO BÁNCHEZ PATZY





LOS MERCADOS DE COCHABAMBA

Alber Quispe Escobar

A lo largo del periodo Colonial el distrito de Cochabamba fue conocido como el "Granero de los Andes" debido a la importancia de su producción cerealera (ya aprovechada por el Estado Inca con anterioridad a la llegada de los españoles) destinada fundamentalmente al abastecimiento de los centros mineros del altiplano, en especial Potosí (Solares 1990; Larson 1992). Se establecieron así, desde comienzos del siglo XVII, circuitos mercantiles entre Cochabamba y los centros mineros y urbanos del altiplano donde los hacendados españoles acomodaban su producción agrícola. Sin embargo, a la par, y a veces al margen, de estos circuitos económicos vinculados a la producción agrícola, un modesto mercado local empezó a forjarse en los primeros años coloniales fruto de la expansión de la economía de mercado y de las propias necesidades locales. De este mercado emergente participaron de forma activa y creciente la "plebe", especialmente indias y mestizas, dedicada al intercambio de productos en la "plaza" de la antigua Villa de Oropesa.

A fines del siglo XVI es probable que una cantidad significativa de mujeres participara del circuito mercantil de la ciudad y sus cercanías seguramente constituyendo el primer mercado público situado, como en todas las ciudades de América, en la plaza central de la Villa. En este primer momento, quizá las mujeres de las élites indígenas fueron las que más aprovecharon los nuevos espacios mercantiles. Así por ejemplo, en la investigación de Ximena Medinaceli y Pilar Mendieta, *De indias a doñas*, se exponen los casos de tres indígenas de familias de caciques que estaban vinculadas de manera singular con la naciente economía mercantil de la región. A partir de estos casos expuestos se puede suponer la formación de un circuito mercantil local relativamente dinámico ya a fines del siglo XVI y comienzos del XVII el cual se ampliaría notablemente en los siglos posteriores y supondría la intervención creciente de la población local.

A fines del periodo colonial, la ciudad ya había constituido un mercado bien provisto de todo tipo de alimentos y productos que eran ofertados en la plaza central, la "Plaza de Armas", por los sectores bajos de la sociedad. En su conocido informe de 1793 el gobernador intendente Francisco de Viedma da cuenta de un movimiento comercial dinámico del que se abastece el conjunto de la población local.

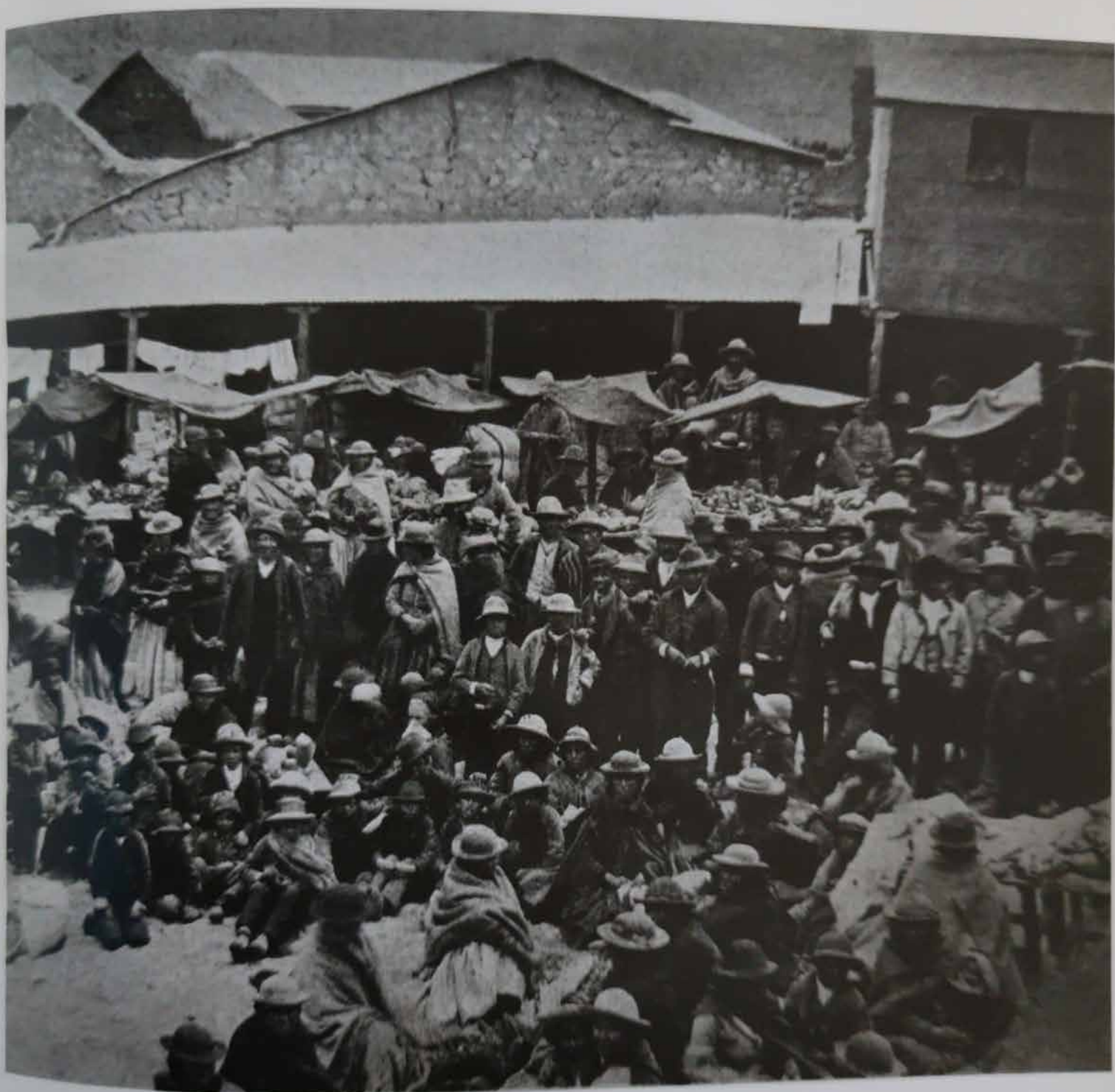
En las primeras décadas del siglo XIX el antiguo "mercado de khatu" (Guzmán 1972: 245) aún parece estar predominantemente en manos de indios e indias de las provincias de Cochabamba. El naturalista francés Alcide d'Orbigny hacia 1830 vio que las transacciones comerciales se realizaban en la Plaza Principal y en la plaza de San Sebastián "por falta de local apropiado". En ellos expedían variados productos al por menor principalmente mujeres indígenas tal como pudo mostrarlo en una ilustración donde dos de estas mujeres ofrecen tubérculos y granos a "mujeres mestizas" que parecen "regatear" los productos ofertados. De las descripciones e ilustración de d'Orbigny podemos asumir que el mercado local es esencialmente femenino. Del comercio a larga distancia, por otro lado, se hacen cargo los cholos cochabambinos. El viajero inglés Edmund Temple, en esa misma época, reprodujo una escena comercial ocurrida en la ciudad de La Paz en la que se puede ver, según el mismo lo dice, "un indio peruano, negociando con un vendedor de ropas de Cochabamba" (Temple 1830: 80). El cholo cochabambino está representado con un rollo de tela y una vara de medir y, de acuerdo al inglés, se encontraba en La Paz ofreciendo objetos europeos que no se podían vender allí.

Es probable que los mercados de la ciudad incrementaran su importancia a fines del siglo XIX en un proceso que implicó el reforzamiento del mercado interno a partir de la progresiva pérdida de los mercados del altiplano donde se acomodaba la producción agrícola, eje del mercado regional. De hecho, de acuerdo a Rodríguez (1995: 13), el arrebato de los mercados del altiplano que eran tradicionalmente abastecidos por los hacendados cochabambinos reforzó la importancia del mercado y economía local siendo el complejo maíz-chicha su eje dinamizador. En este circuito económico vital para la economía de Cochabamba la presencia de las "mujeres mestizas", cholas e indígenas fue determinante y giró fundamentalmente en la elaboración de la chicha así como en su expendio.

A fines del siglo XIX las élites locales empezaron a imaginar con ánimo modernizante la construcción de una ciudad ordenada y culta lejos de los valores populares que rigen, en realidad, el conjunto de las prácticas sociales. Una de las preocupaciones centrales de las élites se enfoca precisamente en la demarcación de un espacio moderno en torno a la "Plaza de Armas" que empieza a ser considerado el espacio del poder aristocrático regional, desplazando, entre otros elementos plebeyos como las chicherías (Rodríguez y Solares 1990), el mercado de abasto instalado en plena plaza central.

Aunque es difícil precisar la fecha en la que se establece un espacio propiamente destinado al mercado, es probable que esto ocurriera a comienzos de la década de los setenta del siglo XIX. Así, la primera reglamentación de categorías y tarifas para la venta de productos de 1872 hace referencia a la existencia de un local con sitios de venta definidos por el Municipio (Montenegro y Soruco 1895: 70). Pero sólo en 1877 se nombra de forma concreta la existencia de un Bazar en el que, de acuerdo a una ordenanza municipal de ese año, debían instalarse todas las vendedoras hasta entonces dispersas en la plaza central y en las calles adyacentes. "A este objeto se apropiará convenientemente una fracción del referido local", decía la ordenanza (Montenegro y Soruco 1895: 153). Este Bazar fue, de hecho, el lugar donde se habría de formar el Mercado Central y estaba ubicado en una parte del cuarto manzano de la ciudad, al frente de la esquina sudeste de la plaza principal, en los alrededores del convento de los mercedarios. Según anoticia Luis Felipe Guzmán, en 1887 Cochabamba contaba ya con este Bazar donde también se hallaba "el rebotante Mercado de abastos y el de expendio de carne" (Guzmán [1890] 2005: 88).

A pocos años del establecimiento del mercado público, se logró construir tiendas y habitaciones situadas en la calle Argentina (hoy Jordán), Prado (hoy 25 de Mayo) y dentro del mercado. Habían además "sombrajeros de paja" cuyo uso fue prohibido en 1890 mediante una ordenanza que, para "prevenir todo peligro de incendio", mandó sustituir los rústicos techos con



UNA ESCENA EN EL MERCADO.
FOTOGRAFÍA QUE FIGURA EN MARY ROBINSON WRIGHT

lona o calamina elevados a una altura de dos metros (Montenegro y Soruco 1895: 443). A estos sitios bien enumerados se podía acceder con el pago de impuestos y el registro con los datos necesarios para la identificación de las vendedoras. Las vendedoras que se establecían temporalmente y no tenían asiento señalado, lo hacían en el patio del mercado con sus sombrajes (o llanthuchas) en las cuales pendía el número de asiento otorgado por el Administrador.

A través de las variadas categorías y tarifas que establece el Concejo Municipal a fines del siglo XIX, la Alcaldía busca sobre todo organizar la venta mercantil y en menor medida recaudar ingresos de las vendedoras de oficio pues aquellas que no concurrían al mercado diariamente y no contaban con capital de 2 pesos en 1872 y 1,60 en 1890 no debían pagar impuesto alguno (Montenegro y Soruco 1895: 70, 448). Esta forma de reglamentación del mercado es una de las primeras aproximaciones que hacen las élites en la reforma del espacio urbano cuya insistencia será persistente en los últimos años de ese siglo y los primeros del siguiente. La cantidad de vendedoras debió ir en relativo aumento en esos años, sólo así se puede explicar la ampliación del mercado público al sector de expendio de combustibles conocido con el nombre de "la Carbonería", situado en el frente Este del mercado central. En esos años la presidencia de la entidad municipal recaía en el médico Julio Rodríguez Morales quien, en su informe de gestión de 1884-1886, escribe al respecto: "... el local de la 'Carbonería', desatendido e inmundo, que servía hasta ahora sólo para la venta de combustible... ha sido aprovechado convirtiéndolo en una segunda sección del mercado público. ...construyéndose dos espaciosos corredores y arreglando la acequia que lo atraviesa, de modo de ser cubierta con baldosas..." (citado en Rodríguez Rivas 1978: 225). Solucionado parcialmente el problema de la acequia conocida como la "serpiente negra", este sector pasó a ser conocido como el "mercado de la Carbonería" destinado inicialmente a la venta de papa y comidas. En la tercera década del siglo XX ahí se construiría el conocido mercado "25 de Mayo".

ESCENA DEL MERCADO COCHABAMBINO,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY





LA CANCHA HACIA 1970.
FOTOGRAFÍA DE AUTOR DESCONOCIDO

Se puede señalar en este sentido que desde la perspectiva de las élites, el crecimiento constante del mercado se convierte en una amenaza para la vida pública en la medida en que esta lógica mercantil plebeya no pudo ser contenida en los límites del mercado público. Así, por ejemplo, aunque en 1877 y 1878 se estable que los productos de primera necesidad sean vendidos en el Basar "a fin de regularizar el consumo bajo la inmediata inspección del administrador del Mercado público" (Montenegro y Soruco 1895: 196), el comercio se desborda hacia "la calle del mercado" que era tomada por "las gentes del campo" que comerciaban variados productos en "las aceras [...] formando en ellos sus *actapis* y dejando al mismo tiempo las suciedades y cáscaras de cuanto engullen", de acuerdo al periódico local *El 14 de Septiembre* del 8 de abril de 1887.

Al calor de las ideas de modernidad en boga, las élites locales al mando del Municipio diseñan disposiciones y reglamentaciones con el objeto de reestructurar las prácticas y las conductas mercantiles que predominan en el mercado público. Bajo estos postulados, el Concejo Municipal dicta cortas reglamentaciones en 1882 y 1885 relacionados al levantamiento de un registro de las poseedoras de sitios en el mercado para su control minucioso. En 1887 se destina a un Comisario de Policía Municipal para el control del mercado además de un múnícipe comisionado a la supervigilancia de este ramo. Aunque estas ordenanzas contienen disposiciones básicas para organizar el mercado, el primer reglamento detallado, y a la vez riguroso, fue emitido en 1890. En este *Reglamento de los Mercados de la ciudad* se estableció la presencia de un Administrador encargado de la vigilancia y administración del mercado principal como del conocido con el nombre de "la Carbonería" (Montenegro y Soruco 1895: 448). El Administrador debía recaudar los impuestos sobre la ocupación de asientos con sujeción a una tarifa establecida entre 40 a 3 centavos; alquilar y recaudar los alquileres de los arcos para perchas situados dentro del mercado; conservar el "mayor orden" en los mercados con auxilio de la policía; vigilar sobre la legalidad y exactitud de las pesas y medidas y denunciar los posibles fraudes a la policía; cuidar del aseo diario e higiene de los locales; informar al Concejo las necesidades del mercado; impedir la venta de fruta verde; y evitar la venta en las calles. El *Reglamento...* también disponía que las vendedoras cuyo capital no excedía un capital de 1,60 bolivianos si no asistían diariamente al mercado estaban exentas de cualquier pago, pero si asistían por 8 días consecutivos debían pagar la tarifa establecida. Las que tenían un

capital mayor a 1,60 si no concurrían por 8 días consecutivos debían abonar un centavo por día. Del mismo modo, se establecía si una comerciante vendía en un mismo asiento dos o más especies debía pagar el impuesto correspondiente a cada una de ellas. Este reglamento fue ratificado y modificado ligeramente en 1892 cuando se incluyeron y desmenuzaron las categorías mercantiles y se definió que un asiento era "la extensión de un cuadro cuadrado de un metro y veinticinco centímetros, excepto en el gremio de verduleras chaleras, en el que será de un metro cincuenta centímetros" (Montenegro y Soruco 1895: 472). Se estableció también la prohibición de cocinar "en los cuartos interiores del mercado" y ratificó la prohibición de la venta de productos en las calles de la ciudad.

En rigor, el problema del mercado público ocupó un lugar central en los proyectos de las élites locales respecto a la reestructuración del espacio urbano. A comienzos del siglo XX, emblemáticamente llamado "del progreso", se iniciaron las gestiones para la reconstrucción del mercado público de acuerdo a las "reglas modernas". Los debates entusiastas que despertó este proyecto conducen a pensar en que el mercado era visto como un espacio físico de urgente transformación que no cuajaban bien en los proyectos de modernidad de las élites. Siendo así, las élites aspiran a la construcción de un mercado moderno adecuado al "estado de cultura" que, desde su visión, había alcanzado Cochabamba, aunque en la vida cotidiana los emblemas y hábitos tradicionales predominan en el ámbito urbano: "Es indiscutible la necesidad que tiene Cochabamba de un Mercado Público, aseado y cómodo, que satisfaga a las necesidades del vecindario, que corresponda a nuestro estado de cultura y que esté al amparo de las reglas de higiene, en todo lo cual es deficiente el ruinoso edificio que sirve al objeto actualmente./Sólo la pobreza de nuestro erario puede servir de disculpa átan grave falta", rezaba una resolución del Concejo Departamental de 1901. Aunque se hicieron varias gestiones para financiar un mercado moderno cuyo costo alcanzaba a 200.000 bolivianos, no se llegó a iniciar su construcción aunque si se hicieron medianas mejoras en años posteriores.

A principios del siglo XX se propone el riguroso control y reglamentación del mercado público. En 1909 se discute y se elabora un minucioso reglamento sobre la organización del mercado, la higiene, la forma del expendio de alimentos y las patentes que debían pagar las vendedoras por el uso de los predios del mercado público. En esa oportunidad el Concejo Municipal dispuso alrededor de 30 categorías sujetas a distintos montos por concepto de patentes tanto en el "Mercado Central" y en el contiguo conocido como de la "Carbonería". Para su mayor organización y control se crea el Comisario Inspector del Mercado cuya labor, coadyuvada por un subcomisario y dos policías, consistía en vigilar el orden, la legalidad y exactitud de las pesas y medidas, denunciar los posibles fraudes, cuidar del aseo diario e higiene de los locales, impedir la venta de fruta verde, etc., así como recaudar los alquileres y depositarlos en el Tesoro Municipal. Del mismo modo, se prohíbe a las "vendedoras ambulantes" de cualquier artículo situarse en las calles de la ciudad aunque se establece que éstas sí podían estar "en tránsito" previo pago de impuestos, excepto aquellos artículos cuyo valor no alcanzara los 2 bolivianos.

La expansión del mercado y su incontrolable convocatoria para las clases populares fue ya advertida al concluir la segunda década del siglo XX por los municipales de turno. En esa época se debatió la concentración del "Mercado Central" y el mercado de la "Carbonería" llegando a generarse en la entidad municipal una "fuerte corriente en sentido de suprimir el mercado central y establecer en su lugar mercados de barrio" según la *Gaceta Municipal* n° 1053 de 1919. El crecimiento de las vendedoras de tubérculos fue tan notorio en el mercado de la "Carbonería" que a fines de 1919 el Concejo Municipal se vio forzado a establecer un "mercado de tubérculos" en un lugar del antiguo matadero y plaza Guzmán Quitón (hoy plazuela Corazonistas). Más tarde, en 1924, la expansión mercantil obligó al Concejo Municipal a autorizar el establecimiento de dos mercados seccionales uno en la Plaza Barba de Padilla, al norte de la ciudad, y otro en el sector de la Curtiduría al sureste de la ciudad tal como registra la *Gaceta Municipal* n° 1243 y 1248 de 1924.

Los postulados modernistas de las élites locales respecto al mercado público se cumplieron en parte cuando en los años veinte pues el antiguo mercado de la "Carbonería" fue destruido completamente y en su lugar se construyó un nuevo mercado con características destacables para su época. Adjudicada al proponente Gustavo Hinke y Cia., la obra fue inaugurada en 1926 con el nombre de "25 de Mayo". Su inauguración formó parte de los festejos de "la gloriosa revolución emancipadora

UN RINCÓN DEL MERCADO EN 1944.
FOTOGRAFÍA DE HERBERT KIRCHHOFF



del 25 de Mayo de 1809" y coincidió también con la celebración "del heroico combate de San Sebastián, librado el 27 de Mayo de 1812, y en el que principalmente tomaron parte las mujeres cochabambinas", según queda registrado en la Gaceta Municipal número 1270 de 1926. A diferencia del viejo mercado, una sección del nuevo mercado contó con "tiendas" destinadas al alquiler cuya licitación se realizaba mediante remate público, así también contaba con "asientos" distribuidos a las regatonas.

La dinámica del comercio está determinada en gran medida por el crecimiento urbano y demográfico de los años posteriores a la Guerra del Chaco (1932-35). La expresión más sugerente de estas transformaciones se ve reflejada en el reforzamiento del carácter mercantil de la ciudad de modo que la emergencia del gran circuito ferial de *La Cancha* a mediados del siglo XIX no es para nada casual ya que es el reflejo de las transformaciones urbanas y, a la vez, económicas, que experimenta la ciudad sin perder su vínculo con el mundo rural. En los años cuarenta del siglo XX el crecimiento relativo del mercado local empieza a revelar uno de los cambios más significativos de la dinámica económica local que es esta que está en manos de cientos de mujeres de la ciudad y mujeres del campo que ingresan a la ciudad con sus productos los días de feria.

El crecimiento del mercado público tomó características insospechadas desde mediados del siglo XX con la consolidación del fenómeno comercial de *La Cancha* que es una construcción de la "historia larga" de Cochabamba relacionado principalmente al sistema de ferias regionales. Para la década de los años sesenta este circuito ferial es ya un movimiento impresionante de miles de vendedores que expenden variados productos, pero principalmente verduras y frutas, desde tempranas horas de la mañana. En gran medida, la expansión de toda la parte sur de la ciudad tuvo como eje articulador al sistema ferial de la Cancha, que funcionó como un imán para el pequeño comercio. Con este sistema de mercados, muchas familias sustentaron su economía diaria, y a veces construyeron enormes fortunas. Así, el comercio de la calle se instituyó como una de las actividades más relevantes de la "economía popular" de la ciudad, a costa del espacio público y la seguridad de los peatones, mientras que el incremento de vehículos públicos y privados terminó obstaculizando las calles la ciudad.

En la década de los setenta el gran circuito ferial de *La Cancha* concentra un impresionante movimiento comercial que revela esta intrincada faceta cotidiana dominada por miles de vendedoras dispersas a la sombra de llanthuchas y algunas casetas haciendo posible uno de los movimientos económicos más importantes de Cochabamba. El censo realizado por CONSIBOL en 1978 concluyó que existían nada menos que 12.585 sitios de comercialización de diversos productos con cerca al 85% de éstos en manos de las mujeres.

A comienzos de los años ochenta la expansión descontrolada del "comercio informal" empezaba, en rigor, a expresar uno de los efectos de las nuevas políticas económicas aplicadas en Bolivia desde 1985. Varios estudios mostraron la vinculación entre la aplicación de la Nueva Política Económica de 1985 (la aplicación del Decreto 21060) y la situación ocupacional en Cochabamba, advirtiendo que en años posteriores el empleo en el ámbito del comercio se había incrementado notablemente. Al parecer la expresión más contundente de estas transformaciones se materializa en el "comercio callejero" que es el resultado de la amplia mercantilización de la economía a partir de mediados de los ochenta y que predomina aún en la actualidad.



MERCADO COCHABAMBINO EN 1959, FOTOGRAFÍA DE
LA EXPEDICIÓN DE LA PAPA, MAX-PLANCK-INSTITUT

La plaza del mercado

Lardner Gibbon (norteamericano), 1851

Las indias compran a los comerciantes mercaderías de algodón, agujas, hilo, cuentas, tijeras, dedales de latón o plata, y espejos pequeños, que ellas venden al por menor en la plaza bajo los sauces y a lo largo de los lados sombreados de las calles, trabajando en sus labores, o hilando lana o algodón a mano, durante cualquier rato libre; otras venden zapatos. Las regatonas de fruta son invariablemente las más gordas, y las vendedoras de telas y ropa las mejor parecidas, siempre, sorprendentemente, bien vestidas. Las muchachas de Calacala, que traen, papas y quinua, tienen un aire más campesino.

En los días normales la plaza del mercado está atestada de vendedores indios, mientras que los criollos son los principales compradores. El mercado está dispuesto convenientemente; en un lado están las vendedoras de telas y ropa; en otro, aquellas que venden zapatos y cuentas. Las carnes de res, de carnero y de cerdo están aparte, mientras que las frutas ocupan un lugar separado. Al centro, un gran número de mujeres cocina chupe para aquellos que son de casa. En la calle hay manadas de burros esperando pacientemente con las patas delanteras maneadas. Los niños duermen en mantas colgadas sobre las espaldas de sus madres. La risa alegre de las muchachas indias a menudo hace que a los muchachos del campo el chupe les

salga disparado por la boca. De la ladera más alejada de la Cordillera traen pequeños atados de leña y carbón de leña. Los indios salen del pueblo al ponerse sol y regresan durante la noche, arreando burros cargados de nieve que venden a los heladeros. Estos variados negocios son a pequeña escala, pero todos aportan su granito de arena y el mercado de Cochabamba está bien abastecido con todo lo que los habitantes necesitan. Los candeleros hacen un buen negocio. El aceite cuesta tanto después de su paso por las montañas que rara vez se le utiliza. Estuvimos presentes cuando un comerciante desempacó unas cajas de vinos franceses y aceite comestible. De cada cuatro botellas una estaba rota y algunas vacías. Esta pérdida se deducía de la paga del arriero. El pobre hombre se veía triste ante la pequeñez de sus ingresos después de catorce días de trabajo por las montañas desde la costa. Los artículos franceses tales como las cajas de herramientas, las cigarreras y el encaje fino estimulan mucho el antojo de la gente. Algunas veces, las mujeres compran a fin de obtener las bonitas cajas de cartón las que los franceses ponen sus mercaderías. La cristalería muy corriente se vende bien, pero los artículos costosos se dañan más o menos por el viaje y encuentran pocos compradores aquí. A la gente le gusta más el comercio que cualquier otra ocupación; parece que siente placer al comprar y vender nuevamente, posee una activa destreza que rara vez se encuentra.

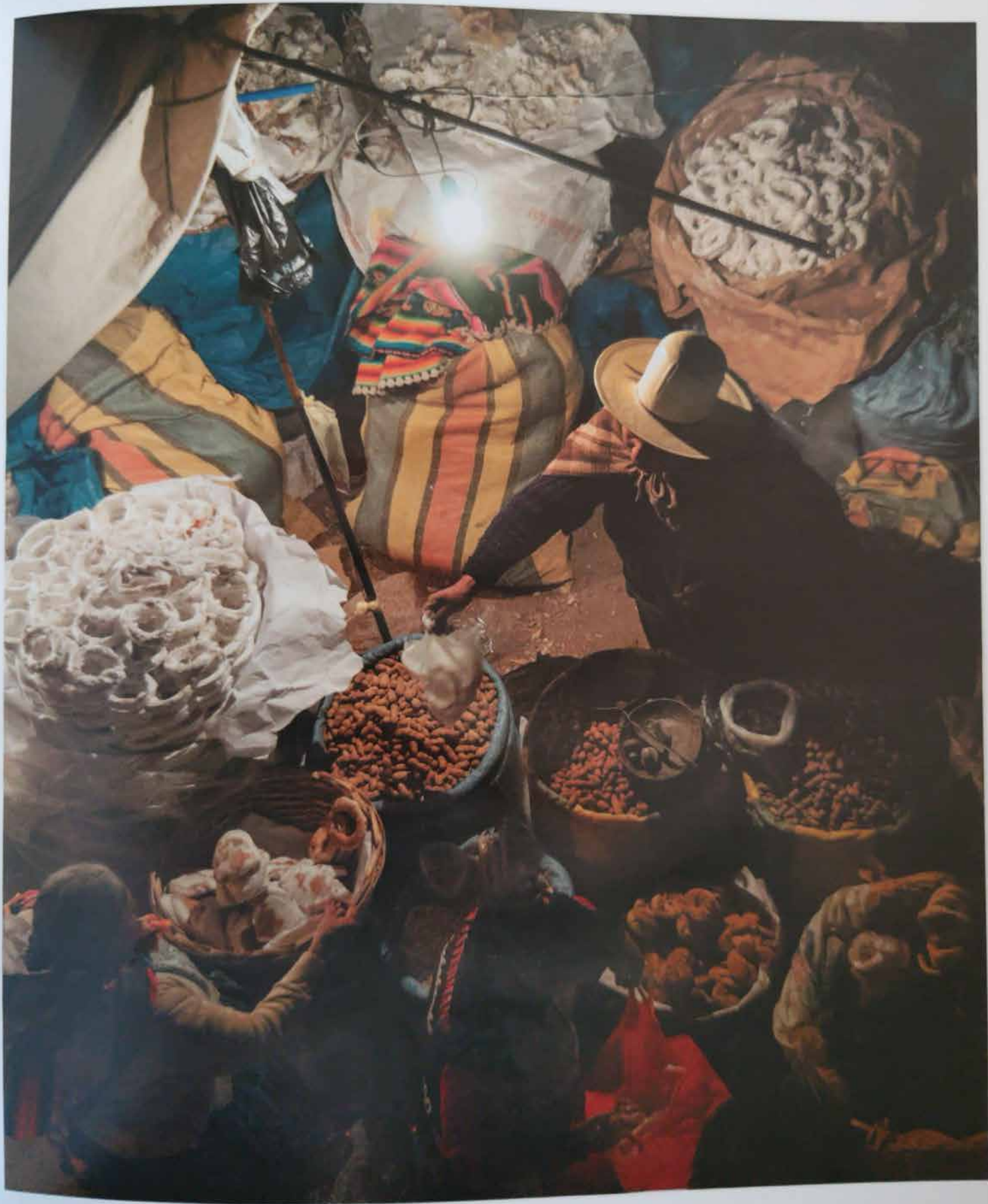
El comercio formal


Jorge E. Urquidi Zambrana (boliviano), 1999

El comercio formal (como se llama hoy), se circunscribía sólo al ámbito de la plaza "14 de Septiembre" y las primeras cuadras de las calles que salen de ella, especialmente la calle Nataniel Aguirre (llamada también "Comercio") y la Esteban Arze. [...] Los mercados de abasto se reducían a los dos centrales aún subsistentes y a la "canchá", que no pasaba de los límites de la Plaza Calatayud (todavía sin

pavimentar ni galponizar y donde cada puesto de venta - que no era permanente, debía procurarse para ofrecer sus productos los "días de cancha" -miércoles y sábado-, un toldo ú otro dispositivo desmontable de protección contra el sol y la lluvia); locales aquellos y ésta en los cuales se expendía exclusivamente artículos agropecuarios frescos y de artesanía y alfarería.

LA VENDEDORA DE ROSQUETES,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY





Bastan pocos días de pertenencia en la ciudad viviendo intensamente su vida para captar esas cualidades que son, en suma, las que hacen de Cochabamba una ciudad acogedora, atrayente y grata y que incitan al caminante a quemar sus naves viajeras para asentarse allí para siempre. De este modo se muestra Cochabamba como una Tierra-Madre. Acoge al viajero, quienquiera que sea, como al hijo pródigo al que se acaricia y halaga sin reservas mentales ni inquisitoriales investigaciones y por eso pueden medrar en ella las gentes honradas.

Observemos, en fin, como rasgos sobresalientes del ambiente cochabambino la cordialidad y la alegría.

La verdad es que en Cochabamba no hay huéspedes; todos son cochabambinos, porque cualquiera que resida en la ciudad 48 horas se siente prendado por ella y se le entrega al calor de su ambiente acogedor y del espíritu de fraternidad, que son los dones que la ciudad prodiga.

Vicente Rojo, 1965

BIBLIOGRAFÍA

- Anaya, Ricardo (1965).** *La Ciudad de Cochabamba*. I.E.S.E.-UMSS, Cochabamba.
- Blanco, Federico (2003[1901]).** *Diccionario geográfico: Departamento de Cochabamba*. Segunda edición, CESU, Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba.
- D'Orbigny, Alcide (2002).** *Viaje a la América Meridional*, T. III, 2ª ed., Instituto Francés de Estudios Andinos/Plural, La Paz.
- Gibbon, Lardner (1854).** *Exploration of the Valley of the Amazon*, part II, A.O.P. Nicholson-Public Printer, Washington.
- Giebel, Florian: (1961).** *Hacia la cumbre quinto curso*. Séptima edición. Editorial Don Bosco, La Paz.
- Guzmán, Augusto (1972).** *Cochabamba: Panorama geográfico. Proceso histórico. Vida institucional. Instrucción Pública. Reseña cultural*. Editorial Los Amigos del Libro, Cochabamba.
- Guzmán, Luis Felipe ([1890] 2005).** *Instrucciones para la vida campesina y glosas sobre la historia de Cochabamba*, 3ª ed., Editorial Canelas, Cochabamba.
- Lema, Ana María (coord.) (1994).** *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia con sus resultados*, presentado al examen de la Nación por un Aldeano. Año de 1830. Plural, UMSA, Historias, La Paz.
- Montenegro, Armando (1965).** *Figuras de Cochabamba: el paraíso y el cielo.*, Ed. Canelas, Cochabamba.
- Montenegro, Armando (1975).** *Cuadros de Cochabamba: imágenes de ayer y de hoy*. Editorial Canelas, Cochabamba.
- Montenegro, Wladislao; Soruco, Enrique (comps.) (1895).** *Digesto de ordenanzas, reglamentos, acuerdos, decretos && de la Municipalidad de Cochabamba*, Concejo Municipal de Cochabamba, Cochabamba.
- Paredes, Antonio (1976).** *Fiestas populares en Bolivia*, T. I., La Paz: Ediciones ISLA/POPULAR.
- Perl, Albert (1904).** *Durch die Urwälder Südamerikas. Mit 60 Abbildungen und 1 Karte*. Berlin. Producers, Cecil H. *Adventures in Bolivia*, Londres, The Bodley Head, 1924.
- Rejas, Damian Z. (1953).** *Memorias del Doctor Damian Z. Rejas de los 50 años de servicio que tiene prestado al país, de 1892 a 1943*, 2ª ed., Ed. Universo, Cochabamba.
- Robinson Wright, María (1907).** *Bolivia. El camino central de Sur-América, una tierra de ricos recursos y de variado interés*, Jorge Barrie e hijos editores/C.D. Cazenove e hijo, Filadelfia/Londres.
- Rodríguez, Gustavo (1995).** "Fiestas, Poder y Espacio Urbano en la Ciudad de Cochabamba (1880-1923)", en *La Construcción de una Región. Cochabamba y su Historia (siglos XIX-XX)*, Cochabamba: Universidad Mayor de San Simón.
- Rodríguez Rivas, Julio (1978).** *Don Julio. Retrato en los años cruciales de la turbulenta Bolivia 1843-1926*, Los Amigos del Libro, Cochabamba.
- Rodríguez Rivas, Julio (1978).** *Don Julio: Retrato en los años cruciales de la turbulenta Bolivia 1843-1926*. Editorial Los Amigos del Libro, Cochabamba.
- Scrivener, Juan H (1864).** "Costumbres populares de Cochabamba (recuerdos de viaje)", *Revista de Buenos Aires*, T. 4, año 2, nº 14, pp. 319-328.
- Soruco, Enrique y Montenegro, Wladislao (Comps.) (1895).** *Digesto de Ordenanzas, Reglamentos, Acuerdos, Decretos && de la Municipalidad de Cochabamba*. T.I, Imprenta El Comercio, Cochabamba.
- Urquidi, Macedonio (1971).** *El origen de la noble Villa de Oropeza*. Honorable Alcaldía Municipal de Cochabamba, Cochabamba.
- Urquidi Zambrana, Jorge (1999).** *Anécdotas de un pasado cochabambino*, Colegio de Arquitectos, Cochabamba.
- Viedma, Francisco de (1969 [1836]).** *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz de la Sierra*. Prólogo de Héctor Cossío Salinas. Tercera edición, Editorial Los Amigos del Libro, Cochabamba.
- Viscarra Fabre, Guillermo (1961).** "La almohada del valle" en Florian Giebel: *Hacia la cumbre quinto curso*. Séptima edición. Editorial Don Bosco, La Paz. Pág. 84.
- Von Holten, Germán (1892).** "Cuestión Caminos del Departamento de Cochabamba", 1 Sociedad Geográfica de Cochabamba, Tomo I, Imp. El Heraldo, Cochabamba.

LOS AUTORES

Gustavo Rodríguez Ostría es economista e historiador y se licenció en economía en la UMSS en 1977. Obtuvo una maestría en Ciencias Sociales en 1980 y otra maestría en Historia Andina en 1991. Es docente universitario desde 1977. Fue Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociología de la UMSS (1992-1995), Viceministro de Educación Superior (10/2003-05/2005) y Oficial Superior de Cultura del Municipio de Cochabamba (07/2008-05/2010). Publicó 12 libros y varios de artículos en revistas de Bolivia y el extranjero, la mayor parte de contenido histórico, que le han valido ser incorporado como miembro de la Academia Boliviana de la Historia. Actualmente es director del Canal 11 de la Universidad Mayor de San Simón, columnista de Los Tiempos y La Razón y presidente de la Sociedad de Historia y Geografía de Cochabamba.

e-mail: rodriostria@yahoo.es

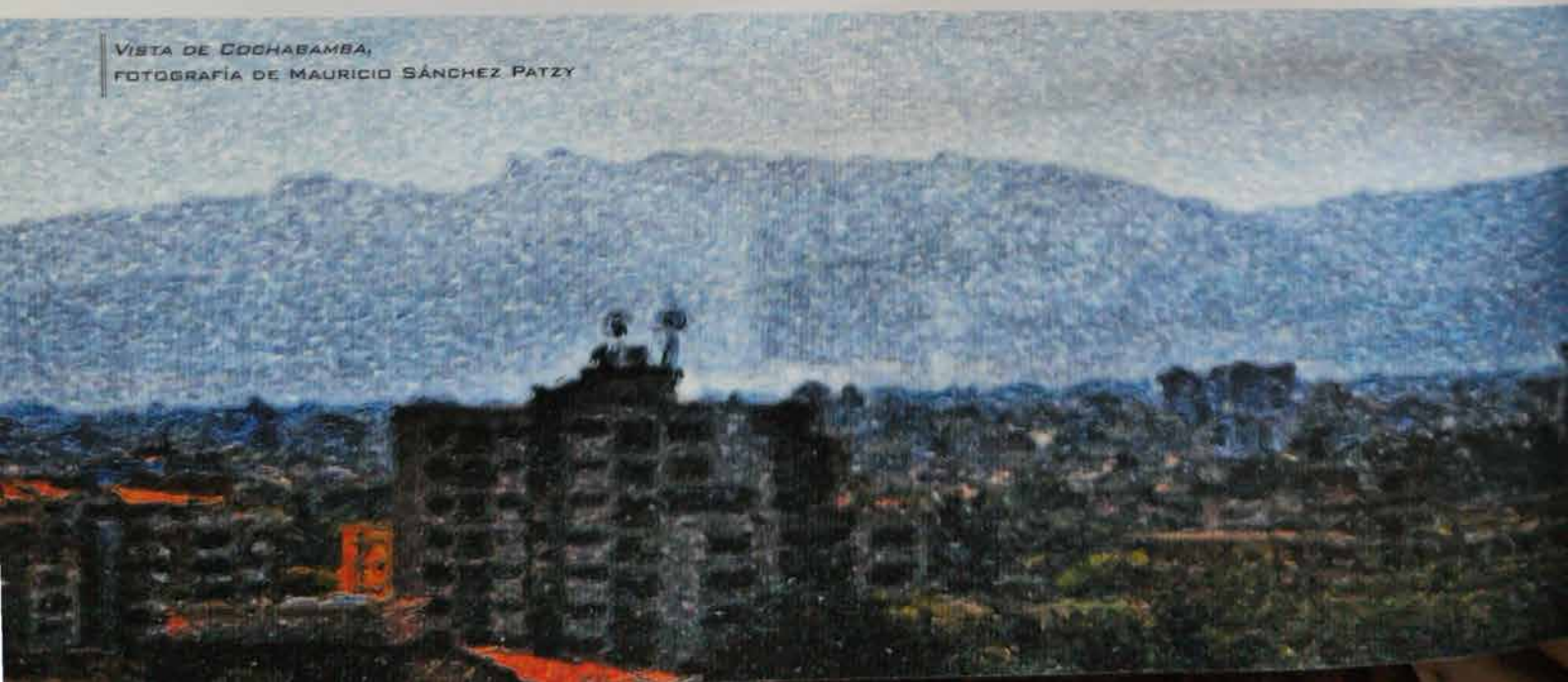
Mauricio Sánchez Patzy es sociólogo, artista plástico y fotógrafo, licenciado por la Universidad Mayor de San Simón y Magister en Arte Latinoamericano por la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina. Es investigador de temáticas culturales y de poder. Se desempeña como docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Mayor de San Simón. Ha participado en varios diagnósticos sobre la cultura en Cochabamba, así como de proyectos de planificación estratégica en el área de la cultura de la región. Ha publicado libros y artículos sobre diversos temas sociales: música, vestimenta, identidades, imaginarios, cultura, mestizaje y poder en Cochabamba y Bolivia. Ha editado, asimismo, tres libros conmemorativos ilustrados para el Concejo Municipal de Cochabamba.

e-mail: jamasapa@hotmail.com

Alber Quispe Escóbar es sociólogo, nacido el 28 de noviembre de 1983, en Totoral, Oruro. Ha escrito artículos y libros basados en la investigación de procesos históricos y socioculturales, ensayos históricos sobre la llegada y la proyección del cine en Cochabamba, sobre el espacio festivo cochabambino durante el periodo colonial, así como investigaciones sobre cine y mestizaje, o sobre personajes históricos de Cochabamba, como el Gigante Manuel Camacho.

e-mail: alquies24@gmail.com

VISTA DE COCHABAMBA,
FOTOGRAFÍA DE MAURICIO SÁNCHEZ PATZY



Se terminó de imprimir en la Planta Gráfica de
ETREUS Impresores en el
mes de mayo de 2013
Telf.: [951] 4 4409656/57 Fax: [951] 4 4241217
etreussuerte@gmail.com
Cochabamba, Bolivia.



Ver a Cochabamba, su desarrollo urbano y sus habitantes a través de los ojos de los viajeros y de los escritores, es una tarea gratificante, porque equivale a realizar un viaje a través del tiempo y de las vicisitudes mejores o peores que estos viajeros tuvieron que sortear. Y ayuda a reflexionar sobre las transformaciones de la ciudad y de los gustos y estilos de vida de los cochabambinos. Por eso, los viajeros y los escritores nos han legado (y todavía lo hacen) un acervo de crónicas y narraciones que es fundamental para comprender mejor a los cochabambinos y sus características maneras de ser, de sentir y de comportarse. Por eso, sólo toca leer aquello que los viajeros nos cuentan. Toca dejarse llevar, como en una película, en este viaje inmóvil por la ciudad de Cochabamba, sus gentes, sus casas, sus palacios, sus paseos, sus rincones, sus atardeceres, sus noches y sus días. Las conclusiones, las reflexiones posibles, corren a cargo del lector; y por ese motivo, presentamos ante ustedes algunas de las aventuras, anécdotas y descripciones que nos dejaron los que alguna vez escribieron, y escriben, tras pasar por Cochabamba, o quedarse a vivir en ella, quizás enamorados de los fuertes encantos de la ciudad corazón de los bolivianos.

